

Estrellas y sal

Marvin Córdoba Zamora



Capítulo 1

Estrellas y Sal

Por: Marvin A. Córdoba

La ciudad de Palma Grande se caracterizaba, como cualquier otra, por los personajes usuales del panadero, el boticario, el sacerdote, el maestro de la escuela, el dueño de la cantina y la madam de la casa de citas. Toda comunidad crea su propia identidad o al menos así se hace ver por cómo se va construyendo con las personas que migran y se van estableciendo al montar un negocio, trabajar en construcción u ofreciendo servicios de algún tipo. Así se comenzó construyendo Palma Grande, como la mayoría de comunidades, pueblos y ciudades. Cada una con sus particularidades que la hacen única y singular.

Era natural en una ciudad de puerto encontrar barrios de migrantes de países del norte, oriente y el Caribe como la comunidad china y otros que llegaban en busca de aventuras en este nuevo mundo de comercio con las naciones del Caribe o refugiándose de alguna guerra. Jamaquinos, chilenos, cubanos, beliceños y hondureños se confundían en las multitudes de trabajadores de los muelles y los astilleros, entre obreros de la carpintería, talabarteros, zapateros, mecánicos, electricistas y jornaleros. Mujeres trabajadoras de las maquilas y las despachadoras de las abarroterías al igual que las trabajadoras domésticas que no aceptaban contrato “con dormida adentro”.

Todos los días había una multitud por la mañana formada por los trabajadores al partir a sus trabajos y por las tardes al entrar los lanchones cargados de trabajadores del puerto y de los astilleros 1 amino a sus hogares. Los no tan determinados se quedarían en alguna de las cantinas o tabernas de la ciudad.

Desde el atardecer de cualquier viernes se desataba un frenesí comercial por las calles principales. No había diferencia en cualquier fin de semana y los días de pago. La actividad comercial con las naciones del Caribe había creado un estado de prosperidad que daba, hasta al obrero menos pagado, la capacidad de comprar para vivir.

Los tramos del mercado se perfumaban todos los días con los aromas de legumbres y verduras frescas traídas desde las comunidades de la región

y especias importadas, traídas por los buques extranjeros. Los chinos, adornaban sus tiendas con toda clase de curiosidades, caramelos de colores y sabores al igual que las más curiosas máquinas y artefactos del hogar.

Entre los orientales, los turcos y árabes eran los favoritos para encontrar las mas finas telas, encajes y ajuares de vestir. Lino, seda y paño blanco, lo más exquisito en telas árabes se podía comprar en sus tiendas de importaciones.

Quienes decidían por una vida más agitada, podían gastarse el sueldo en los placeres que se ofrecían a cuanto aventurero dispuesto aparecía. Juegos de azar, cartas, gallos, apuestas, ron, mujeres y demás.

Las convenciones sociales sobre relaciones de la misma raza u origen no cabían en ciudades como esta. No había lugar ni momento adecuado para el amor. Así, chinos y negras, holandeses y miskitas, mestizos y jamaquinos, todos tenían su pedacito de cielo donde fraguar sus cuerpos en los calores del trópico húmedo sin pudor alguno.

Así se conocieron Aldebarán Ferrera, un fornido obrero de la mecánica y trabajador de los astilleros y Taína Verapaz, mujer de muchos oficios domésticos y obrera de las plantas de procesamiento de especies del mar. Igual que todos, se veían al entrar y salir de su jornada. En los viajes cotidianos de los lanchones hacia las empresas pesqueras y los astilleros donde convergen tantos rostros y voces que no era difícil que en tiempos de soledad uno conociera quien quisiera compartirla en las noches oscuras de desasosiego.

Nunca habían considerado la posibilidad de que sus caminos se cruzaran más que para preguntar por el menú de la cocina, los cambios de horario o alguna noticia que circulara entre los trabajadores de la empresa.

Una noche, en uno de los tantos bares y restaurantes de la ciudad él entró y la encontró ahí. El ambiente era tranquilo con aires de bar de las calles de Nueva Orleans. Las decoraciones antiguas de comienzos de siglo y la leve iluminación infundía un pensamiento surrealista del momento. Invitaba a sumergirse en la fantasía y quedarse siempre un poco más.

Rodeados de mujeres exuberantes y extrovertidas, con vestidos escotados y adornados de lentejuelas y encaje, perfumadas con aromas de flores y de sudor de cama. Los hombres se reunían en una mesa a jugar cartas, dominó o simplemente a tomar una botella de ron escuchando la música de la roconola.

Aldebarán entró y se sentó en la barra. Pidió un trago de ron y observó detenidamente a cuanta alma había esa noche en el lugar. Entonces, su mirada encontró un rostro que reconoció al instante. Titubeó por un breve

instante. Pero, algún encanto en la penumbra, talvez el alcohol y la música o pudo ser el aire espeso y humedecido en olores de sexo y sudor que lo empujaron a descubrir quien era. Ella, muy discreta y recatada, se mantuvo serena al verse descubierta y fijó su mirada en el café sobre su mesa. Había llegado una hora antes. Tenía un asunto que tratar y del cual no le era conveniente conversar.

– Hola!, disculpame, pero creo que te he visto antes – le dijo luego de acercarse a la mesa.

Ella subió la mirada y le contestó con una leve sonrisa para luego voltear su rostro hacia la entrada del salón.

– ¿Esperas a alguien? Si es así, disculpa – hizo el amago de marcharse.

En realidad, ella no estaba ahí por distracción. Necesitaba hablar con el dueño. Parecía muy preocupada y desentendida de lo que acontecía a su alrededor. Luego de preguntar por el dueño del salón 4 e había sentado en una de las mesas a esperar. No podía irse sin antes arreglar un asunto pendiente. Ella lo detuvo con un comentario sin intención.

-- ¡No espero a nadie especial! -- le dijo, con gran sinceridad en su expresión.

Por un instante, ella se distrajo de las preocupaciones y pensó que podrían esperar, si no eran tan graves. Finalmente, él se sentó a la mesa. Aldebarán vestía camisa de lino con bordados dorados en cuello y mangas, pantalones de mezclilla azul y botines de cuero negro. Ella vestía algo modesta, una blusa de manta roja y una falda floreada que bajaba hasta la pantorrilla.

-- No te lo quería decir. Pero, si, te he visto antes. -- dijo Taína rompiendo con la confusión de la primera impresión. Todos los días compartimos el mismo lanchón y ni te has percatado.

-- Trabajas en la maquiladora? -- le pregunto sorprendido Aldebarán.

-- Si, estoy en la planta -- le respondió un poco distraída aún. Su tiempo en realidad era limitado y requería ver con urgencia al dueño del salón.

-- Disculpa que te pregunte, pero, te noto algo distraída. ¿Pasa algo?-- buscó su mirada con la pregunta y ella se detuvo un instante a pensar su respuesta.

5 - Hace un mes trabajé aquí como mesera y el dueño no me ha cancelado la liquidacion -- dirigió su mirada hacia la puerta de la cocina. Y

necesito el dinero con urgencia -- concluyó viéndolo fijamente a los ojos.

Aldebarán reaccionó inmediatamente y en un gesto desinteresado ofreció ayudarlo.

-- Si necesitas dinero, puedo prestarte un poco y luego me lo pagas.

Dirigió su mano a su billetera mientras Taína se levantaba bruscamente de la mesa y le respondió muy airada.

-- ¿Quien te crees que sos? A penas te conozco ¿Y ya crees que te puedes meter en mis asuntos? -- le reprimió. ¡No estoy pidiendo tu ayuda! ¡Gracias! ¡Yo puedo con mis propios problemas! Su respuesta fue mas bien una rafaga iracunda que lo sacudió y lo dejó atónito.

Aldebarán admitió que realmente había sido una impertinencia e inmediatamente lo reconoció. Sin embargo, ya era tarde. El daño ya estaba hecho. Ella se retiró de la mesa con paso apresurado dejando a Aldebarán con la palabra en la boca y se dirigió hacia la cocina.

En realidad, la mayor preocupación para Taína esa noche era obtener el pago de su liquidación para comprar la medicina que tanto necesitaba su hijo que había dejado en casa al cuidado de su vecina doña Crisálida.

6 El niño se había ensartado un hierro en el pie, pues caminaba descalzo, y la herida se le había infectado. Requería curación, antibióticos y algo contra la fiebre.

Consiguió entrevistarse con el dueño del salón y le expuso su situación desesperante. El hombre, conmovido, le pago lo que le debía y ella se dirigió inmediatamente a la botica en busca de los medicamentos para su hijo.

Los días siguientes, ellos coincidían al abordar el lanchón hacia el trabajo. Sin embargo, Aldebarán se tragaba las palabras cuando intentaba dirigirse a ella, pues aún permanecía un aire tenso entre los dos.

Dos semanas después, Aldebarán notó que Taína faltó un par de veces al trabajo. Días después preguntó si había pasado algo con ella y supo que estaba de pase temporal. Su hijo se había complicado. Esa noche no había logrado conseguir las medicinas que necesitaba. No las había en ninguna de las boticas y llegaban hasta cinco días después. El niño contrajo una severa infección en la herida.

Para cuando Taína pudo tener acceso a las medicinas, el niño había tenido que ser trasladado al hospital en estado crítico. Lo habían llevado al hospital San Pablo y ahí permanecieron tratando la fiebre con la

esperanza de que no se diera un desenlace fatal.

Aldebarán averiguó la dirección donde vivía y luego del trabajo se cambió de ropa y se dirigió a casa de Taína con mucha cautela y deseo de ofrecer su apoyo incondicional. Llegó hasta un lote un poco montoso con árboles de coco y al fondo una pequeña casa de madera machimbrada vieja y con la pintura descamada.

La oscuridad dominaba cada rincón de aquella pequeña casita y el aire llevaba compuestos de sudor, humedad y tristeza. El silencio pesaba y cada paso que daba resonaba junto al viento que movía las palmeras.

Se escuchaba el rechinar de las láminas oxidadas de zinc que cerraban un pequeño callejón entre la casa y la cuartería. Taína vivía acompañada de su hijo Luis Andrés y de su hermana Cataleja. En ese momento solo Cataleja se encontraba en casa.

-- Buenas tardes, que se le ofrece? -- lo abordó Cataleja al notar que caminaba por las tablitas que evitaban los charcos hacia la casa.

-- Buenas tardes. Se encuentra Taína? -- le contestó deteniendo su paso a mitad del camino. Soy un compañero de trabajo -- concluyó al notar la expresión de duda en su rostro.

-- Ella no está en casa en este momento. Está en el hospital desde ayer. -
- le dijo mientras se recostaba a un poste del barandal a la entrada de la casa.

Cataleja y Taína provenían de una familia humilde de campo. Su cortesía era algo limitada, pero no carecían de educación y hospitalidad hacia las personas.

Su respuesta, al inicio, pareció un poco cortante hacia Aldebarán, pero luego de un momento el reflexionó y cayó en la simplicidad de la respuesta y el contexto en que se había dado. Comprendió que no se podía acomodar una crisis familiar con palabras dulces y refinadas cuando se está agobiado por la zozobra y la impotencia de ver un ser querido al borde de la muerte.

-- Pase adelante. ¿Puedo ofrecerle un cafecito? -- Cataleja lo invitó a pasar y le sirvió un pocillo de café que recién había bajado del fogón.

Charlaron brevemente mientras consumían el café. Aldebarán preguntaba sobre lo que pasó con el hijo de Taína y Cataleja le contó todo lo que había pasado en su vida desde que salió de su casa en una de las comunidades de la rivera del Río Grande. En veinte minutos le había

resumido la vida de ocho años en la ciudad.

-- Mi hermana esta pasando por un momento difícil. Ojala que no la corran del trabajo -- le dijo muy preocupada porque era el único soporte económico de la casa. Yo le digo que descanse, pero ella está muy preocupada por su hijo.

-- ¡Entiendo! -- le dijo Aldebarán. Le agradecería si me hace el favor de no decirle que vine a buscarla -- le pidió considerando que el comentario de su presencia no iba a ser favorable dada la situación.

Aldebarán agradeció el café y se despidió de Cataleja. Se dirigió hacia la salida y en la entrada al corredor se encontró cara a cara con Taína.

-- ¡Hola! -- le dijo Aldebarán con voz suave y pausada.

Aldebarán se mostró algo sorprendido por el encuentro inesperado.

Taína levantó su rostro y le respondió -- ¡Hola! ¿Que haces aquí? ¿Como supiste donde vivo? Realmente sus fuerzas no le permitían darse disgustos, pero su inquietud estaba bien fundada en que no existía un vínculo entre ellos, al menos, no hasta ese momento.

-- ¡Disculpa! No te veía en el trabajo y quise venir a ver si estabas bien

-- le contestó inmediatamente. Pregunté por tu dirección y vine a ver como estabas. Por favor, no pienses mal de mí. Quiero ayudarte si me lo permites -- le dijo.

Aldebarán sentía cierta atracción hacia Taína, pero su acercamiento era movido por puros sentimientos de solidaridad y altruismo. Vió en el sufrimiento de Taína por su hijo el amor ferviente de una madre dispuesta a dar su vida en el más noble, puro y bello sacrificio.

Taína colapsó por el cansancio y de no ser porque Aldebarán reaccionó al instante, se habría golpeado contra una gran piedra que se encontraba a la entrada del corredor donde, en ocasiones, se sentaban a refrescarse en los días de verano que había brisa fresca mientras cortaban cocos de las palmeras del patio para tomar su agua y comer su dulce y tierna carne.

Aldebarán la levantó en sus brazos y con la ayuda de Cataleja la llevó hacia su habitación donde la recostaron y la dejaron dormir profundamente.

Al día siguiente era sábado. Aldebarán pidió el día porque tenía que hacer diligencias personales. En realidad, se ocupó de ir al hospital y conseguir los medicamentos que hacía falta administrarle al hijo de Taína y luego se dirigió a casa de ella después de pasar comprando algunas cosas en el

mercado que quedaba a unas tres cuadras. Le entregó las cosas a Cataleja y esta se dispuso a preparar una rica sopa. Taína todavía no se levantaba y eran ya las diez de la mañana.

-- ¿No se ha despertado? -- le preguntó Aldebarán a Cataleja.

-- No. Durmió toda la noche y hoy no se ha levantado -- le respondió.

Pero, debe ser porque estaba muy cansada. Está durmiendo muy cómoda.

Cuando la sopa estuvo lista, Cataleja despertó a Taína y le ayudó a preparar el baño. Taína se dio un baño y se vistió para almorzar. Se acordó que tenía que ir al hospital y se apresuró a alistarse. Aldebarán esperaba en el corredor, disfrutando de la fresca brisa y el sonido del viento en las palmeras.

Taína se vistió con una blusa blanca de hilo con un fondo blanco de algodón y pantalones de mezclilla azul muy ajustados que resaltaban sus hermosas caderas y demás atributos de una escultural trigueña de metro y medio de altura con piernas largas y robustas. Vestía unas sandalias negras altas que favorecían sus pies delgados de dedos largos y bien cuidados. Se acercó y se recostó a la baranda, justo al lado de Aldebarán.

-- ¡Hola! -- le dijo mientras contemplaban juntos el panorama. Creo que no cabe decir "Buenos días" -- Aldebarán viró su mirada hacia ella y sonrió.

-- Si, ya es pasado el mediodía -- le contestó. Creo que ya no cabe.

¿Lograste descansar? -- en esta ocasión su pregunta logró que sus miradas se encontraran. Sus ojos tenían un brillo de energías renovadas y respiró muy hondo.

-- Si, logré dormir bastante. Tengo que ir a ver a mi hijo.

-- Por cierto, tengo una noticia que darte -- le interrumpió Aldebarán.

Esta mañana pasé por el hospital y conseguimos con el doctor los medicamentos que hacían falta para tu hijo y ya esta mejor. Me dijeron que ya despertó.

El rostro de Taína se llenó de alegría al punto que sus ojos se inundaron de lágrimas. Se abalanzó sobre el cuello de Aldebarán y dió un grito de alegría.

-- ¡Quédate a almorzar! -- le dijo Taína tomándolo de la mano. Vamos, al

fin y al cabo, vos ayudaste a hacer la sopa.

Almorzaron y ella dispuso empacar un poco de la sopa para llevarle a su hijo. Luego se dirigieron al hospital. Aldebarán pidió acompañarla, a lo que ella accedió.

Pasaron dos meses y el hijo de Taína se había recuperado completamente. Aldebarán seguía visitandolos con frecuencia y se hizo amigo del niño. Le contaba historias y ocurrencias de sus viajes en el mar y el muchacho reía con entusiasmo, como si hubiera reconstruido los sucesos en su imaginación. Taína empezaba a disfrutar de la compañía de Aldebarán que ya la exasperaba su ausencia los días que acostumbraba llegar.

Un fin de semana, que debido a las festividades de agosto se hizo largo, Aldebarán invito a Taína a un viaje de paseo de dos días juntos a un lugar turístico. Ella accedió un poco tímida y preocupada porque nunca había hecho algo parecido. Pero, su hermana le dijo que se haría cargo de la casa y que no debía preocuparse. Ambos necesitaban tomarse las vacaciones, y eso ayudó a convencerla.

Partieron temprano por la mañana de un viernes muy soleado. Llegaron al lugar. Era una isla con hermosas playas de arena blanca y aguas color turquesa. Se ofrecía alojamiento en cómodas y frescas cabañas y por las noches los visitantes se reunían para beber y cantar viejas canciones de amor al rededor de una fogata. Había luna llena y después de cenar Aldebarán y Taína se sentaron junto al fuego a compartir con un grupo de extranjeros muy amistosos que cantaban música country al son de una guitarra.

Ya pasada la noche, Taína quiso dar un paseo por la playa y sentir el mar en sus pies mientras contemplaban la luna. Caminaron por unos minutos, contando historias de la vida, tomados de la mano y sintiendo la arena mojada entre sus pies. Luego de un rato, se sentaron en un tronco desde donde se divisaba la fogata a lo lejos con una luz tenue.

Aldebarán le confesó que había estado enamorado solo una vez. Pero, había llegado a sentir algo muy fuerte por ella. Que era muy especial y que no pensaba que volvería a conocer una mujer que lo hiciera sentir así. Taína paso su mano por su mejilla y en ese momento se fundieron en un beso suave que encendió el fuego de una pasión incontenible que ambos venían resistiendo. Se amaron ahí mismo, bajo la luna y las estrellas con la música de las olas y los gemidos excitantes de Taína.

Mientras la besaba en sus carnosos labios de mujer trigueña, deslizó su mano derecha en el bikini azul que escondía debajo de sus pequeños pantaloncillos café. Sintió un leve forraje de vello y con suaves caricias llegó más allá de los sensuales rizos hasta sentir los labios ardientes y húmedos. Acarició su sexo con sus dedos y la besó con la pasión y fuerza

que tenían las olas al romper contra los tétrolos del lado sur de la playa. Su piel se erizó al oírle gemir y gritar.

Ella lo tomó del cabello y lo siguió besando apasionadamente en los labios mientras rodeaba las caderas de Aldebarán con sus piernas y sus brazos sobre sus hombros apresurando la fusión de sus cuerpos.

Hacía tanto tiempo que ninguno de los dos había tenido intimidad que los gemidos de Taína se volvieron gritos de éxtasis y Aldebarán, excitado por la sensualidad de ver el cuerpo escultural de Taína reflejar el azul de la luz de luna en su piel, desencadenaba con furor un gran deseo por poseerla y sentirla una y otra vez hasta el cansancio.

Recorrió su cuerpo con besos suaves y prolongados. Disfrutó a la saciedad sus pequeños y firmes pechos mordiendo suavemente sus pezones y chupeteándolos. Recorrió su cuello, su pecho y su vientre con sus besos mientras sentía como el calor se elevaba, sintiendo cada palmo de su piel morena y tersa.

Sus gemidos fueron más intensos cuando, en el calor de la excitación, Aldebarán se retrajo y la penetró suavemente en formas y posturas diferentes, algo para ella inesperado. Jamás había sentido tal sensación que le pareció tanto atrevida como excitante. El dolor de la penetración luego lo tradujo en placer intensificado por el elixir etéreo del deseo. Se amaron hasta el cansancio. Cayeron inconscientes, presas de un sueño taciturno hasta que los sorprendió el frío de la mañana y la iridiscencia de la brisa del mar. Se vistieron rápidamente y se dirigieron a la cabaña donde se acurrucaron y entre las sábanas se siguieron amando.

Aldebarán y Taína mantuvieron una relación muy fuerte. El encontró una gran compañera y ella encontró paz y tranquilidad. Aldebarán era siempre muy atento y salían a recrearse de vez en cuando.

Acostumbraban salir a comer, ver una película en el cine o ir de paseo a algún balneario. Resultó que Taína era muy apasionada y en la intimidad, ambos eran fuego ardiente. No había sitio donde no se hubieran amado. Recorrieron toda la casa haciendo el amor en el baño, en la cocina, en la sala, hasta en el taller del astillero un fin de semana cuando sus compañeros de trabajo estaban distraídos en una actividad festiva y de pesca, incluso se atrevieron a hacerlo en un callejón por donde pasaron un a vez al caer la noche y los dominó el deseo.

Era un callejón que conducía a una casa particular cerrado en los extremos por dos portones y estaba poco iluminado. Les pareció el lugar ideal y les excitaba más la incertidumbre de ser descubiertos haciendo el amor en un lugar abierto. Aldebarán la empujó hacia un rincón en la esquina junto al portón de la entrada. Ella llevaba un vestido oscuro decorado con flores. Era un vestido muy holgado, de tirantes y llegaba un

poco arriba de las rodillas. No le costó acomodarse. Se levantó el vestido y acomodó su pierna derecha en la cintura de Aldebarán sujetándose con los brazos de su cuello. El instante fue muy intenso. Escuchaban el tropel apresurado de las personas por otro callejón que pasaba muy cerca y eso aumentaba la tensión y la excitación.

La vida juntos resultó una compensación al sufrimiento que cada uno por su lado había vivido. La vida de Taína tenía un pasado lleno de decepciones, fracasos y agresiones que los momentos compartidos con Aldebarán los atesoraba, pero, en ocasiones dudaba y pensaba que todo podía ser una pasada del destino y terminaría muy mal.

Pensaba que Aldebarán solo buscaba una aventura y que luego de un tiempo la abandonaría dejándola burlada e ilusionada. Eran esos lapsos de duda e inseguridad los que provocaban los conflictos que poco a poco se fueron disolviendo entre ellos.

Dos años después de su primer encuentro en aquella playa, Taína quedó embarazada. Aldebarán no logró contener la explosión de felicidad que le provocó conocer la noticia. Taína estaba muy dudosa de la reacción que tendría, pues ya su primera experiencia no había sido nada que quisiera recordar y mucho menos revivirla.

-- ¿Un hijo? ¿Vamos a tener un hijo? -- trataba de confirmar Aldebarán cuando brinco de alegría de la mesa mientras tomaba el desayuno con Taína y Luis Andrés.

Se le acercó y la besó lleno de felicidad y abrazo a Luis Andrés con mucho entusiasmo y le dijo -- ¡Vas a tener un hermanito! El pequeño se contagió de la alegría y aplaudió siguiendo el bullicio.

Ya casi tendría siete años y la idea de tener con quien jugar le resultaba algo fantástico.

Los días siguientes se dedicaron a hacer los planes y ajustar los gastos para poder comprar las cosas que necesitaría el nuevo miembro de la familia. Sin embargo, la felicidad de tan pequeña familia empezó a notarse y las vecinas de la cuartería junto a la casa de Taína empezaron a rebuznar de envidia, de esa verde envidia que corroe los corazones de los seres vacíos, sin fortuna y sin amor hacia el más cercano. La verde envidia que aleja a las personas del sentimiento que nos hace seres humanos, el amor al prójimo.

Taína continuó trabajando en la planta hasta el su estado de gravidez no se lo permitió y pidió el permiso en la empresa. Los jefes no lo tomaron con facilidad. Le negaron el permiso pues estaban a punto de entrar en veda. Como mujer que siempre ha defendido su dignidad y derechos, Taína se enfrascó en una fuerte discusión con el jefe de personal a lo que

le llamaron "Una falta de respeto" para justificar su despido.

-- ¡Los tiempos de esclavitud se acabaron! -- le dijo. Estoy pidiendo lo que según la ley me corresponde. Si pudiera trabajar, lo haría. Pero, mi hijo ya está por nacer. ¡Y no voy a ponerme en riesgo para que ustedes se ganen un centavo más! -- continuó en tono un poco agitado al jefe de personal después de conocer la negativa de darle el permiso correspondiente.

De regreso en casa, ella y Aldebarán no se lamentaban de lo ocurrido.

Tenían el cheque de su liquidación y con eso podrían cubrir los gastos que faltaban. Pronto ella entraría en labor de parto y tenían que prever provisiones, ropa y leche para el recién nacido. El cheque de liquidación tampoco cubría todo eso en su totalidad, pero sus esperanzas eran grandes.

-- Mientras estemos juntos, nos brillará siempre una luz -- le dijo Aldebarán al oído con el rostro descansando sobre su hombro después de acercarse a ella hacia la mesa donde estaba sentada -- Tus fuerzas vienen de mi como yo encuentro las mías en ti, amor. -- la abrazó fuertemente y luego puso sus manos sobre su vientre donde sintieron los movimientos del bebé.

Taína entró en labor de parto un doce de junio durante la noche. El pequeño se llamaría Altair, siguiendo la iniciativa de Briselda de darle nombres de estrellas a su descendencia. El nombre se lo dio la estrella más brillante de la constelación Aquila en el cielo nocturno.

El niño nació el día siguiente a las cuatro de la madrugada. Para todos resultaba ser un día como cualquier otro de mil novecientos ochenta en el que no ocurría mayor novedad. Sin embargo, ese día se registraba un evento que, para muchos estudiosos, no era algo muy común. En el cielo, los astros marcaban algo especial. Algo que sería la fuente de un gran don. Una alineación planetaria que daría al niño un carácter especial.

El parto se desarrolló con algunas complicaciones. El bebé había nacido con temperatura alta. Todo lo demás se desarrolló en total normalidad. Los dos días siguientes, Aldebarán se alternaba con Cataleja para llevarle ropa y comida al hospital a Taína. Llevó al pequeño Luis Andrés quien pudo ver a su hermanito a través de una pequeña ventana ya que no se le permitía la entrada a menores en el hospital.

El tercer día, madre e hijo estaban llegando a casa. Se respiraba un aire de alegría. Taína y el bebé estaban cansados y se dispusieron a dormir. La mañana era soleada. Un día caluroso, aunque estaba entrando el invierno. Habían acondicionado un nuevo cuarto donde una ventana daba suficiente

ventilación desde el lado sur de la casa.

Altair era un bebé muy hermoso, algo robusto y risueño. Dos meses después surgieron las carencias. El bebé sufría mucho de infecciones respiratorias y por tal motivo entraba y salía con mucha frecuencia al hospital y los gastos en medicinas eran altos. Pronto, el dinero de la liquidación se había terminado y se debían dos meses de la renta de la casa. Cataleja había regresado, pero no podía trabajar porque se dedicaba a ayudar a Taína con el cuidado del bebé. Pronto tenía que encontrar un trabajo o los problemas empeorarían. Aldebarán se impacientaba, pues se obsesionó con la idea de que Taína se dedicara totalmente al cuidado del niño por su condición de salud.

Taína había estado saliendo en busca de trabajo en alguna de las plantas maquiladoras que todavía estaban funcionando. Le habían prometido un puesto en el colectivo de costura. Le pareció que no habría riesgo si trabajaba en la confección de ropa. En realidad, la situación no era tan buena y encontrar trabajo no era algo fácil. Taína paso así dos meses, buscando trabajo y haciendo pequeños oficios para conseguir algo de dinero. Muchas veces tuvo que dejar a su pequeño bebé al cuidado de su vecina.

Un día, doña Rosa Calandraca, que vivía en la cuartería, espero a Aldebarán en el callejón que daba la vuelta al caserío. Aldebarán tenía que pasar por ahí cuando entraba por el portón de la cuartería porque el portón del lado oeste del caserío estaba cerrado. La mujer tenía un enorme hormigueo en la lengua que no se podía aguantar.

20 - ¡Pst...! ¡Vos, flaco! -- le dijo llamándolo a que se detuviera. Mira, tenes que ver que haces con esa tu mujer que ahi la veo salir y deja tu criatura con la vecina, con la Crisálida.

Aldebarán miró firmemente el marchito y arrugado rostro a medias luces que se dejaba notar entre la desordenada y larga cabellera gris de doña Rosa Calandraca. Respiró hondo y le dió su respuesta.

-- Señora, hay personas que ocupan su tiempo y gran parte de su vida en estar pendientes de la vida ajena y cuando se les ha ido el tiempo y ven que no han vivido nada, que las fuerzas, el dinero, la juventud y la belleza se les han ido, se amargan y culpan a los mismos de quienes vivieron pendientes, de verse rodeados de una pestilencia, de aire seco y flores marchitas, a un paso de la inminente y cruel muerte solitaria. Doña Rosita, -- continuó al notar que sus palabras habían callado el entusiasmo que llevaba la mujer por desprestigiar a Taína -- Con el respeto que me merece, viva su vida, lo que sea que le resta de ella y deje que de mi mujer y mi hijo me preocupo yo y muy bien.

Era evidente la furia que había despertado en Aldebarán y que se estaba conteniendo.

-- ¡Buenas noches! -- se retiró dejando a la mujer sin palabra y con una expresión de asombro e ira que los ojos se le pusieron cristalinos a punto de inundarse de lágrimas. Pues, las palabras de Aldebarán habían hecho una reflexión que le caló muy hondo.

21 inalmente, Taína logró conseguir el trabajo en el colectivo de costura y aprendió a confeccionar ropa para hombres, mujeres y niños. A pesar de las limitaciones de la situación económica por la que estaba cruzando el país, no se daban lujos, pero la alimentación en el humilde hogar no faltaba.

Altair creció jugando con objetos viejos de motores chatarra. El foco de un auto viejo era para él un platillo volador, un extractor de acoples era para él una nave espacial o un robot. El dinero no alcanzaba para comprarle muchos juguetes convencionales, pero su imaginación superaba cualquier limitación y le permitía construir los más asombrosos escenarios y personajes. Incluso reconstruía los episodios de muchas de las historietas que veía en la televisión.

Altair crecía como un niño de salud un poco frágil, pero con una inteligencia sorprendente y gran sentido sensorial del entorno que le rodeaba. Lograba escuchar e identificar el ruido de objetos y animales conocidos a distancias en las que otros no podían. Su capacidad cognitiva era extraordinaria, pero, era un niño muy temeroso a pesar de haber desarrollado una gran comodidad a la soledad y la oscuridad porque su madre en ocasiones tuvo que dejarlo solo en la casa cuando le tocaba hacer turnos dobles en el colectivo. Le aterraba las películas de horror. Aunque, luego les tomó cierto gusto a medida que fué creciendo.

Una noche, se encontraban viendo una película sobre casos de ultratumba con su hermano y Nicodomio, un hijo de la vecina que en 22 casiones llegaba a ver televisión. La noche era oscura y estaba lloviendo. En eso, el sonido de una escena explotó el susto de manera intensa y Nicodomio gritó.

-- ¡Ahí está detrás de la cortina! -- cosa que hizo que Altair se suspendiera de un brinco del susto en el aire y salió corriendo hacia la puerta de la cocina que daba al patio y estaba abierta y de un salto se lanzó al vacío como si tratara de volar. Pero no esperaba aterrizar en una gran piedra que lo esperaba justo a la salida de la puerta. Se dio con la piedra en la frente y quedó aturdido por unos minutos. Los dos chavalos que se quedaron sorprendidos al verlo correr se rieron hasta que les dolió la panza.

Aldebarán en esos tiempos ya era uno de los jefes del taller de mecánica en el astillero. Después del trabajo se quedaba en el taller revisando los informes del día y preparando la planificación del día siguiente. Regresaba a la ciudad por las noches en la lancha de los jefes. En ocasiones esto provocaba fuertes discusiones entre él y Taína sobre todo cuando Altair se enfermaba y había que comprarle medicinas y la plata no alcanzaba.

-- ¿Qué se han creído? Ya llevas seis meses desde que te nombraron jefe del taller y no te han mejorado el salario. -- le reprochaba el hecho de que seguía recibiendo el mismo salario de mecánico, sin embargo ella comprendía muy bien la situación y cómo se abusaba de los trabajadores en esas empresas. ¡Cabrones! Yo se bien que solo le dan cargo a uno y el salario es el mismo. Pero, tenés que presionar para 23 ue te mejoren. Así nos ayudaría un poquito un aumento, ¿No crees?!

-- quiso suavizar el tono de su voz al notar la expresión de impotencia en el rostro de Aldebarán.

La situación había generado mucha tensión entre los dos. Una noche la discusión llegó a niveles que jamás habría imaginado. Aldebarán se enfureció por los reclamos de Taína. De manera que, al día siguiente, Aldebarán se marchó al trabajo sin desayunar y sin despedirse de ella.

Ese día hubo mucho trabajo porque habían entrado muchos barcos que tenían que regresar pronto a faenar. Todos estaban trabajando bajo mucha presión. La fábrica de hielo estaba trabajando turnos dobles porque se tenían que abastecer de hielo a todos los barcos de la flota.

Después de revisar los informes del día, Aldebarán se dispuso a supervisar los trabajos que se llevaban en los buques que estaban atracados. Uno a uno fué revisando los cuartos de máquinas donde se estuvieran realizando reparaciones o mantenimiento.

De pronto, se oyó un estruendo. Ocurrió una explosión en la fábrica de hielo y hubieron muchas afectaciones. Todos se dirigieron corriendo para asistir a los heridos y tratar de controlar la situación.

Aldebarán entró por la sala de los compresores. Había mucho ruido y humo por todos lados. Logró divisar a su amigo, el que le decían "El Roble". Se encontraba inconsciente debajo de unas marquetas y moldes para hielo. Las latas de los moldes le habían cercenado parte 24 e la pierna izquierda a la altura del tercio distal del miembro. El hielo que tenía encima había evitado que se desangrara con rapidez, pero le podría provocar una hipotermia, por lo que Aldebarán corrió a socorrerlo y pidió ayuda para sacarlo en una camilla.

Una segunda explosión desprendió uno de los rieles que sostenía un gran molde para hielo que se desplazó y golpeó a Aldebarán en la cabeza

cayendo inconsciente. Inmediatamente lo subieron al barco de rescate con el resto de los heridos.

Taína había terminado de acomodar a los niños en sus camas para dormir y se disponía a coser unos botones de la camisa de uniforme del pequeño Luis Andrés, cuando escuchó por la radio la noticia con el informe de los heridos en el accidente del astillero. Se levantó de un salto del borde de su cama. Se vistió rápidamente y corrió a avisarle a la vecina para que le cuidara a los niños mientras ella regresaba.

Eran casi las ocho de la noche. Se dirigió con mucha prisa hacia el muelle donde llegó justo cuando el barco de rescate estaba atracando.

Aldebarán se veía bastante mal. Presentaba sangrado en los oídos y la nariz. Taína subió con él en la ambulancia y al verlo recordó la discusión que habían tenido la noche anterior.

-- ¡No se te ocurra dejarme ahora que tenemos un hijo, cabrón!! -- le dijo entre sollozos, con la voz quebrantada y el ruido de la sirena de la ambulancia que los dirigía a toda velocidad hacia el hospital -- No tenés derecho a dejarme sola. No te lo permito -- ¿Me estás oyendo?!! 25 - en gran parte, su esfuerzo estaba ayudando a que reaccionara. Le tomó fuertemente la mano y le dijo al oído -- No me dejes ahora.

Tengo miedo. Me enseñaste a ser feliz con vos. Aprendí que se puede amar plenamente y ahora, tengo miedo de perderte -- una lágrima le rodó por la mejilla de Aldebarán y se pintó una sonrisa en el rostro mientras le respondía con un apretón de la mano.

Ese momento dió lugar a una reflexión de lo inefable que habían vivido juntos. Aldebarán sentía un gran amor y pasión por Taína, la mujer lo hacía vibrar con su amor y sus caricias. Su hijo se había vuelto una motivación inconmesurable. Sin embargo, sentía miedo de que tanta felicidad le fuera arrebatada de un tajo, como le ocurrió en el pasado de pequeño y se quedó sin su padre, habiendolo apenas conocido.

-- Había encontrado la mejor oportunidad de vivir con una mujer maravillosa. De vivir una historia en la que podría amar a plenitud, vivir, respirar y gritar de felicidad sin temor a lo que pudiera pasar. -- tuvo una epifanía en ese momento.

-- Dios, permite que pase de esto, te lo ruego. Permite que vuelva con mi mujer y mis hijos, que son todo lo que tengo y lo que mas amo. Que esto nos sirva para reflexionar y estar más unidos.

Sin embargo, el destino tenía el resto de su historia trazada. Aldebarán entró en coma tres horas después de haber ingresado a la sala de traumas. Tres semanas después, Taína lo estaba enterrando en el

cementerio de la ciudad.

26 El funeral de Aldebarán asistieron sus amigos del taller de mecánica, los compañeros de la fábrica de hielo, las cocineras del comedor y algunos capitanes que lo conocían.

También asistieron los vecinos del caserío y las muchachas de la cuartería. Fué un funeral muy concurrido para ser una persona que parecía no tener muchos amigos. Sin embargo, Aldebarán se caracterizó por dar sus consejos a las personas cuando más lo necesitaban.

El don que había heredado de Briselda, su madre, le permitía comprender a plenitud los sentimientos y las diferentes situaciones en las que se encontraban las personas que se le acercaban. Alcanzaba a ver y sentir en primera persona las situaciones más difíciles e incomprensibles y así podía, con toda sinceridad y humanismo, brindar el consejo adecuado.

Sin embargo, jamás reveló el mínimo secreto que inconscientemente le era revelado. Era un amigo franco y fiel en el que todos podían confiar y encontraban una mano sincera dispuesta a ayudar desinteresadamente.

Altair, ya tenía cinco años, se paró junto con su hermano al lado del féretro. Luis Andrés depositó una flor, juntó sus manitas y dijo:

-- ¡Adiós, papá! Te quiero mucho. Ojalá diosito te cuide allá en el cielo.

Siempre voy a decir mis oraciones como me enseñaste -- en ese 27 omento se desvaneció en llanto y abrazó el féretro -- ¡Adiós, papito! ¡Adiós! La escena fue demasiado fuerte para Taína quien se desplomó y tuvo que ser asistida por su hermana Cataleja y doña Crisálida, su vecina.

Después de la muerte de Aldebarán, los años fueron difíciles para Taína. No por la falta del soporte económico en la casa, sino porque la soledad se volvió una carga inconmesurable.

Todo le traía recuerdos de su vida con él. Evitaba caminar por los lugares que visitaban, por los rincones en que aprovechaban la oscuridad para besarse. Había tenido la peor experiencia con su primer amor. Una decepción que le fué muy difícil de superar. Sin embargo, Aldebarán con su amor y su espíritu y ganas de vivir la llenó de nuevas esperanzas.

Llegó a sentirse plena y completa y aquella experiencia amarga ya no fué ni siquiera un recuerdo. Vivía cada día intensamente porque así le había enseñado Aldebarán. Que cada día es un regalo y somos nosotros los constructores de nuestra felicidad y la oportunidad se renueva cada amanecer. Aldebarán fué el segundo amor, el segundo hombre que entró en su corazón, pero el único que logró construir algo inolvidable. Su

partida del mundo de los vivos no dejó un vacío. Dejó gran plenitud sempiterna de experiencias, recuerdos y lecciones aprendidas que Taína agradeció todos los días que compartieron juntos. Fue algo difícil, pero, estaba dispuesta a resignarse y ser fuerte 28 or sus hijos. Ella trabajó con ahínco y se dispuso a sacar a su familia adelante sin importar el sacrificio.

Altair fué creciendo como un chico relativamente sano. De vez en cuando lo atacaban fuertes fiebres acompañadas por escalofríos de los que nunca descubrieron las causas. Era muy inteligente aunque no muy astuto, ni fuerte. Le gustaba acompañar a su hermano Luis Andrés para aprender de las cosas que hacía en su tiempo libre. Luis Andrés era muy hábil y audaz en los juegos de trompo, chibolas, palometa y todo lo que hacían los chicos de su edad en esos días.

Cuando Taína se quedó sin trabajo en el colectivo de costura por las mentiras y envidia de una que recién había entrado y creó un gran odio sin razón aparente hacia Taína, Luis Andrés la apoyaba acarreando los productos que ella vendía en una pequeña carreta. En ocasiones, cuando llegaban los barcos con carga desde las comunidades o desde el Pacífico, los dos se iban a probar suerte y acarrear lo que podía caber en la pequeña carreta y que ambos pudieran manejar.

Era muy poca la ayuda que ofrecía Altair, pero para Luis Andrés significaba mucho tener la compañía de su pequeño hermano. Al final de la jornada, ambos llevaban con alegría un poco de dinero que ponían en manos de su madre. Taína le reprochaba a Luis Andrés que en esas andanzas Altair descuidaba sus obligaciones escolares.

29 a mujer que difundió los rumores sobre Taína en el colectivo de costura era una mujer mayor, muy ambiciosa y tenía una terrible actitud hacia sus compañeras de labores. Taína era supervisora de la sección de integración de las piezas y colocación de habilitaciones que son, mas que todo, las secciones donde se cosen las piezas de tela cortadas de los moldes y se colocan los accesorios como botones, broches, bolsillos y cargadores a las diferentes prendas que se elaboraban.

Gambacida era el nombre de aquella mujer. Tan pronto llegó empezó a generar polémica y conflictos con sus compañeras de trabajo.

Discutía acusando a sus compañeras de sabotear su trabajo o de boicotearla para que fuera echada del colectivo. La verdad detrás de todo, era que Gambacida era una holgazana que no cumplía con sus cuotas asignadas por estar coqueteando con sus compañeros de trabajo y eventualmente perdiéndose en las bodegas para acostarse con los supervisores.

Taína había aprendido bien sus funciones como supervisora y era muy eficiente en su trabajo. Sabía motivar a sus compañeras y compañeros y

hablaba por ellos cuando hacía falta o para que se les reconocieran algunos beneficios.

Después de las primeras semanas de haber entrado Gambacida, Taína observó cuidadosamente su conducta y su desempeño y descubrió lo que sucedía. Cuando lo reportó a sus jefes, Gambacida ya había plantado su semilla de maldad. Ella había estado mal 30 nformando a Taína de permitir que algunas trabajadoras se llevaran piezas de vestir entre su ropa interior y no las reportaba. Taína no logró convencer a los jefes con su versión de los hechos ya que Gambacida contaba con el respaldo de sus dos supervisores amantes.

-- ¡No acepto tal acusación! -- se defendía en la reunión que convocaron los jefes con los supervisores. Esta mujer no está cumpliendo con sus cuotas y ya lleva dos llamados de atención. Yo jamás he permitido que se cometan faltas al reglamento y mucho menos que los colaboradores o yo hayamos cometido robo o fraude.

¡En ningún momento, compañero! -- se dirigió al jefe de operaciones con su mirada firme y sin alzar la voz, pero manteniendo un tono sereno y elocuente.

-- ¡Yo miré bien cuando la Faustelina se llevó una camiseta dentro de su blusa y vos no dijiste nada! -- alzó la voz Gambacida.

Tenía problemas para hablar, no tartamudeaba, pero algunas palabras le salían con cierta dificultad.

-- Y otro día, la Martalena llevaba unos calzones entre las tetas y vos tampoco le dijiste nada -- terminó diciendo la mujer que con el esfuerzo que hizo, soltó una fuerte tos seca y escandalosa que resonó en la oficina.

-- Yo lo vi, señor -- dijo respaldando su versión uno de los supervisores quienes afirmaron que después de eso ellos habían 31 etectado a las mismas mujeres escondiendo prendas en ciertas partes del taller para luego sacarlas a la hora de salida.

La decisión de los jefes se inclinó por la versión de Gambacida y Taína fué despedida.

Haber sido despedida del colectivo de costura no fue razón para que en la casa de Taína no se celebraran las fiestas de fin de año con alegría.

Siempre se reunía la familia y cocinaban nacatamales, hacían tortas y cajeta de leche. Se hacían regalos y los chicos jugaban por las noches y se encendían fuegos artificiales que compraba Luis Andrés o que compraba

Taína después de la venta del día.

Se dedicó a vender artículos de plástico para el hogar. Vendía ambulante lo que podía cargar en una pequeña carretilla de madera que llevaba todos los días al mercado de la ciudad. De alguna manera, se conseguía tener lo justo sin necesidad de cosas superfluas para ser feliz.

Para Taína, tener su familia junta, con salud y comida para todos era lo primordial. Lo demás era ganancia, según decía ella. Era algo que había aprendido de Aldebarán. Él le decía que las cosas vienen y van, se vencen, se deterioran y se descomponen, pero el amor de la familia crea sentimientos y memorias que jamás se olvidan. Perduran y trascienden nuestra existencia.

32 a primera vez que Altair Ferrera Verapaz contempló detenidamente la inmensidad del firmamento, una noche oscura de diciembre que se presentaba bajo un misterioso encanto con un hermoso cielo despejado y un suave manto azulado y pálido lleno de estrellas, fué el momento serendipico en que se sumergió en el intento de comprender la infinitud del vasto universo que se revelaba frente a sus ojos.

Nadie comprendió el llanto de Altair que a su temprana niñez sería la primera navidad que recordaría acompañado de Taína Verapaz, su madre, Luis Andrés, su hermano y sus primos Fulgencio y Marqués Colindres Verapaz, hijos de Cataleja. Taína trató de explicarle que era un misterio incluso para los más sabios. Que no debía preocuparse de esas cosas.

-- Cuando seas mas grande vas a entender que hay cosas que no tienen explicación -- le dijo Taína mientras lo abrazaba tratando de consolarlo -- Andá, ve que van a encender los volcancitos -- trató de animarlo señalando que Luis Andrés iba a encender unos volcanes en el patio frente a la casa.

Muchos años encontrará sin sentido su afán por dar explicación a cuanto evento ocurría a su alrededor. Pero, no pasados varios años después de haber alcanzado los treinta cuando en un momento de una carrera que se forjó con esfuerzo y sudor tratara de encontrar entre los escollos de la vida el punto en que pudo dar un mejor giro o tal vez 33 ejar que todo tomara su rumbo sin poner la menor influencia sobre su propio universo.

Altair, como pocos niños de su tiempo, no comprendía la naturaleza de las limitaciones, angustias o desesperación. No porque no las viviera, más bien, porque lo que, en su niñez temprana habrían querido definir como autismo, era la propia definición del mundo en que se desarrollaría y lo que quería que fuera su mundo.

No se trató nunca de un mundo imaginario, habría vivido de la fantasía, mucho menos que trató de asimilar los personajes de fábulas e historias

de la televisión o libros que lograba leer de vez en cuando en una pequeña tienda de pasquines que rememoraba mucho una botica de años pasados. Se trataba de un mundo de diferentes memorias ajenas y de otros tiempos que juntas se conjugaban y parecían formar una misma historia. Asumió que podrían ser sueños de día o eventos que habría vivido en vidas pasadas, como lo leyó en un libro sobre cultura asiática donde hablaba de la reencarnación.

Luciano Laureal fue su amigo de jugarretas de escuela. Fue él quien le enseñó a descubrir el gusto por rebuscar entre publicaciones usadas y leídas, que eran las únicas que les prestaba el dependiente antes de desecharlas, y fue también quien le enseñara a no cerrar los ojos y que tenía que voltear la cara cuando alguien le metiera una patada.

Para esos tiempos el mundo de Altair no se había ampliado más que a las cuatro manzanas que encerraban su diaria aventura desde su casa 34 asta el colegio. A veces llegó a pensar que no había más país que su misma ciudad.

Altair y Luciano hacían de las horas libres o las salidas fuera de horario la oportunidad para descubrir un mundo inefable fuera de los límites de las cuatro manzanas. No todo era siempre igual, como la ocasión que provocó la fobia a las alturas que jamás dejaría que Altair se acercara al borde de un campanario o ver desde el balcón de un cuarto piso. Sudaba frío y sus ojos se clavaban en cualquier objetivo que no pareciera más lejos que la punta de sus zapatos.

No había amenaza, peligro o reto que no le permitiera respirar entrecortado y con sorbos pausados como cuando se encontraba viendo a más altura que la copa de un árbol.

Las clases se habían suspendido temprano en la mañana y decidieron cambiar la ruta de regreso a casa. Luciano vivía en un barrio a seis cuadras de la casa de Altair, pero compartían la mayor parte del camino comiendo cuando podían, leyendo cuando querían o lo que salía al paso con tal de variar los eventos todos los días. Su ruta cambió en sentido contrario ese día para pasar por las bases donde se construía la nueva estación de bomberos. A paso de hombre habría parecido un pequeño salto, pero el pequeño midió un abismo entre lo que su amigo había superado con facilidad y lo que al fondo esperaba con aguas entrantes de la bahía pobladas de pequeñas sardinas. Algo 35 años por lo que el muchacho pensaría que el fracaso en su intento por llegar al otro pilar tendría un desenlace fatal.

Se veía a sí mismo en un charco de sangre con una fractura en las piernas o talvez en un brazo, aunque tal escena no era muy familiar para él todavía. No había presenciado una lesión importante y mucho menos la muerte. El único salto sin fortuna que decidió no dar fue ese día, dio la

vuelta y volvió a su casa por el camino usual dejando atrás la insistencia de su compañero de travesuras.

Altair Ferrera no provenía de la alta alcurnia. De hecho, su familia había adquirido el apellido por el abuelo. Se sabía que era peón de un poderoso hacendado del Pacífico, en los pueblos del gran lago.

Maurino Ferrera se forjó como hombre tosco en los campos cerca de la rivera norte del gran lago, donde también vivían pescadores y alfareros. Había llegado a la hacienda siendo solo un chavalo sin vicio ni oficio, pero de gran astucia e inteligencia para aprender pronto lo que había que hacer con los animales y en la temporada de levantar la cosecha. No superaba los cinco pies de altura, pero calaba el suelo al andar con su paso firme. Pues, el trabajo cambió su piel por una corteza áspera y morena. Su pelo no lo hacía más galante que el bigote rizado y barba cerrada que usaba desde los dieciseis años.

Le gustaba visitar las tabernas las tardes frescas de los viernes de pago, cuando tenían libre y visitaba a las damas de compañía y cortesanas quienes animaban a los pasantes y viajeros que pasadas 36 as doce caían muertos por sus encantos. Unos más, otros menos, quienes no alcanzaban un ápice de cordura se perdían en un sueño sin fin que los hacía aparecer abombados en la costa del lago.

Maurino no era mozo de monta, aunque por su figura y porte gaucho cualquier peregrino habría jurado lo contrario. En esos días le gustaba vestirse de lino blanco y pantalón ajustado con su chaleco negro y paño carmesí.

A sus veinte años, Maurino ya era el mozo de confianza de la hacienda. Los patronos le dejaban a cargo la responsabilidad de llevar los productos y animales a la capital donde lograba venderlos a buen precio. Esto le permitía salir con frecuencia de la hacienda, conocer gente y darse mucho tiempo libre. De regreso, siempre hacía una parada estratégica en la taberna de Tía Vera. Le gustaba disfrutar de la compañía de las chicas y las caricias y amores que pagaba muy bien.

Uno de esos días, como ningún otro, Maurino se encontró a sí mismo en reflejo de unos ojos azules como el océano que él tanto soñaba.

Había llegado a la taberna una chica nueva. Ylenia era una joven de dieciocho años, con unos hermosos labios carnosos color rosa, piel blanca como las nubes en un día radiante y unos hermosos pechos redondos y firmes capaces de hacer temblar la voz del más sereno de los hombres. Era una mujer alta, con una expresión firme que demostraba el carácter de una mujer capaz de decidir con quién y 37 uando y que tenía bien

claras sus ideas por las que lucharía hasta desgastarse.

Luego de ese encuentro inesperado, Maurino frecuentó aún más la taberna. Aquellos labios para el pedían a gritos ser besados. Un sábado, después de pagar la planilla, se dirigió a la taberna. Se sentó a la mesa de siempre, la que estaba en la segunda fila frente a la entrada y desde donde también se divisaba la salida trasera. Podía notar cuando alguien entraba y salía de cualquiera de los accesos a la taberna. No dejaba nada al azar. Había aprendido a no dar toda la confianza ni menospreciar el mínimo detalle que le pueda ser de ventaja o de pérdida en cualquier situación. Examinaba, sin que lo notaran, a cada hombre y mujer que se movían por el salón. Así sabía donde llevaban la pistola los hombres y el puñal las mujeres. No en vano había salido airoso de tantos intentos por robarle el dinero de la venta de la cosecha o el pago de la planilla de la hacienda. Se había vuelto muy hábil para pelear a mano limpia, con puñal y pistola.

Maurino había ganado para entonces buena fama de peleador, aunque no le gustaban esas "perreras" como les decía y tampoco caminaba armado.

Se le acercó Evangela, una joven morena de ojos dormilones, cafés oscuros, delgada y muy coqueta.

-- Todavía no baja -- le dijo mientras le servía agua fresca. ¿Te traigo algo de comer? -- preguntó mirándolo fijamente a los ojos buscando en 38 l una palabra de enojo o desconcierto por la ausencia de su flor para acudir de inmediato a su consuelo.

-- Está bien -- respondió. Tráeme algo de cenar, por favor. Pero antes,

-- le dijo, cuando la chica viró en dirección de la cocina -- antes, traeme un trago de ron.

La chica se encaminó a la barra y le llevó el trago y luego se dirigió a la cocina un poco desairada pues no era la respuesta que sus oídos esperaban. Esa noche la taberna estaba muy concurrida, pues se acababa de pagar a los mozos de todas las haciendas. Unos buscaban el placer de la bebida, otros el que les quisiera brindar la piel de una mujer hermosa. Cualquiera que buscasen, ahí lo encontrarían.

El lugar olía a humedad, el aire se sentía pesado y espeso lleno de vapores de cocina, orines viejos y sudor hervido por el sol en la piel de los mozos.

Cuando ya había acabado su cena, pidió otro trago de ron y en ese instante ella apareció entre la concurrencia de la taberna. Llevaba un vestido verde turquesa, con cuentas brillantes y un hermoso escote que no dejaba nada a la imaginación. Aunque nadie podía dejar desapercibido

tal encanto, ese detalle no era para otro más que para Maurino. Se pintó los labios de un intenso rojo carmesí que los hacía ver como una hermosa y dulce fruta abierta que deleitaría a quien tuviera el privilegio de probarla.

39 aurino cayó en total limerencia. Sintió temblar la respiración con cada paso que ella daba. Le faltaba el aire para hablar y el sudor le brotaba como el día del jornal más caluroso.

Ella se acercó, pues no tenía otro propósito esa noche. Todo estaba premeditado y con mucho detalle desde noches pasadas en su cuarto de la posada. Se imaginó tantas veces lo que pasaría, las palabras que se dirían.

-- ☐ La vida no la escribe nadie, más que cada uno para sí mismo ☐ pensó mientras atravesaba el salón -- ☐ Somos nosotros quienes escribimos día a día nuestra historia y somos los creadores de un dichoso o fatal desenlace con las decisiones que tomamos a cada momento ☐ fueron las palabras que resonaron en su mente en un breve instante de reflexión furtiva.

Al llegar a la mesa el silencio dió lugar a una mirada en la que dijeron todo para lo que las palabras sobran. Sabían que buscaban ese encuentro con ansiedad y que la agitada respiración no obedecía a más que la coincidencia de que ambos querían lo mismo. El tiempo no podía seguir el ritmo normal. Nada a su alrededor parecía moverse y fué cuando lo poco que hablaron definió lo que pasaría esa noche.

-- ¡Hola! -- le abordó ella con voz suave y pasión en la mirada.

-- ¡Hola! Buenas noches -- respondió inmediatamente un poco exasperado al comienzo por la espera extendida -- Por favor, toma 40 siento -- ofreció cortésmente el lugar a su lado y ella se dispuso a sentarse.

La conversación no se extendió como en otras ocasiones. El calor y el espesor del aire no eran el ambiente propicio para aquel encuentro tan añorado por ambos.

-- ¿Te gustaría caminar un poco? -- le preguntó, algo dudoso de la reacción que en ella provocaría la oferta.

Recordó que cuando se atrevió a tomarle la mano mientras conversaban algunos días atrás, ella no reaccionó muy bien al gesto y se lo hizo saber retirándose inmediatamente. Lo que Maurino no supo fué que su reacción no obedecía a ningún rechazo sino a que ella temió corresponder demasiado pronto cuando aún no estaba muy segura de que se trataría de un amor de verdad y que no buscaba nada más una aventura. Se dispusieron a salir de la taberna. Ella arregló los términos de su permiso

con tía Vera, no regresaría sino hasta el siguiente día.

Caminaron por las calles en penumbras, empedradas y apenas iluminadas por farolas de kerosene. Ya en la confianza de la conversación él le tomó de la mano y así fueron caminando, hablando de las cosas que habían vivido. Ella le contaba sobre su niñez y como había crecido en una familia de campesinos que trabajaban para un señor hacendado. Él le contaba de sus aventuras recién llegado al pueblo. De cómo aprendió las labores de cuido del ganado y los 41 ultivos y cómo llegó a ser el administrador de una de las más grandes haciendas del pueblo.

Se desató una fuerte llovizna que en poco tiempo era una terrible tormenta con rayos y truenos que partían el cielo. Corrieron buscando refugio y llegaron a un pequeño tejado que sobresalía de una venta de abarrotes.

-- Esta tormenta no parece terminar pronto. -- le dijo Maurino con la esperanza de ofrecerle mejor refugio en la casa que alquilaba para él solo en la entrada del pueblo.

Hubo un poco de silencio entre ellos y mientras se veían ensopados por la tormenta, ella soltó una risa delicada y le dijo -- ¿Qué podemos hacer? No hay donde irse a meter a estas horas y con este mal tiempo.

-- No lo tomes a mal -- se lanzó él dispuesto a hacer su propuesta -- Te pido que vengas a mi casa para secar tu ropa y que te calientes junto al fuego.

Llegaron a la casa. Era un lugar muy modesto para el administrador de una hacienda. Era una casa muy cómoda con cuatro habitaciones, un pequeño patio al centro con plantas tropicales ornamentales y una pequeña fuente al centro que refrescaba el ambiente de la casa. Las paredes enyesadas y el piso de ladrillo de barro daban un toque de casa hogareña de montaña.

42 an pronto entraron, él se dirigió hacia la cocina a prender el fogón.

Doña Elena, la cocinera, se levantó de un brinco por el susto de que podría tratarse de un bandido, pues jamás se había dirigido así a la cocina durante la noche. Ofreció prepararles café y Maurino le pidió que la acompañara a una de las habitaciones a quitarse las ropas mojadas y ponerse algo cómoda. Se puso un camisón de tela fina y casi traslúcida que encontró en el ropero y se sentó a la mesa con él a tomar el café. Doña Elena los dejó solos. Estuvieron casi una hora sorbiendo el café y charlando ya cosas más personales e íntimas como si se preparara el escenario de un evento esperado.

La lluvia continuaba cayendo y el ruido se volvió ensordecedor para seguir la conversación en la cocina. Sus miradas se mantuvieron conectadas y decían más de lo que hablaban.

Luego de un breve instante de insinuaciones, ella se levantó y se dirigió a su aposento deslizando su mano por el hombro y el cuello de Maurino mientras dejaba la cocina. Movido por el significado de aquel gesto sobre su hombro, Maurino la siguió y cerró la puerta detrás de él. La noche era suya y ella estaba por serlo. Se fundieron en un beso profundo que los dejaba sin aliento en una explosión de pasión y deseo. Aquel amor se maduró como el vino más exquisito, con tiempo y mucho cuidado. La fue despojando del camión dejando expuestos sus hermosos pechos, firmes y redondos, de areolas rosadas. Sus pezones rígidos se encontraron con el pecho desnudo de él cuando se quitaba la camisa sin interrumpir los besos que cada vez caldeaban la 43 asión. Él recorrió su cintura con sus manos y poco a poco descubrió su hermosa figura desnuda en la penumbra de la habitación que se iluminaba con los destellos de los relámpagos. La cargó en sus brazos y la acomodó suavemente en la cama haciendo lugar para acostarse a su lado. Recorrió su cuello besándola suavemente. Siguió recorriendo y descubriendo su cuerpo, besando su suave piel blanca y perfumada.

Besó sus pechos y mordiendo suavemente sus pezones sintió como se agitaba más su respiración y ella soltó un sordo gemido de placer.

Su piel, ya algo sudorizada, lo invitó a recorrerla más con sus besos, pasando por un llano vientre hasta encontrarse con la delicia que al abrir sus piernas y rozar suavemente con su lengua haría desencadenar una serie de gemidos y movimientos convulsionantes del más puro placer. Siguió rozando suavemente su lengua con su clítoris hasta probar su dulce miel y ella lo tomó por las manos indicando con su mirada que deseaba desesperadamente ser suya. El subió sin apresurarse, la miró a los ojos y con otro beso apasionado la fue penetrando muy despacio.

Sus hermosos labios rojos por los besos susurraron al oído -- ¡Briselda, me llamo Briselda, no Ylenia! Y es la primera vez que hago el amor.

Él dudó por un instante, pues conocía el oficio de aquella mujer en la posada de doña Vero. Luego supo que aquella entrega, sus besos y el amor con el que se fundían en cada momento que se sentían los dos 44 omo uno solo, no podía ser más que la verdad de lo que le estaba diciendo.

-- No hay cama nueva ni vieja cuando el amor es bueno -- correspondió al instante que se vio delatado en su duda -- Se habla y se critica a los ojos de la sociedad, pero a oscuras, bajo las sábanas, no existen clases sociales ni la mínima duda que inhiba un amor de verdad -- siguió

diciéndole al oído.

Siguieron así, haciendo el amor tal vez unas tres o más veces antes que la primera luz de la mañana se colara por la ventana. Cada vez se daban un descanso y charlaban, ella recostada sobre su pecho contaba historias de lo poco que recordaba de niña y él sobre cómo se formó siendo mozo y luego el caporal de la hacienda más grande del pueblo.

Luego de unos minutos, encendían la pasión como si fuera el primer momento, como si fuera de nuevo la primera vez. Al amanecer, ella despertó y lo buscó sin encontrarlo, pero vio una nota que había sobre la mesita de noche con una flor recién cortada junto a una taza de café aún caliente.

-- No pienses en un adiós -- decía aquella nota. Pues, el adiós aleja los pensamientos y los hace recuerdos. Piensa en un "nos veremos", pues acerca el pensamiento y nace el deseo del reencuentro.

Briselda se vistió, tomó un sorbo de café y partió hacia la taberna de donde salió apresurada para abordar el primer transporte fuera del pueblo. Maurino no volvió a saber de ella por muchos años. Aquel amor que nació esa noche y que explotó con la fuerza de una tormenta en su pecho lo fue carcomiendo hasta convertirlo en un sonámbulo nostálgico, furibundo y sin un motivo para seguir íntegro. La buscó en pueblos cercanos, preguntaba a los viajeros si la habían visto y nadie supo dar razón de la hermosa mujer que se llevó la paz de su corazón.

Pasaron diez años hasta que la mujer de tez blanca, hermosos pechos y labios rojos volviera en busca del padre de su único hijo. El hijo que nació del amor de aquella noche de tormenta. Se instalaron en la posada cruzando la calle de donde antes había sido la taberna en donde su hijo jamás sabría que ella trabajó. Briselda preguntó por Maurino e inmediatamente supo que estaba preso. Había matado a un hombre. Briselda le recomendó a su hijo que la esperara en la posada.

Se dirigió a la delegación y pidió que le permitieran verlo.

Le pareció imposible creer que un hombre en la condición en que se encontraba pudo haber matado a alguien. La impresión de Briselda fue tal que no logró contener las lágrimas. Ella lo recordaba fornido, gallardo y con brillo en el rostro. Se encontró con un hombre con el rostro apagado, la piel marchita y el alma oscurecida de rencor y tristeza.

En el breve instante de su reencuentro, sus ojos se miraron en la penumbra de la cárcel. No era la habitación de su casa pero logró evocar la figura hermosa de su amada. No hizo falta presentaciones ni recordatorios. No había reclamos ni preguntas del pasado más que del por

que nunca se dijo nada ni se supo la razón de su partida.

-- ¿Por qué has venido? -- preguntó Maurino -- Después de tanto tiempo. Después de abandonarme. Ya no soy lo que era. Al menos, lo que queda de mí ya no lo es más desde que te fuiste. He dejado de ser porque no encontré el camino, ni motivo, ni razón que le diera sentido a mi vida. Pues, yo ya no soy porque tú me llevaste contigo.

Hubo un momento de silencio y luego sus ojos se encontraron de nuevo como aquella noche entre penumbras.

-- Regresé por una razón muy fuerte -- respondió ella apartando súbitamente su mirada y dirigiéndose hacia la ventanilla por donde se colaba el sol hacia la celda. Hay alguien que quiere conocerte.

Después de tantos años no quise volver. ¡Quería una vida nueva y cuando lo supe, ya estaba emprendiendo una nueva senda! ¡Quería partir contigo ese día, pero tu te fuiste al amanecer! -- le reprochó con un aire de remordimiento.

-- ¡No pude decirte lo que sentía, ni los planes que tenía! No sabía si tú querías estar conmigo, sabiendo lo que hacía. Luego de irme, al poco tiempo, supe que de verdad emprendía una vida nueva con tu hijo en mis entrañas. He venido porque él quiere conocerte -- le dijo. Hablé con el delegado pero no me dejará pagar fianza por ti debido a la gravedad de tu acusación. Mañana volveré con tu hijo. Por favor, no lo defraudes. Le he hablado todo de ti y está muy orgulloso de ser tu hijo, de llevar tu sangre.

-- ¡Mi hijo! -- pensó Maurino para sí mismo. ¡Tengo hijo y se siente orgulloso de mí aún sin conocerme! La felicidad volvió a su pecho y aceptó ver al niño.

Al siguiente día, llegaron madre e hijo al encuentro. Pero, Maurino había sido trasladado horas antes al palacio municipal. Ese día sería juzgado y sentenciado a morir fusilado. Briselda y su hijo llegaron un día después del juicio. Maurino había pedido como última voluntad que se le concediera una visita con su hijo en el parque de la ciudad.

Procuraba que el niño no supiera de su sentencia. Preparó el encuentro vistiendo sus mejores ropas, se rasuró la barba y bigote y se puso un perfume que consiguió de contrabando.

Briselda llegó vestida de blanco y encaje. Lucía un hermoso collar y unos hermosos pendientes de perlas. Su sombrero azul, de ala ancha y decorado con flores de colores le daba una apariencia de dama europea a la moda francesa. El niño vestía un traje limpio con camisa de hilo y pantalón azul. Llevaba el cabello peinado con aceite perfumado y una flor

en la mano que él mismo había cortado camino al parque. Maurino esperaba sentado en una banca cuando divisó a la hermosa mujer con el niño de la mano. Se puso de pie dispuesto a recibirla con un beso en la mejilla cuando el pequeño se soltó de la mano de su madre y corrió hacia él.

48 aurino se apoyó en una rodilla para recibir al pequeño que se colgó fuertemente de su cuello y entre sollozos gritó -- ¡Papá! ¡Papa, al fin te encontramos! ¡Que alegría! Maurino no pudo retener las lágrimas y sintió que su corazón se detuvo por un breve instante mientras sentía el pequeño pecho de su hijo contra el suyo. Sintió el latir de su corazoncito y fue feliz nuevamente. Había encontrado lo que una vez perdió, una razón pura para vivir.

-- ¿Cómo te llamas? -- le pregunto al pequeño.

-- Me llamo Aldebarán Ferrera -- le respondió serenamente el muchacho viéndolo a los ojos al momento que liberó una sonrisa con gran alegría.

Briselda había llamado al muchacho con el nombre de la estrella más brillante que divisó en el cielo la noche que lo dio a luz. Era una noche de cielo estrellado como un manto de oro azul a finales de octubre cuando las hojas secas de los árboles pintan los paisajes de hermosos tonos rojizos y amarillos a lo ancho de las praderas. Era un hermoso niño de ojos verdes brillantes y tez blanca como ella. Fue su más grande amor, el que le recordaba a Maurino todos los días.

Caminaron un poco hasta sentarse en una de las bancas del parque.

El niño le contó del viaje a su encuentro, sus palabras eran muy elocuentes. Briselda le explicó que el niño atendía un colegio donde era instruido muy bien. Ambos se vieron con cierto orgullo, pues el 49 equeño mostraba tener carácter y gran lucidez. Luego, llegó el turno de Maurino para contar su historia. Obviamente, no mencionó a Briselda como la que huyó. Se echó él mismo la culpa.

La historia de su cautiverio fue la que más les impactó. Resultó que la versión de la policía no se sostenía por sí sola. Maurino les contó que un viernes, hacían tres semanas, como acostumbraba, llegó a la taberna para tomar algo, no quiso admitir que lo hacía con la esperanza de que ella regresara. Pidió una botella y luego el recuerdo lo invadió. Evangela aprovechó su embriaguez y lo llevó a su habitación. Se disponía a desvestirlo cuando oyeron un grito en la habitación de al lado. Maurino se dirigió rápidamente hacia la puerta y oía una conmoción adentro. La puerta estaba cerrada con llave, así que tuvo que tumbarla a patadas. Al entrar, el hombre había herido en el rostro a Miriarlis, una joven muy bonita y delgada que había llegado el año anterior, y se disponía a clavarle el puñal. En ese instante, por reflejo muscular debido a sus

muchas peleas con bandidos en las calles de la ciudad, Maurino se abalanzó sobre el hombre tomándole la mano con que sostenía el puñal y en un par de movimientos hizo que se lo clavara el mismo en el costado derecho. La joven estaba aterrada y desnuda. Al ver caer al hombre corrió hacia afuera de la habitación y tropezó con Evangela.

-- ¿Que pasó?! -- le pregunto muy asustada.

Miriarlis corrió hacia su habitación y Evangela corrió detrás de ella.

Cuando llegó la policía nadie supo explicar lo que pasó. Por su estado 50 e embriaguez no creyeron la historia de Maurino y lo acusaron de asesinato. Al siguiente día intentó explicarles de nuevo, pero no le dieron oportunidad. El hombre era hijo de un líder político muy influyente y jefe del destacamento militar. Alguien tenía que ser culpable para expiar la mala imagen que daría la conducta del hijo de un hombre importante ante su comunidad. Por tanto, el destino de Maurino estaba dicho, no tendría oportunidad, al menos no con la justicia del hombre.

Al escuchar la historia, los tres lloraron por la desgracia en que se encontraba Maurino. Se abrazaron fuertemente y se propusieron luchar hasta el último recurso para liberarlo y que se hiciera justicia.

Briselda dispuso todo lo que tenía para pagar los honorarios de un abogado y apelaron la sentencia. El caso se llevó hasta los tribunales supremos y se pasaron cuatro años en el proceso. Al final, la sentencia se sostuvo y se dispuso una fecha dentro del siguiente mes para la ejecución.

Briselda y Aldebarán, ya de catorce años y más alto, llegaron a darle la noticia a Maurino. Conversaron un poco y recordaron algunos momento que habían compartido durante los últimos cuatro años.

Habían sido los más felices, tenían al fin una familia. Esos años los barrotes de la prisión no significaban nada. Eran más valiosos los momentos que lograban compartir juntos los tres. Aldebarán había desarrollado una inteligencia extraordinaria y alcanzó una gran lucidez que sorprendía incluso a sus profesores. No era algo común en 51 óvenes de su edad. Comprendía mucho sobre ciencias, matemáticas y política. Su comprensión del mundo era impresionante.

Aldebarán ideó un plan para liberar a su padre y logró convencer a su madre de apoyarlo. Se dispuso a falsificar una orden de traslado para que Maurino fuera cambiado de celda a otro edificio donde no había mucha vigilancia un día feriado en que no había mucho personal. La operación de escape era relativamente sencilla. A las once de la noche sonaron la sirena, alguien faltó en el conteo. Maurino se dirigía con rumbo

desconocido en compañía de su hijo de catorce años y su amada.

Permanecieron huyendo por varios meses. Cambiando de ciudad cada vez que permanecían el suficiente tiempo como para que la ley los reconociera. Maurino no logro correr muy lejos. Dos años después fue interceptado por una patrulla de la guardia cuando regresaba de comprar medicinas en la botica. Briselda estaba muy enferma. Había adquirido tuberculosis en las tantas visitas que hizo a su amado en la cárcel. No lo sabía, pero la enfermedad la estuvo matando lentamente mientras huían. Para ella, había estado muriendo poco a poco mucho antes, desde que tomó la decisión de alejarse de Maurino aquel día que resonó para siempre en su tierno corazón hasta el día de su muerte. Ella no se lo perdonó. No se lo perdonó porque estaba viviendo un amor de ensueño y renunció a él por miedo. Miedo al qué dirán por haber tenido una vida de placeres prohibidos.

52 Idebarán se había quedado a cuidar de su madre mientras su padre iba a buscar la medicina para aliviarla. Pero, su suerte estaba por pasarle factura bien caro. Había toque de queda en la ciudad porque en León habían disparado contra el presidente y la guardia andaba levantando a todo el que encontrara mal parqueado. Debido a eso, no había establecimiento abierto a esa hora.

Maurino tuvo que caminar de botica en botica rogando que le vendieran el medicamento que necesitaba. Eran pasadas las diez de la noche cuando consiguió que en una farmacia le proporcionaran la medicina. Se apresuró a regresar, pues le preocupaba que Briselda empeorara. Fue apresurando el paso cada vez que se veía más cerca.

Posiblemente, eso lo convirtió en alguien sospechoso dadas las circunstancias. Maurino fue interceptado por una patrulla a escasas cuadra y media de donde lo esperaban Aldebarán y Briselda.

-- ¡Parate ahí, vago hijueputa! -- le gritaron los guardias tan pronto frenaron el jeep en seco y saltaron dos de ellos al instante.

-- ¡Contra la pared! ¡Las manos en la pared! -- le ordenaron mientras montaban sus fusiles apuntando hacia su humanidad. ¿Para donde te la llevas tan apurado? ¿Qué llevas en esa bolsa? Vaciaron sus bolsillos y lo requisaron de pies a cabeza.

-- ¿Cómo te llamás? -- siguieron preguntándole.

Aldebarán había escuchado el frenazo del jeep y se asomo abriendo un poco una de las hojas de la ventana que daba a la calle. Pudo notar como los cuatro guardias que se bajaron del jeep rodeaban a Maurino y lo apuntaban fijamente con sus fusiles de guerra mientras un quinto se

quedó al volante del vehículo.

Maurino intentó hablarles.

-- Oficial, solo son medicinas para mi esposa que está muy mal -- les dijo volteando un poco para ver el rostro del oficial que lo interrogaba si andaba armas y si era de los grupos insurrectos.

En ese momento, uno de los guardias lo golpeó en el rostro con la culata del fusil.

-- ¡No te movas, maldito, o te moris aquí mismo! -- le grito mientras Maurino caía abatido del culatazo.

Le preguntaron cuál era su nombre y donde vivía. Le preguntaron a qué se dedicaba y para quién eran las medicinas.

-- ¿Son para algún hijueputa que tiraron? ¿Para quién son esas medicinas? -- le gritaban mientras le daban patadas tendido en el suelo.

Maurino supo que si les decía algo, no solo su destino iba a ser fatal sino también el de Briselda y su hijo. Decidió callar, convencido de que su destino lo había alcanzado. Había logrado ganarle tiempo y distancia a su sentencia, pero ésta al fin lo había alcanzado. Su silencio enfureció más a los guardias que ya lo consideraban uno de los rebeldes armados. Ahí mismo descargaron su furia.

54 a noche era fría y el aire llevaba con él un oscuro aroma a muerte y putrefacción. Los perros ladraban y se escuchaba el chillido de la lechuza en la arbolada al fondo del arroyo detrás del caserío.

Aldebarán observaba atónito lo que ocurría. Su corazón palpitaba a mil. El sudor se le enfrió y la respiración se le cortó cuando escuchó las primeras detonaciones. Fué testigo impotente de cómo la guardia ejecutaba a su padre a rafagazos. Comprendió que su padre había tomado la decisión de entregarse heroicamente al silencio para guardarlos del pasado que los perseguía. Todo porque defendió el honor de una mujer y pagó con su vida la imagen de un hombre corrupto. Sintió como le hervía el alma en cada fibra de su ser. Odió a los guardias, odió la justicia, odió al político y su progenie, odió todo lo que llegó a conjugarse para que llegaran a tener tal suerte.

Briselda murió un mes después. No soportó otra vez la depresión de no estar con el ser que tanto amaba. Al final, la tuberculosis la reunió con su amado en la eternidad. En sus últimos momentos, Briselda llamó a Aldebarán, quien no se separó nunca de su cama, para liberar su conciencia de las cosas que la agobiaban y que tal vez no le permitían irse

en paz a su encuentro en la otra vida con su amado.

-- ¡Aldebarán, hijo! -- le dijo acercando suavemente su rostro hacia ella poniendo su mano delicada detrás de la cabeza del muchacho. Siento que cada vez estoy peor y sin esperanzas de mejorar -- le dijo con voz quebrantada. Quiero que sepas algo que no te había contado antes.

Cosas que podés comprender ahora que sos un muchacho bien 55 recido. ¡Jaja, mira como has crecido, mi hijo querido! -- le dijo marcando una sonrisa en su rostro que le dio un brillo de vida.

-- No quiero que pienses que tu padre nos abandonó, porque no fué así. Vos bien sabes, porque yo te lo he contado -- le dijo al muchacho con voz firme, pero dulce.

-- ¡Mamá! -- le interrumpió el muchacho. Vos me contaste y entiendo muy bien lo que pasó. Estoy muy orgulloso de mi padre y de ti. Todos los días doy gracias a Dios de haber tenido padres tan maravillosos, amorosos y sobre todo sinceros. Jamás me ocultaron nada y eso me dio la confianza de que estarían ahí en los momentos difíciles -- concluyó tomando la mano de su madre entre las suyas apretándolas suavemente en señal de franqueza.

-- No permitas que nadie te quiera señalar por los errores que cometimos o que te quieran humillar por ello -- siguió su recomendación mientras alcanzaba una vieja cajita de metal.

Sacó algunos documentos y fotos viejas de la caja metálica. Entre los papeles viejos estaba la nota que Maurino le había dejado la mañana en que se fué dejándola en la habitación.

-- ¡Tu padre y yo nunca nos separamos! Siempre lo recordaba, y cuando te tuve a ti, lo recordaba y lo sentía conmigo -- le dijo mientras le pasaba la nota. Ahora, esto es lo único que tengo de él, después de ti. Conservalo contigo y así nos recordarás a los dos. ¡Hijo! -- retomó, usando un tono más solemne y pausado -- lo que te quiero contar es 56 lgo muy delicado. Es algo que para otras personas es inaceptable, repulsivo y hasta una maldición, pero no lo es. Nosotros tenemos un don -- lo miro fijamente a los ojos y el muchacho entró en pánico pensando como ella sabía de su condición extraordinaria. Es un don muy especial. No tiene que ver con adivinación ni espiritismo.

Podemos ver lo que está por suceder y descubrir lo que hay en las mentes de las personas, hasta sus más íntimos secretos. Por esa razón, no guardo ningún secreto contigo.

Briselda le contó a su hijo como ella había tenido que huir de su casa cuando su madre descubrió su singular condición y decía que las cosas

que hacía y decía eran herejías y blasfemia. Decía que Briselda estaba endemoniada y que había que llevarla a un convento de monjas.

Cuando Briselda descubrió su don, su mamá la llevaba a la iglesia a recibir catecismo para su primera comunión. La niña llegaba a la casa cural por las tardes dos veces por semana y recibía catecismo con una novicia llamada Betunia. Era una mujer mayor, pero aún joven, de complexión delgada, hombros angostos, cabello negro y lacio que ya pintaba abundantes canas, con una protuberante nariz y ojos saltones.

La niña Betunia, como se le dice a las que se están iniciando como monjas, llevaba a Briselda a un estudio en la casa cural y le daba el pequeño librito donde estaba la ceremonia y los rezos que tenía que aprenderse de memoria. La primera vez que Briselda experimentó su don, la niña Betunia se le había presentado exaltada y sudorosa. Ella 57 ensó que había sido producto de que la había estado esperando pues Betunia llegó tarde ese día. Sin embargo, cuando comenzó a concentrarse en los rezos del librito, de repente Briselda alzó su rostro y se encontró con los ojos saltones de Betunia, clavados en su inocente niñez. Casi de forma inmediata y súbita comenzaron a aparecer en la mente de Briselda las imágenes de lo que había ocurrido en casa de Betunia, apenas momentos antes de que se apareciera en el estudio de la casa cural. Briselda pudo ver una discusión agitada y veía al padre de Betunia tomándola de la mano y llevándola a una habitación solitaria y cerrada. Todo eso lo veía Briselda en primera persona, como si ella lo estuviera viviendo. Vió como el papá de Betunia le decía que ella no iba a ser monja y como Betunia se soltó y salió corriendo luego de que su padre la intentara manosear. Briselda escuchaba todo lo que Betunia se decía para sí misma.

-- ¿¿Cómes posible que mi padre haya intentado algo así? ¿Como pudo hacerlo? ¡Soy su hija! ¿ escuchaba que resonaban en su cabeza los pensamientos de Betunia.

Briselda escuchaba como Betunia se decía a sí misma que se sentía sucia. En realidad, la niña se encontraba confundida y no pudo reaccionar adecuadamente dada la situación. Entró en pánico y simplemente clavó su mirada en el texto del librito sin leer ni hacer nada. Betunia se paseó por el estudio de lado a lado como si estuviera 58 llevando la lección de la forma más normal, sin embargo, no lograba disimular su angustia, ni hacer que sus pensamientos desaparecieran.

Con el tiempo, Briselda aprendió a controlar su don haciendo que se silenciaran las voces y poder escucharlas cuando ella quisiera. Había llegado a tener buen dominio y en ocasiones disfrutaba riéndose de las situaciones en que se metía el padre Fermín. Briselda era conocedora de todos los secretos del pueblo que se confiaban en confesión al anciano padre panzón. De cuando la Chabela se le robaba el vuelto del mandado a su patrona, las aventuras de doña Ausencia y sus delirios de juventud

tardía y los encuentros del padre Florino con la hermana Azucena mientras los espiaba la hermana Alina por el agujero de su habitación. Un día, Briselda se dispuso a escuchar lo que le confiaban al padre y descubrió un secreto que desembocó en un desastre familiar. Al llegar a casa, Briselda esperó muy callada a que su madre regresara de la misa de las cinco. Cenaron y ella luego contó que había descubierto que su papá no se iba a viajes del trabajo como había dicho los últimos dos meses. Se estaba viendo con la hija de dieciocho años de la vecina y se quedaban en un hotel de un pueblo cercano.

-- ¡Muchacha atrevida! -- gritó la madre y al momento clavaba su mirada con fuego en los ojos como queriendo aventarle la salsera en la cara -- ¡¿Cómo se te ocurre decir semejante cosa?!.

Briselda respondió bajando la mirada -- ¡Lo escuché en los pensamientos del padre Fermín, mamá! Yo oigo lo que la gente piensa 59 a veces veo lo que les pasa -- un aire helado subió por la nuca de su madre y de inmediato confinó a la niña -- ¡Te vas a tu cuarto de inmediato y de ahí no salís! La madre asumió que Briselda se había escondido detrás del confesionario y que así pudo escuchar lo que le dijo. Sin embargo, después de seguir interrogando a la muchacha y que con el paso del tiempo Briselda la sorprendiera aún más con cosas que solo ella sabía, la mujer llegó a creer que la muchacha estaba endemoniada.

-- Así fué como mi vida, después de descubrir el don que poseo, cambió de una forma drástica -- le dijo Briselda a Aldebarán -- al punto que mi misma madre me rechazó y pensó que se me había metido el demonio -- Briselda concluyó su relato mientras Aldebarán la escuchaba atentamente -- Es por esto que tenés que ser muy cuidadoso, porque sé que vos heredaste mi don y ya lo descubriste.

No es algo de lo que debés sentirte avergonzado o asustado. Si se nos dió ese don, es para usarlo en bien. No tengás miedo, solo debés tener cuidado y ser discreto.

Todo eso le contó Briselda a su hijo, Aldebarán. Y le hizo prometer que jamás dejaría que nadie lo descubriera. Que nadie supiera de su don, porque podría traerle graves consecuencias. Aldebarán le juro que jamás dejaría que nadie lo descubriera y que podía estar tranquila.

Briselda se sintió tranquila, en paz y se acomodó en su cama para descansar. Aldebarán la cobijó y acomodó su almohada dejándola dormir como si fuera un niño tierno. Los días siguientes fueron muy 60 tranquilos. Briselda tomaba el desayuno, le daba un beso en la mejilla a su hijo y volvía a descansar. Ella murió una semana después, arropada en su lecho, descansando. Cuando Aldebarán la buscó por la mañana para darle el desayuno, su rostro sin vida aún tibio reflejaba una gran paz. El supo que su madre se había ido en paz y tranquila, feliz a los brazos de Maurino y

que ella sabía que su hijo estaría bien.

La beso en la mejilla como se despedían todas las noches.

-- ¡Ahora estás con mi papá! ¡Ahora, sé feliz, mamá, hasta toda la eternidad! -- le susurró al oído mientras una dulce lágrima rodó hasta caer en la mejilla de su madre. Ya no volvería a ver sus hermosos ojos azules ni escuchar su dulce voz que lo apaciguaba desde que podía recordar. Pero, estaba feliz porque así ella le dijo, que se iría en paz a los brazos de su amor.

Aldebarán, ya con 16 años, había previsto la muerte de su madre y ahorró lo suficiente para los preparativos del sepelio. Le pidió a doña Hermelinda, una vecina que les tomo cariño y le ayudaba a acompañar a Briselda mientras él trabajaba, que la cuidara mientras salía a comprar lo necesario. La señora disfrutaba mucho la compañía de Briselda que le contaba historias muy lindas, muchas de ellas que había construido en su mente de cómo habría sido su vida con Maurino si no se hubiera ido. Aldebarán no tardó y volvió con un hermoso vestido de suave hilo blanco de hechura artesanal, como los que usan las inditas de oriente. Decorado en los bordes con hermosas flores bordadas en lindos colores. Cuando terminaron de vestirla las 61 ujeres del barrio, Briselda se veía como si estuviera durmiendo en un profundo sueño. Aldebarán decoró sus cabellos trenzados con dos colitas que bajaban hasta su pecho con orquídeas rojas y blancas.

Todo el barrio acompañó el féretro en su desfile sencillo cargando a hombros los restos de Briselda hasta el cementerio de los pobres. Su bóveda se cerró y en ella puso una placa de mármol negro con su nombre y una leyenda que decía "Una vida no basta cuando el amor tiene el poder de trascender hasta la misma eternidad".

Durante los diez años en los que Briselda se había alejado de Maurino dejando el pueblo donde lo conoció, ella y Aldebarán habían vivido con Evelyana, la hermana mayor de Briselda que se había establecido en la ciudad de Jilguero, cerca del puerto de Cantarillo. Vivían en condiciones acomodadas. La tía Evelyana era una mujer solitaria.

Había sufrido un gran desamor del cual no se recuperó nunca. Perdió toda confianza en los hombres y no volvió a creer en el amor. Jamás dejó que un hombre le hablara con dulzura o le dijera palabras de amor. Mucho menos que se atreviera a un contacto mínimo, ni acercamiento, ni confianza. Se había vuelto una mujer férrea, tosca, de pensamientos indescifrables y de sentimientos algunas veces incomprensibles. Ella había crecido bajo la dirección de una madre rigurosamente religiosa de la fe católica. Devota hasta los tuétanos, por lo que era poco tolerante a algunas conductas del joven Aldebarán. Fue ese ambiente de rigor religioso, inhibiciones y prohibiciones el que empujó a Briselda a

abandonar su hogar, lo que provocó una ira incontenible en su madre quien murió poco después de sufrir un derrame cerebral. Evelyana nunca culpó a Briselda por eso. Sabía que en el fondo ella también deseaba tener una vida libre donde pudiera tomar sus propias decisiones y vivir bajo sus propios riesgos. Deseaba poder decidir sin ser sumisa, sin sentir que su espíritu libre e independiente ofendían la voluntad divina de un dios que parecía incomprensivo.

Aldebarán recordó a su tía Evelyana y se fue a vivir con ella. Llegó a casa de su tía un viernes por la tarde, poco antes de que tocaran las campanas para la misa de las cinco. Ella abrió una hoja de la puerta y lo vio ahí de pie, desorientado, algo sucio y cansado.

--¡Aldebarán, hijo! -- se exaltó la tía Evelyana llena de sorpresa e incertidumbre -- ¡Entra! ¿Dónde está tu mamá? -- le preguntó trepidantemente -- ¿Qué pasó con Briselda? Su tía lo acogió con un poco de desagrado e incomodidad propios de su estado senil. Sin embargo, comprendía que era el único pariente a quien el muchacho podía recurrir y en su soledad a ella le vendría bien alguien con quien compartir la casa sin sentirse amenazada.

Debido a su vida solitaria, la tía Evelyana no había logrado gastar a plenitud la herencia de su madre. Dispuso apoyar a Aldebarán para que concluyera sus estudios y tuviera una carrera con el compromiso de que, una vez culminara, se iría de la casa. Pues la mujer no concebía la idea de que el muchacho la cuidara en los días calamitosos de su vejez. Sin embargo, el muchacho logró culminar sus 63 estudios de bachillerato y coronó una carrera técnica en el instituto donde se convirtió en el mejor estudiante de mecánica naval. Aun así, se quedó a acompañarla en agradecimiento a su gesto de amor. Tenía mucho que agradecerle. Sus consejos y regaños; su ejemplo de carácter paciente y sobre todo el haberle ayudado a encontrar la paz interior que necesitaba para dejar de un lado el dolor y el odio que había dejado en su corazón la forma trágica en que perdió a sus padres siendo tan joven. Su tía llegó a estar muy orgullosa de él aunque no lo expresaba con facilidad.

Cuando Aldebarán inició sus estudios de secundaria en el Instituto Tecnológico Cristiano, se encontró con un rostro que le parecía familiar. Era el día de inauguración del año lectivo y se encontraban todos formados en el patio del instituto frente a las astas donde ondeaban las banderas nacional y de la iglesia. Durante su niñez, había conocido una niña que vivía en la casa de enfrente, cruzando la calle. Ximena y su primo Hernán se habían mudado a vivir con su abuela en calle Salvadores. De vez en cuando los visitaba su padre que se dedicaba a la carpintería. Aldebarán acostumbraba pasar las tardes en la casa de sus amigos donde jugaban a las escondidas, a construir cosas de madera con las herramientas del papá de Hernán o durante las noches se juntaban con otros chavales de la cuadra a jugar congelados, la sandía, y otros juegos

nocturnos de chavalos.

Habían días que por las tardes los tres se quedaban solos cuando la abuela se encerraba en su aposento a dormir la siesta durante las tardes calurosas después del almuerzo. Jugaban a las escondidas. Se 64 abricaban pistolas y rifles de madera con las herramientas del papá de Hernán y jugaban a la guerra o a los policías y ladrones. En ocasiones, la curiosidad los hacía cómplices en muchas travesuras como descubrir qué diferencias tenían los niños de las niñas.

Aldebarán se quedaba con Ximena mientras Hernán vigilaba que no se despertara la abuela o que no llegara su papá. Se miraban sus partes y se preguntaban por qué uno era diferente del otro y qué se hacía cuando eran grandes?

-- ¡Tocá! -- le decía Ximena a Aldebarán sin ninguna malicia como para que el otro se convenciera o se correspondiera mientras ella tenía las partes de él en sus manos jugueteandolas como chibolas de vidrio.

Aldebarán con ojos bien abiertos de desconcierto, no sabía qué hacer.

-- ¿Por qué mejor no jugamos otra cosa? -- sugería para salir de la situación incómoda y buscaba llamar a Hernán.

-- ¡Me toca a mí! -- decía Hernán, a lo que Ximena se negaba porque eran primos. Un día Hernán quedó molesto y cuando su abuela despertó, ya después que Aldebarán se había ido, acusó a Ximena de ponerse a hacer juegos vulgares con Aldebarán. En castigo, después de la mecateada que le dieron a Ximena, Aldebarán ya no pudo volver a entrar a jugar en la casa. Después de eso, los chavalos solo se veían en los juegos nocturnos de vez en cuando.

Ya cuando Aldebarán tenía unos diez años y Ximena cerca de los doce, se encontraban jugando la sandía y Ximena corría siempre en la 65 irección que Aldebarán tomaba, como para buscar un lugar ideal. Los chavalos corrían por la calle de tierra que llevaba al molino, la venta de don Aníbal, las bodegas de ENABAS y dos cuadras después estaba el cauce y el taller del cachero. Daba la vuelta a la manzana hasta llegar al sector de verduras del mercado. Correteaban por todos lados pues no entraban muchos vehículos y estaba poco iluminada. Era la cuadra ideal para jugar y corretear como cabritos. Cuando se dió la oportunidad, Ximena se encontró de frente con Aldebarán con sus respiraciones bien agitadas por el juego. Él estaba inmóvil porque lo habían "encantado", así que ella lo iba a liberar. Pero, justo después de liberarlo, le clavó un beso en la boca que lo sorprendió al comienzo, luego tuvieron que salir corriendo para seguir el juego. Ese beso que le supo a maní salado, porque ella había comido hacía pocos minutos, muy húmedo y estimulante le gustó tanto que Aldebarán aprovechaba cada encontronazo para repetirle el beso a

Ximena una y otra vez. Así, sus encuentros se volvieron más interesantes. Pasaron de los juegos de chiquillos a sesiones incontenibles de besos que les dejaban los labios enrojecidos a reventar. Un mes después, Aldebarán tenía que emprender un viaje con su madre hacia Los Mangles donde tenían preso a su padre Maurino. Llegó a casa de Ximena para despedirse, pero no le permitieron hablar con ella. La abuela le dijo que no se encontraba en casa. Se fué sin despedirse y a su regreso supo que ya no vivía en la casa de enfrente con su abuela.

No sabía cuál había sido su suerte hasta el día de inauguración del año lectivo que se encontró de nuevo con su rostro entre la multitud de 66 estudiantes del instituto tecnológico cristiano. Ahí estaba ella, con su pelo castaño suelto y un poco alborotado jugando con el viento, atlética y morena, de hermosos labios carnosos y bellos ojos cafés. Si, recordó muy bien esos labios que lo derretían en las noches de su preadolescencia. Ella estaba enfocada en el discurso inaugural, pero se sintió observada. Volteó su mirada y se encontró con la de él, sintió una chispa en su interior. Su vientre se encendió como fragua que funde el más duro metal. Aldebarán encontró su mirada y sintió que su corazón saltó tan fuerte que le provocó un hipo incontrolable. Sintió que se moría y se salió de la fila para caer redondito desmayado.

Cuando volvió en sí, estaba en una banca en uno de los pasillos que daban a los laboratorios. A su lado estaban la hermana Sofía, su profesora guía, sus compañeros de clases Arnulfo "Palomo", Wilmer "Conejo" y la "Calamidad" o Catalina y el rostro que más quería ver, Ximena.

-- ¡Hijo, pero que susto nos pegaste! -- Le dijo la hermana Sofía cesando la sopladera al ver que reaccionaba -- ¿Qué te pasó? ¿No comiste bien? ¿Te sentís mejor? -- le preguntó algo calmada, pero todavía un poco preocupada, más por ver como ordenaba el desorden que tenían los otros alumnos al interior de la sección.

Aldebarán se incorporó ya recuperado, le dió las gracias a sus amigos por ayudarlo y se quedó un momento con Ximena antes de entrar a la sección.

67 - ¡Hola! ¿Cómo estás? Pensé que no me reconocerías. -- le dijo Aldebarán con la mirada un poco distraída en su alrededor. -- ¡No te había visto! -- le contestó ella tocando su mejilla con su mano para que fijara su atención en ella -- luego hablamos, ¿sí? ¡Cuidate! No te vayas a caer muerto por ahí -- le dió un beso en la otra mejilla y se fué.

Aldebarán se dirigió a su salón de clases, y la hermana Sofía había iniciado con las presentaciones, pero lo dejó entrar justificado por el percance, y le tocó hacer su presentación ante todos sus nuevos compañeros de clases. Seguidamente se sentó en un escritorio al fondo del salón junto con sus compañeros "Palomo", "Conejo" y "La Calamidad"

que habían sido compañeros desde la escuela. De niños en ocasiones durante el recreo se escapaban de clases por un hoyo en la malla perimetral y se iban a nadar al arroyo que quedaba cerca de la escuela. Arnulfo el "Palomo" era un chele alto, recio de cabello rizado. Wilmer el "Conejo" era bajo, flaco, de dientes grandes, pero muy astuto de pelo chirizo, se encorvaba y cojeaba un poco al caminar por una leve deformación de nacimiento en sus caderas. Catalina "Calamidad" era una chavala muy vivaracha, popular y algo ruda, de piel clara cabello negro liso y largo. Siempre participaba en los festivales haciendo bailes que alborotaban hasta a las profesoras. A pesar de ser una chavala, los demás la respetaban era una más del grupo y también la cuidaban. De hecho, ella los cuidaba más. Tenía un coraje impresionante y casi nada de miedo por nada. Durante la hora de almuerzo se encontraron Aldebarán y Ximena y se sentaron juntos en una mesa a la esquina del comedor donde pudieran charlar tranquilos.

-- ¡Que tal! ¿Cómo has estado? -- intentó romper el hielo Aldebarán mientras se sentaba a la mesa con Ximena. Ella sonrió de forma sarcástica y le dio una mirada de ironía.

-- ¡Pues, no me ha ido mal! No me puedo quejar -- le contestó en un tono frío -- Pasaron años sin saber de vos. Desapareciste de repente, sin decir una palabra y ahora apareces como si nada -- lo miro fijamente a los ojos como haciéndole un reproche. Aldebarán bajo la mirada, vio a su alrededor, tomó un respiro como tragándose la culpa y admitió que las circunstancias no habían sido las mejores.

-- La verdad, las cosas pasaron muy rápido. Quise despedirme de vos, pero tu abuela no me lo permitió. No te podés imaginar como me sentí de miserable durante todo el camino. Luego los años en que hubieron tantos momentos de soledad, deseaba que estuvieras ahí conmigo. Te extraña tanto. -- Ximena no desvió su mirada ni un instante y comprendió que estaba diciendo la verdad. De algún modo, ella también sospechaba que su familia no le había permitido despedirse.

Su corazón le decía que ya conocía la verdad y solo necesitaba escucharla de labios de Aldebarán. Sintió unas ganas enormes de lanzarse sobre su cuello y abrazarlo fuertemente, pero se contuvo.

69 - ¿Que vas a estudiar? -- pregunto Ximena, ya cambiando de aire la conversación, luego de un largo y profundo suspiro -- Yo estoy estudiando electronica, llevo tercer año -- le dijo.

-- También voy a estudiar electrónica. -- Le contestó con cierta alegría de haber coincidido sin siquiera saberlo -- Entre al primer año. Vamos a ver que tal me va. Pedí entrar al internado, pero no me prometieron nada. -- en verdad, Aldebarán había pedido entrar al internado para enfocarse de lleno en sus estudios y visitará a su tía Evelyana los fines de semana. Sin

embargo, su solicitud fue rechazada. El director recibió información de que podía quedarse con su tía Evelyana y el internado se reservaba para estudiantes de otros departamentos que no tuvieran familiares en la ciudad.

Durante la hora del almuerzo Aldebarán y Ximena conversaron sobre todo lo que habían vivido durante los años que no se veían. Él le contó sobre su padre, los años que estuvieron juntos y las cosas que les sucedieron. Le contó que el tiempo que vivió con sus padres fue el más feliz de su vida. Ella le contó sus vivencias después de que se mudó a vivir con su padre en Los Cocos y como había luchado para obtener la beca para estudiar electrónica en el instituto. Le contó cómo le apasionaba hacer que los circuitos funcionaran de la manera que lo esperaba y como le gustaría coronar una carrera en telecomunicaciones.

Sus encuentros en clases eran muy amenos. Ximena, por ser becada, vivía en el internado del instituto y tenía libres los domingos. Ellos se reunían y se iban de paseo a la playa, a veces al cine o pasaban el día donde la tía Evelyana cocinando ricos platillos y pasteles que Aldebarán había aprendido a preparar.

La tía Evelyana disfrutaba la compañía de Ximena, la chica le simpatizaba tanto que en ocasiones la invitaba a quedarse a dormir.

Aldebarán en ocasiones se reunía con sus amigos y llevaba a Ximena de día de campo a nadar a los ríos cercanos. Acostumbraban salir a las ferias y a cenar en los restaurantes cuando Aldebarán conseguía hacer algún trabajo como ayudante de alistaador en la zapatería "Don Gustavo" que fabricaba unos de los zapatos más finos de la ciudad.

Así pasaron seis meses hasta que en una ocasión, la tía Evelyana tuvo que viajar a visitar a una buena amiga que estaba muy mal de salud en la ciudad de Arteaga. Aldebarán se quedó solo en casa y Ximena se había escapado del internado, como hacía en ocasiones entre semana, sin que se notara su ausencia. Aldebarán se encontraba preparando la cena. Iba a cenar pasta con salsa Provolone. Estaba en la cocina cortando vegetales cuando Ximena llegó por detrás y lo hizo pegar un brinco del susto.

-- ¿Que haces? -- le preguntó Ximena destapando las ollas que tenía en el fuego de la cocina.

-- Voy a preparar una salsa para comer con Spaguetti -- siguió cortando vegetales luego que se dieron un apasionado y sonado beso
bienvenida -- ¿Qué tal te fue hoy? ¡No te vi en el comedor! -- siguió preparando la salsa mientras ella se sentó en el desayunador.

-- Hoy teníamos laboratorio y me tocó ayudar a algunos compañeros que tenían problemas. Nos van a evaluar la próxima semana. No me dio

tiempo de ir a almorzar. -- contestó mientras ponía varias piezas de pan en el tostador para luego ponerles mantequilla -- ¿Te ayudo con algo? ¡Estoy que me muero de hambre! -- se acercó para poner los platos y preparar la mesa. Mientras cenaban conversaron de lo que habían hecho durante el día. Ella llevaba el cabello recogido en una cola. Vestía una camiseta blanca de algodón y un par de pantalones cortos y sandalias de gancho. Entre todo lo que se decían se escapaban miradas y silencios que hablaban más de lo que sucedería esa noche que de todo lo que había pasado durante el día. Terminaron de cenar y se apresuraron a lavar los platos y dejar todo en orden.

Cuando ella terminaba de acomodar el último plato en la chinera, Aldebarán le llegó desde atrás. Esta vez con suavidad, deslizando sus manos desde la cintura de Ximena mientras le besaba el cuello y la nuca haciéndole erizar toda hasta subir sus manos a sus pequeños, pero firmes pechos. Ximena se volteó y su rostro mostraba un color intenso en sus mejillas, su respiración estaba agitada y su boca con los labios abiertos con todo el deseo de ser besada. Se abrazaron y se fundieron en un beso apasionado, intenso y que no parecía tener fin.

Cerraron la casa y se dirigieron a la habitación de Aldebarán. Él aprovechaba y la empujaba contra la pared mientras subían la 72 escalera clavándole en repetidas veces un beso intenso despojándose poco a poco, en cada paso, en cada estación, de sus ropas. Una vez que se encontraron solos en la habitación, entre penumbras, con las pocas luces que se colaban desde la calle por las finas paletas de las persianas de madera de las ventanas, se detuvieron, ya en calzones, y el último paso se volvió un poco difícil. Era la primera vez para ambos y se habían dejado llevar por el calor apasionado de sus besos y sus caricias. Sin embargo, ninguno de los dos tenía noción de cómo seguir en el acto del amor.

Se quedaron viendo, temblorosos y sudorosos. Ella se acostó sobre las suaves sábanas y él se acomodó sobre ella. Se trenzaron nuevamente en un beso como diciéndose " □Quel beso nos lleve a donde queremos llegar" □, así fue. En el instante siguiente se vieron con la respiración más agitada, sin ropas y con la sensación más divina de éxtasis cual si se estuvieran muriendo estando en vida.

Jadeando como sabuesos monteros, se miraban desnudos. Él disfrutaba de sus expresiones mientras besaba sus duros pezones y ella se ruborizaba cuando lo notaba. Fue algo tan intenso, sublime y especial que cada instante se grabó en su mente. Cada imagen, cada sonido y cada olor se conjugaron para dar paso al placer que fundiría sus dos cuerpos y almas en uno solo con una explosión magnífica de amor.

Cayeron uno al lado del otro en un vertiginoso estado de éxtasis, placer y el más intenso amor. Cuando lograron recobrar el aliento, él 73 evió las sábanas y vio que no había mancha de sangre y pensó -- □Nos necesario

que haya una mancha para saber que fué la primera vez.

No todas las primeras veces deben tener macha. Además, su amor y su entrega no lo va a dictar una puta mancha ☐- La beso viéndola fijamente a los ojos, todavía con la respiración un poco agitada y sus cuerpos bañados de sudor. -- ¡Te amo, Ximena! -- le susurro al oído -- ¡Y yo te amo a ti! -- le correspondió acomodando la cabeza sobre su pecho.

En verdad, era la primera vez para ambos. Sobre la mancha luego Ximena le preguntaría a la tía Evelyana, pues también había quedado un poco inquieta sobre qué pudo haber sucedido. Por el momento, los dos durmieron profundamente toda la noche hasta el siguiente día.

Ximena tuvo que vestirse en carreras y salir a empellones porque se le hizo tarde para llegar al internado ante que notaran que se había fugado. Aldebarán despertó por el ajetreo y apenas pudo despedirse con un beso.

Así pasaron un par de meses, buscando cada oportunidad y lugar oportuno para amarse, cada vez mas fuerte, mas salvaje. Los domingos mientras la tía Evelyana se iba a misa, los dos saciaban sus deseos en la cocina, en el baño, en la sala, por toda la casa.

En los paseos solitarios a los arroyos se arriesgaban y se aventuraban haciendo el amor entre la hierba, en las frescas aguas cristalinas que al correr por el cauce natural empedrado provocaban el ruido necesario que callaba sus voces y gemidos de placer. Ellos decían 74 ue "el amor sin condiciones se da en cualquier lugar con todas las emociones".

La tía Evelyana llegó a descubrir los amoríos de los dos jóvenes y citó a Aldebarán para que le explicara bien lo que sucedía.

-- Me dices que están enamorados, pero, ¡¿Sabés que lo que están haciendo es indecente?! -- mantenía la voz firme para no verse delatada por sus verdaderos sentimientos -- ¡No están casados y eso va contra la ley de Dios, Aldy! -- el tono de voz le provocó una tos seca y perturbadora que alarmó un poco a Aldebarán quien corrió hacia la cocina a traerle un poco de agua.

-- ¡Tome! Beba para calmar la tos -- le pasó el vaso y buscó en sus mejores palabras la respuesta que le daría -- ¡Tía Evy! -- así le decía cariñosamente -- ¿Recuerda cuando vine a su puerta? ¿El tiempo que estuvimos de viaje mi madre y yo hasta que regresé solo, a pedir refugio en su casa? -- la tía le pasó el vaso una vez había calmado la tos y escuchó atentamente -- Durante ese tiempo, no era infeliz, pero no estaba completo. Siempre sentí que faltaba algo en mi vida y no entendí de qué se trataba hasta que encontré de nuevo a Ximena. Tía, ¡Yo no vivo si no es por ella! ¡Cada fibra de mi cuerpo, mis pensamientos y el propósito mismo que me queda para vivir está en ella! Entonces, creo que la

respuesta es, ¡sí! -- tomó las manos de la tía Evelyana y las besó -- ¡Y espero que me perdones si he sido insolente! De hoy en adelante respetaré tu casa y te respetaré a ti.

Haremos lo que tú nos guíes. -- las palabras de Aldebarán hicieron 75 emblar el corazón de Evelyana. En el fondo, ella era feliz con la compañía de los chicos. Ximena la hacía sonreír con sus ocurrencias de chavala indiscreta y los platillos que preparaba Aldebarán especialmente para ellas, eran detalles que habían llenado su corazón de mucha alegría. No le preocupaba tanto los desdenes en la casa, pero sí un poco le llamaba la atención que los muchachos no estuvieran casados. Después de todo, ella así aprendió que deberían ser las cosas. De manera que le aconsejó que llevaran un noviazgo de buen propósito y lleno de respeto hasta que pudieran casarse y así se demostrarían mutuamente qué tanto se amaban. Ambos muchachos estuvieron de acuerdo y se trazaron planes y metas de coronar sus carreras e iniciar una familia "como Dios manda".

Para resistirse a la tentación, los chicos acompañaban a la tía los domingos a misa. Obviamente, en los paseos o cuando Aldebarán se lograba colar en el cuarto del internado de Ximena no estaba tan fácil contenerse y daban rienda suelta al amor y la pasión. Eran tan intensos sus encuentros, que a veces los dos terminaban con sendos mordiscones en el pecho y arañazos en la espalda que eran difíciles de esconder y preferían fingir malestares para evitar la clase de educación física.

Al finalizar el año, Aldebarán y Ximena estaban en cuadro de honor como estudiantes sobresalientes. Su excelente récord de calificaciones ayudó a que Ximena fuera aceptada en el Instituto Tecnológico de México para estudiar un curso de Técnico Superior en 76 telecomunicaciones, lo que ella tanto había deseado. Ambos se emocionaron al escuchar la noticia durante el discurso de premiación a la excelencia en el acto de cierre del año. Ximena rebotaba de alegría y Aldebarán se contagiaba de su entusiasmo siempre que ella sacaba el tema durante los siguientes días. Había que hacer los preparativos y gestiones ante la embajada de México para que pudiera viajar a inicios del siguiente año.

Todo estaba listo para el viaje de Ximena, pasaporte, visa, boleto de avión y los más grandes deseos de superación de los dos chicos. Su vuelo salía un lunes a las seis de la mañana y tenían que estar en el aeropuerto dos horas antes para evitar contratiempos a la hora de chequearse en la puerta de la aerolínea. Todo concurrió sin demora y en completo orden. Ximena vestía una bonita blusa azul claro con vuelos en el cuello, una falda negra ajustada que le llegaba a las rodillas y que había salido a comprar con la tía Evelyana hacía una semana. Los labios retocados suavemente con un color rosa pastel, zapatos bajos color negro y llevaba una chaqueta de mezclilla doblada sobre el brazo, pues le habían dicho que hacía frío en esa época del año. Llevaba el cabello recogido, lo que permitía contemplar todo el brillo de su rostro. Los papeles estaban en

orden y ellos estaban a tiempo, suficiente para compartir un café. La tía Evelyana les invitó el café y degustaron un delicioso Croissant de los que se ofrecían en la cafetería y que se veían tan apetitosos.

77 abían varios lugares ofreciendo todo tipo de delicias para los viajeros. Bebidas, comidas, dulces y golosinas, joyas, ropas y perfumes de la más fina calidad. Se sentaron los tres a disfrutar del café mientras llegaba la hora de abordar el vuelo.

-- ¿Estás nerviosa? -- le preguntó Aldebarán a Ximena mientras tomaba un sorbo de su café -- No has probado tu café. Se va a enfriar.

-- ¡Un poco! -- Le respondió con un tono un poco desanimada -- ¡Me siento confundida! ¡Esto es lo que siempre había querido, pero, no se si me va a gustar estar lejos, en un lugar diferente y con gente que no conozco! -- dijo ella mientras mantenía la mirada perdida en el café -- ¡Sé que debo seguir mi sueño, pero no siento el deseo de irme!

-- Tranquila, entiendo lo que te pasa. -- Aldebarán se le acercó y puso su brazo sobre sus hombros tratando de que alzara la mirada. -- Es normal sentir algo de pánico por lo desconocido. Pero, pensá que es lo que tanto has querido y que podrás vivir cosas allá que nunca has imaginado. ¡Te irá muy bien! ¡Yo lo creo y así confío! -- el ánimo de Ximena cambió, tomó un nuevo respiro y se imaginaron juntos cómo podría ser la aventura comparada con las locuras que habían vivido en el Instituto. Se reían recordando las bromas y las correteadas por conseguir llegar a tiempo para poder entregar los proyectos de evaluación. Hasta la tía Evelyana reía porque le tocaba ser protagonista de los apagones y sustos que se daban cuando trabajaban apurados en su casa.

78 ientras charlaban y reían se oyó el anuncio por el altavoz. El vuelo de Ximena estaba listo para ser abordado. Llegó la hora de despedirse. Se despidió de la tía Evelyana con un abrazo y un beso en la mejilla. La tía le dio sus últimos consejos para dar lugar a que Aldebarán se despidiera de ella.

-- ¡Ve con Dios, hija! ¡Ve para que vuelvas con nosotros y cumplas tu sueño! -- le dijo la tía Evelyana antes de liberarla de su abrazo.

Luego, Aldebarán la abrazó muy fuerte, la tomó suavemente por el cuello y le dio un beso -- ¡Vos y yo vamos en ese vuelo. Recuerda! -- le dijo mientras se volvían a abrazar -- Somos los dos que buscamos hacer las cosas mejor para tener una buena vida. Aquí te esperará esta parte de ti que soy yo, y contigo se va la parte de mi que eres tú.

¡Te amo! -- Se fundieron en un último beso cuando se escuchó nuevamente el llamado para abordar el avión. La despedida parecía la larga caminata de un animal mal herido y moribundo por senderos fríos y

oscuros. Agonía y emoción, sufrimiento y esperanza, todo se revolvía haciendo que el café y el pan les pesara como piedras en las tripas. Se quedaron viendo por una ventana del aeropuerto y pronto, Aldebarán y la tía Evelynana lograron ver el avión alzando vuelo desde el final de la pista y al minuto siguiente, todo quedó en silencio.

Ximena se había ido a luchar por su sueño.

Al día siguiente, ya de regreso en casa, Aldebarán se dispuso a esperar la llamada en la central de Telcor como habían acordado con Ximena tan pronto se hubiera instalado y tenido oportunidad para ver que había llegado bien. Esperó todo el día, no se presentó a clases. Insistía a la operadora que si no se había confundido, que si estaba segura, a lo que la operadora le confirmaba que no había recibido ninguna llamada proveniente de México. A las siete de la noche cerraban la central y Aldebarán no tuvo más que resignarse y volver a casa. Su tía estaría preocupada. De hecho, le pareció extraño al enterarse puesto que el vuelo no tardaba más que un par de horas.

Pasó todo el segundo día y no se tuvieron noticias de Ximena.

A la mañana siguiente, Aldebarán ya no podía seguir faltando a clases y la tía Evelynana le recomendó que no se preocupara, que no perdiera más lecciones. Al llegar al instituto, iba caminando por el pasillo del sótano 2 donde quedaban las secciones de segundo año y vio reunidos al Palomo, el Conejo y Calamidad con una cara de pollos comprados que no se las quitaban ni pasándolos por agua caliente.

Los chicos no hallaban la manera de darle la noticia, así que la pena cayó sobre La Calamidad y le salió al paso.

-- ¡Aldy, hay algo que tenés que saber! -- habló con voz entrecortada con su mirada fija en los ojos de Aldebarán, apretando los puños tratando de controlar el temblor de sus dedos -- El Palomo se trajo un periódico del salón de maestros y estábamos haciendo recortes cuando nos encontramos una noticia sobre el vuelo de Ximena -- Aldebarán lo veía venir. Había olvidado aquel don del que su madre le habló, y lo había mantenido dormido porque la emoción y el amor que le daba Ximena era lo más intenso que llenaba su corazón y su mente.

80 ero, en ese instante, sintió por qué temblaban los dedos de Calamidad. Ximena había muerto. El vuelo en el que se dirigía a México se precipitó debido a fallas mecánicas. No hubieron sobrevivientes. Lo vio todo sin darle oportunidad que se lo contara y cayó sobre sus rodillas. Soltó un sordo grito y lloró desconsoladamente.

Los chicos, de vez en cuando, en ocasión del cumpleaños de algún primerizo, tomaban periódicos de la sala de maestros que ya habían leído

y los cortaban en pequeños trozitos para luego rellenar cascarones secos de huevos que lanzaban a los cumpleaños, a veces después de bañarlos con aceite de los talleres de mecánica para que se les pegaran. Sin embargo, el periódico que tomó Palomo esa mañana era la edición del día. Entre los titulares decía "Trágico Accidente Aéreo No Deja Sobrevivientes". Los chicos leyeron la noticia y entre los nombres de los pasajeros estaba el de Ximena.

-- ¡Lo siento mucho, Aldy! -- le dijo Calamidad después de contarle lo que habían descubierto sin sospechar que Aldebarán ya conocía los detalles -- ¡Trata de ser fuerte! ¡Así es la vida! -- le pidió a los chicos que le ayudaran a levantarse y lo dirigieron al jardín detrás del edificio de las bodegas. Ahí se reunían a pasar el tiempo durante sus horas libres, que generalmente eran muchas.

Los chicos dispusieron confirmar la noticia con el director del instituto.

Así que fueron a su oficina llevando el periódico y le preguntaron al director. El director llamó por teléfono a la radio y se comunicó con el 81 irector de prensa que era amigo suyo y se confirmó la noticia. El avión se desvió de su ruta y se precipitó en la zona montañosa de Ajusco, cerca de la ciudad de México. El nombre de Ximena figuraba en el manifiesto de vuelo. No había más dudas.

Las clases se desarrollaron ese día con un pesado aire de tristeza. El director ordenó horario especial por duelo e invitó a misa por el eterno descanso de Ximena. Al terminar las clases, Aldebarán se dirigió a casa de la tía Evelyana. No quiso que nadie lo acompañara. La tarde se tiñó de un pálido color rojizo y el viento seco y caliente levantaba olas de polvo que cegaban el paso por las calles de la villa que daban a la casa de la tía Evelyana. El trayecto parecía un calvario lleno de soledad y tristeza. Las lágrimas de Aldebarán caían pesadas al suelo enjugadas con polvo y sudor. Su pecho se desgarraba y su alma se destrozaba con el recuerdo que revivía cada vez más cuando recorría los pasajes que caminaron juntos. Las nubes en el cielo dibujaban un camino empedrado, limpio y ordenado que se dirigía hacia el sol del atardecer. Aldebarán pensó -- ¡iVe, mi amor! ¡Ve por ese camino hacia la luz de Dios y espera junto a mi madre hasta que nos volvamos a encontrar! Al llegar a la casa, Aldebarán se limpió la cara con su pañuelo, que termino todo color chocolate, antes de entrar. Sospechaba que su tia no sabia de la noticia, pues no era hábito suyo el leer periódicos o escuchar noticias por la radio. Su lectura la dedicaba a novelas y figurines de modas y por la radio se dedicaba a escuchar cuentos y 82 úsica instrumental. Saludo al entrar. La tía Evelyana se encontraba sentada en la sala escuchando una pieza de Beethoven. Busco la forma más sutil posible para darle la noticia.

-- ¿No has tenido noticias de Ximena? -- se adelantó la tía Evelyana a su intervención -- Ya son dos días. ¿No te parece raro que no se haya

comunicado? -- en ese instante vio la expresión en el rostro plano y triste de Aldebarán y supo lo que venía.

-- ¡No, tía! No se ha comunicado...y no lo hará más -- Aldebarán cerró los ojos y sus puños con fuerza y seguidamente, con voz tenue y entrecortada se lo dijo -- El avión en que iba Ximena se estrelló en las montañas cerca de su destino. ¡Mi Ximena ya no está con nosotros! -- Cayó de rodillas y lloró desconsolado sobre el regazo de la tía Evelyana.

-- ¡No, hijo! ¡Ella estará siempre con nosotros! -- lo consoló poniendo su mano sobre su cabeza para hacer que levantara la mirada -- ¡Mirame! Su sonrisa, su alegría, todas sus ganas de vivir que nos transmitió en el tiempo que compartimos estarán siempre con nosotros

-- .ogró pintar una leve sonrisa de consuelo en el rostro de Aldebarán.

-- ¡Es verdad, tía Evelyana! -- Se reincorporo y se sentó en el sofá junto a la tía -- A ella no le habría gustado que nos llenáramos de tristeza. ¿Me acompañas a la misa que darán en la capilla del colegio por Ximena?

-- le dijo Aldebarán.

83 - ¡Claro que sí, Aldy! -- Tomó sus manos entre las de ella y ambos respiraron un aire de desahogo -- Vamos a alistarnos con nuestros mejores atuendos. Ximena tiene que irse alegre de este mundo, sabiendo lo mucho que la queríamos.

Se vistieron, ambos muy elegantes para presentar sus respetos en oración y caminaron con un bello crepúsculo arbolado en el horizonte.

Después de la pérdida de Ximena, Aldebarán cambió de carrera dedicó todo su tiempo a coronar un técnico medio de mecánica naval.

Se graduó con reconocimientos de excelencia académica y trabajó un tiempo en los astilleros del puerto lacustre. Al morir la tía Evelyana, Aldebarán quedó a la intemperie. La casa y todos los enseres se los arrebató la tía abuela Balastrida que vivía en la capital. Al muchacho no le dejaron nada y la tía Evelyana no había dispuesto dejar testamento antes de su muerte.

Aldebarán vivió en un cuarto de alquiler en una cuartería de un barrio marginal por unos meses hasta que recibió una muy buena oferta para trabajar como mecánico en las embarcaciones de una importante compañía bananera que viajaba entre el lago y el mar Caribe.

Así fue como Aldebarán se aventuró a viajar a otros lugares que lo hicieran olvidar estando lejos. Y en sus tantos viajes llegó a puerto en la

costa Caribe, conoció a Taína Verapaz y nació Altair Ferrera Verapaz.

84 pesar de no venir de gran linaje y que la única fortuna de su familia fueran los enseres en una casa que alquilaban, Altair atendía la mejor primaria del pueblo. Jamás olvidó ese primer día que la vio a los ojos y agradeció a lo más divino la dicha de estar ahí. La niña mas bella, de unos negros ojos asiáticos, piel blanca y una dulce voz.

Un cipote común pensaría solo en correr por el patio, jugar pelota o molestar a los sabihondos de la clase. Pero, no este chavalo tocado por efectos celestes y maravillado por la infinidad del firmamento. Su pensamiento se desconectó de la lección de ese día y su aliento no era para vivir sino para tocarla en su respiración agitada procurando encontrarse con su mirada o talvéz rescatar un gesto distraído. No era un ángel ni la criatura más bella, para él se manifestaba como una revelación de que cosas sin explicación eran posibles y se materializaba aún contra toda explicación posible. Para él, haber encontrado una niña con tanta inteligencia y belleza y de sentimientos tan puros que le hizo despertar con gran fuerza el maravilloso don con que contaba el linaje de Briselda, era una manifestación extraordinaria y no despertó temor en él más que un inmenso interés en descubrir todo lo que era capaz de hacer.

Altair ya cursaba el sexto grado y la niña era nueva en el colegio, pues su familia recién se había trasladado a vivir a la ciudad por obligaciones del papá que había sido asignado como jefe de la fuerza naval del Caribe.

85 asaron dos meses y ya se habían tomado confianza. Resultaron ser los dos más destacados de todos los sexto grados y se estableció una rivalidad bastante amistosa entre ambos por conocer cada mes quien sería el que estaría en el primer puesto del cuadro de honor.

En la secundaria se volvieron buenos amigos, confidentes y grandes contendientes en el juego de ajedrez. Eran miembros del club de ajedrez y participaban en torneos regionales, nacionales e internacionales. Los dos últimos años se coronaron campeones nacionales en sus categorías correspondientes y representaron al país en torneos internacionales y obtuvieron buenos resultados.

Ambos regresaron como campeones de sus respectivas categorías.

Katerina Kubernie y Altair fueron muy populares. Al final del quinto año, cualquier simple mortal habría jurado que el destino iba a mantenerlos unidos a ellos dos hasta el final. Pero, el orgullo de ella no permitía que se diera el lujo de tener algo más que una amistad.

Generalmente, ni siquiera se permitía la oportunidad de expresar su amistad con sentimentalismos. Le hacía saber muy claramente a Altair que solo serían compañeros de colegio y del club del ajedrez, aunque en

las ocasiones más difíciles, cuando de verdad se sentía impotente, su carácter inquebrantable permitía que Altair se le acercara para darle una palabra de aliento o algún consejo que le permitiera seguir adelante.

Ciertamente, Katerina y Altair, aunque no lo supieran, compartían muchos aspectos de su vida. Uno de ellos era que ambos habían 86 recido en hogares desquebrajados. Los padres de Katerina se habían divorciado cuando ella tenía 6 años, pero él siempre regresaba a la casa para quedarse y emborracharse. En ocasiones maltrataba a la madre de Katerina y la obligaba a sostener relaciones contra su voluntad. La mujer trataba de oponerse, pero sus fuerzas eran superadas por la brutalidad de él y sus amenazas con matarla y quemar la casa si no accedía. En ocasiones también golpeaba a sus hermanas. Cuando Katerina se ausentaba de clases, se excusaba con una nota que decía que había tenido problemas estomacales. Sin embargo, la verdad era que debía quedarse en casa a cuidar de sus hermanas porque su papá las había golpeado y su mamá había huido a esconderse en casa de alguna de las vecinas hasta que él se fuera de la casa.

Un día, mientras cursaban el último semestre del quinto año, Altair notó que Katerina faltaba con mas frecuencia a clases y su rendimiento académico estaba bajando; A veces tampoco se presentaba al club de ajedrez y lo que le preocupó mas fue que notó que, después de su última ausencia, Katerina tenía marcas en la piel y en el rostro y se notaba altamente deprimida. Ese día ella se quedó en el patio del colegio después de clases sin ninguna razón aparente. De alguna manera trataba de prolongar el tiempo para regresar a su casa.

Altair la encontró llorando en el extremo oeste del patio, debajo de las gradas del pabellón de los primeros y segundos años.

87 - ¿Estás bien? -- Le preguntó acercandose lentamente hasta estar frente a ella.

-- ¿Qué hacés aquí todavía? -- Le cuestionó Katerina entre sollozos mientras se limpiaba las lágrimas del rostro. -- Ya todo mundo se fué.

No deberías estar aquí. ¡Es tarde! -- Insistía en hacer que se fuera, pero su voz llevaba un ruego por tener compañía.

-- ¿Por qué estás aquí, sola? -- continuó Altaír mientras se sentaba junto a ella dejando la mochila a un lado con la de Katerina -- Ya se fueron los maestros y es algo tarde. ¿Te importa si te acompaño? -- Altair ya conocía la respuesta de antemano, pero sabía que en el fondo ella decía que si y su mirada la delataba.

-- ¡Te dije que no deberías estar aquí! Pero, es cosa tuya. ¡No me importai -- su orgullo no le permitía dar su brazo a torcer, ni en las peores

circunstancias.

-- ¿Qué pasó? ¿Por qué no me decís lo que te pasa? ¿Por qué has faltado tanto a clases y has estado triste todo el tiempo? -- posó su mirada sobre ella que estaba a su derecha, buscando una respuesta en sus ojos y con la esperanza de que abriera su corazón y le dijera todo. Después de un instante de silencio, ella suspiró profundamente y se resignó a lo que ya no podía contener mas. Decidió contarle todo porque sería la única forma de que él se iría y la dejaría sola otra vez.

-- Tengo problemas en casa. Mi mamá está muy enferma y me ha tocado cuidarla -- le dijo.

88 En realidad, decidió contarle cualquier historia posible que diera la oportunidad de que se desinteresara pronto. Pero, no conocía el alcance de la naturaleza insistente de Altair quien, desde su primer encuentro cuando se cruzó por primera vez con su mirada, no había vuelto a experimentar intensamente el don que por linaje de Briselda había recibido. Él fijó su mirada y sus ojos le revelaron que sabía que no le decía la verdad. Katerina nunca antes habían estado en una situación parecida, tratando un tema tan íntimo para ella. Al final, se encontró a si misma en un estado en el que la mejor salida era desahogarse y liberarse de la carga que traía y que la hacía sufrir esperando que tal gesto le permitiera tener un respiro para seguir adelante.

En el fondo, Katerina ansiaba una mano amiga, tenía en el pecho un gran peso que la oprimía y que venía pesando mas a medida que acumulaba ira, odio y resentimiento en su corazón. Estaba al borde del colapso y sentía que su pecho le iba a estallar si no se deshacía de esa carga y decidió, entonces, sincerarse con él único individuo que había estado con ella desinteresadamente en tantas ocasiones, en tantos eventos de su vida, Altair.

Altair tomó la mano de Katerina entre las suyas y viéndola fijamente a los ojos le dijo -- Sé que es difícil abrir el corazón y revelar tus sentimientos a un extraño. Pero, hemos pasado tantas cosas y compartido tanto que, si no lo tomas como atrevimiento, quisiera que 89 e consideres tu amigo -- le habló con voz suave procurando ganar su confianza.

Hasta Aldebarán, el don del linaje de Briselda les dejaba ver los sentimientos y pensamientos de otros. Sin embargo, Altair había recibido un toque especial. Su don le permitía inducir sentimientos al contacto con las personas. Podía transferir su tranquilidad o ira con tan solo tocar un mechón de cabello. Altair aún no era consciente de ésto, pero, al tomar la mano de Katerina entre las suyas y encontrarse en una paz tan profunda en busca de la serenidad que le permitiera hablar y manejar la situación con sabiduría, pudo transferirle esa paz y serenidad a ella. Katerina entró en un estado de ataraxia y Altair pudo notar esa conexión momentánea y

fué el instante oportuno en el que logró hacer que ella abriera su corazón y dejara salir todo lo que la mortificaba.

-- Debes desahogarte y dejar ir todos los sentimientos de ira y remordimiento -- comenzó diciendo Altair -- Cuéntame, qué te pasa y entre los dos podemos buscar una solución. Yo quiero ayudarte. Soy tu amigo, Katerina. Podés confiar en mi -- Ella le contó todo lo que sucedía en su casa. Que sus hermanas y su madre vivían aterrorizadas por la posibilidad de que su papá llegara ebrio a agredirlas. Le contó que su mamá sufría mucho y que ellas lloraban juntas por las noches cuando le ayudaba con sus deberes del colegio.

Narró fielmente cómo ella pudo observar a su padre que azotaba a su mamá y ella le gritaba que ya no siguiera. Describió cómo los últimos 90 ías que faltó a clases ella tuvo que esconderse en casa de una amiga porque ya no soportó mas y se enfrentó a su padre para detenerlo cuando agredía a su mamá y él las echó de la casa jurando que si volvían las mataría.

-- ¡Mi vida es un desastre, Altair! ¡Creeme! -- no pudo contener una lágrima mientras se le cortaba la voz y presionaba sus dientes para contener la ira que sentía.

-- ¡Déjalo ir! ¡Vamos! ¡Sacalo ya de tu pecho, que eso te hará reventar! Altair puso su mano sobre su hombro y ella estalló en llanto apoyando su cabeza en su pecho. El patio del colegio, amplio y solitario ya en la penumbras al caer la noche, fué el único testigo, después de Altair, del eco del llanto de Katerina. Lloró como jamás lo había hecho hasta caer dormida. Altair se quedó ahí con ella hasta que el guarda del colegio los despertó y tuvieron que salir corriendo. Ya fuera del colegio, ambos se reían de lo estrepitoso que fué salir corriendo después que los encontraran solos en el patio del colegio.

-- ¡Clase locura, jajajaja! ¡Nadie va a creer que nos quedamos dormidos hasta esta hora! -- dijo Altair entre risas mientras Katerina recuperaba el aliento de tanto correr y reír.

-- ¡Si! ¡Qué locura! ¿Crees que vió quienes somos? -- le preguntó Katerina, casi jadeando.

91 - No, no creo. Estaba muy oscuro y salimos muy rápido. Seguro no tuvo oportunidad de ver quienes éramos. -- le confirmó Altair volteando la mirada hacia la puerta del colegio desde dos cuerdas de distancia para ver si el guarda los seguía.

Se fueron caminando, riendo a carcajadas de situaciones parecidas en las que habían estado. Altair acompañó a Katerina hasta su casa y en el trayecto procuraba conversar sobre temas y situaciones divertidas en las

que hubieran estado juntos en el pasado. Altair conocía donde vivía Katerina, pero era la primera vez que llegaría a su casa en realidad. Ya era de noche cuando llegaron a casa de Katerina. Las luminarias se habían encendido en las calles aledañas. La que iluminaba la cuadra de la casa de Katerina estaba fallando. Por momentos se apagaba y dejaba toda la cuadra a oscuras. Los cortes llegaban a durar horas en ocasiones.

Cuando llegaron a casa de Katerina, la calle estaba oscura. Solo se notaba desde la entrada al callejón una tenue luz que se escapaba desde el pórtico de la casa. Al llegar, notaron que el portón del pórtico estaba abierto y la puerta de la casa estaba entrecerrada. Afuera no se oía nada. Había un silencio acompañado de sordos sonidos de sollozos y la interferencia del televisor sin señal. La sala estaba desordenada. Habían cosas tiradas por todos lados, vidrios rotos y una de las sillas mecedoras estaba tirada patas arriba. Katerina se mostró muy conmovida al ver la escena y se dirigió corriendo hacia el cuarto donde dormían sus hermanitas Ethiel y Keylinda y las encontró 92 nvadidas del pánico y llorando horrorizadas. Las abrazó y tras consolarlas les preguntó qué había sucedido.

-- ¡Mi papá vino bien borracho y le estaba pegando a mi mamá! -- Le respondió Keylinda. Era la mayor de las dos pequeñas. Ya tenía ocho años. Ethiel tenía cinco años.

-- Y, ¿Dónde está mamá, bebé? -- le preguntó Katerina mientras les limpiaba el rostro y las consolaba.

-- ¡Mi mamá se fué corriendo y mi papá la siguió con un cuchillo! -- Las niñas señalaron a la vez y dijeron que su mamá había salido por la ventana y corrió por la calle mientras su padre la seguía. Una vez que las niñas se habían calmado, Katerina les presentó a Altair. Las pequeñas lo saludaron con una sonrisa tímida.

Se dispusieron a ordenar y limpiar la sala. Después de media hora, mientras Altair sacaba la basura, Katerina acomodaba las sillas cuando de pronto apareció el hombre exaltado, borracho y enfurecido que era su padre recargando su hombro en el marco de la puerta con una botella casi vacía en la mano. El hombre se había quedado sin licor y buscaba dinero para comprar mas. Altair entró por la puerta trasera, después de haber depositado la basura en el saco que había en el patio de la casa.

-- ¡Así te quería encontrar! ¡¿Quién putas es éste?! -- gritó furioso señalando a Altair quien notó el terror en el rostro de Katerina que estaba pálida en la puerta de la habitación -- ¡¿Ahora estás trayendo 93 ombres a la casa?! ¡Descarada! ¡Zorra! -- En ese momento le lanzó la botella que llevaba en la mano y Altair, en una reacción casi premeditada, apartó a

Katerina de la trayectoria de la botella y la atrapó con la mano.

-- ¡No soy más que un amigo de Katerina! -- le dijo Altair con mucha furia en sus ojos, pero manteniendo la serenidad para no perder el control de la situación -- ¡No lo conozco a usted! ¡Pero, no voy a permitir que le haga daño o pretenda hacerlo delante de mí! -- colocó la botella en el piso y caminó dos pasos poniéndose entre él y Katerina. Fué en ese instante que Katerina reaccionó con coraje y se paró firme frente a él.

-- ¡Usted debe irse ahora mismo! ¡Váyase y trate de cambiar para no seguir haciéndole daño a su propia familia! ¡Márchese ya! -- sus ojos se inundaron de lágrimas entre la furia y dolor que sentía. Pues, encima de todo, amaba a su padre, pero no quería seguir permitiendo el sufrimiento de su madre y sus hermanas. Sin embargo, el alcohol segaban al hombre sediento del vicio y se enfureció mas al ver su fuerza de macho ser desafiada por su hija. Dejó de reclinarsse sobre el marco de la puerta y se paró firme con actitud amenazadora. De pronto, sacó un gran puñal que escondía detrás de la camisa, que llevaba por fuera y desabrochada hasta el pecho, en una funda de cuero sostenido por el cinturón. Katerina gritó al ver relucir el filo del arma y se oyó un grito ensordecedor.

94 -¡Nooooo, a mi hija no la vas a tocar, malditooooo! -- El hombre cayó inconsciente producto del macanazo que le propinó doña Karleny, madre de Katerina, con una raja de leña de las que había amontonadas en el pórtico de la casa. La mujer se había acercado sigilosamente y reaccionó justo en el momento indicado. De lo contrario, Katerina habría muerto a manos de su propio padre.

-- ¡Mamá! -- Gritó Katerina y corrió a abrazarla. Las dos se abrazaron y soltaron en llanto mientras caían arrodilladas, al lado del hombre inconsciente que les había hecho tanto daño.

Altair no hizo más que contemplar desorientado el momento y luego reaccionó y preguntó -- ¿Quieren que vaya a llamar a la policía? -- Ambas se quedaron viendo como si ya habían tomado la decisión para una respuesta y asintieron a la vez. Altair se dirigió hacia la pulpería donde la vecina alquilaba el teléfono a veinte pesos la llamada de diez minutos. La llamada fué rápida. Solo pidió una patrulla porque "había un hombre armado que se metió a una casa y lo garrotearon". Le pagó diez pesos a la dueña y salió de regreso.

A los veinte minutos, llegó un jeep de la policía con cuatro efectivos muy malencarados. Un oficial barrigón de bigote grueso y baja estatura estaba al mando. Ordenó que esposaran a Felix Pablo, era el nombre del padre de Katerina, y que montaran a "ese desgraciado, golpea mujeres, cabrón de mierda" en la patrulla para que durmiera en el comando a ver si le iba a gustar. Le preguntó a doña Karleny si iba a 95 oner la denuncia de inmediato o prefería llegar por la mañana. Ella decidió que llegaría por la

mañana.

Al día siguiente, la mujer se presentó al comando de la policía y puso la denuncia por agresión y lesiones. Felix Pablo pasó treinta días preso y los guardias de vez en cuando le daban su "amanzadita" cuando se ponía violento.

-- ¡Nosotros no somos tu mujercita, huevón! -- le decían cuando lo aporreaban con las macanas -- ¡No sos tan huevoncito cuando tenés un hombre en frente, ah! -- lo amedrentaban al punto de hacerlo llorar para que no le siguieran dando macanazos.

Al cumplir los treinta días, fué puesto en libertad y se fué con rumbo desconocido. No siguió llegando a perturbar la paz en casa de sus hijas. Llegó un par de veces a visitar a las pequeñas, pero no se quedaba mucho tiempo y se marchaba sin decir dónde iba.

Realmente, esa situación entristecía mucho a Katerina, pues ella aún abrazaba la esperanza de que su padre se reformara y volviera a la casa a ser como antes. Sin embargo, muy adentro de su corazón Felix Pablo llevaba aún cierto rencor que le carcomía el alma. Estaba convencido de que Katerina se había acostado con Altair y no descansaría hasta matar a ese que había manchado el honor de su hija.

96 Itair corría peligro sin saberlo. Desde esa primera vez, acostumbraba acompañar, a Katerina hasta su casa. En el camino repasaban algunas lecciones o conversaban sobre cosas que hacían. El guarda los había reconocido y los reportó a la dirección del colegio. A raíz de lo sucedido, fueron puestos en secciones diferentes y solo lograban verse en la hora de receso, pero resultaba demasiado poco tiempo para contarse todo lo que hacían el tiempo que no se veían.

Por dos semanas, Altair sintió que lo estaban siguiendo. En ocasiones notaba la presencia de un individuo corpulento que se apostaba en la esquina opuesta a la entrada del colegio, escondiéndose debajo de un pullover azul marino con capucha y una gorra verde con la brisera doblada como la usan los marinos. Se recostaba al poste del tendido eléctrico y fumaba durante horas hasta casi llegada la hora de salida.

A la salida, Altair lo buscaba, pero no lograba dar con su paradero. Era algo sospechoso. Por las noches, cuando caminaba con Katerina, ambos tenían la sensación de que los seguían, pero, al voltear atrás no veían a nadie. Apuraban el paso en las calles con poca iluminación y procuraban caminar por las aceras donde las puertas de las casas estaban abiertas.

Un día, Katerina había salido temprano de clases y dejó olvidado un trabajo que debía completar para entregar al día siguiente. Altair ofreció llevárselo después de clases y sus amigas se lo dieron para que se lo

entregara lo antes posible. Altair se dispuso a llevar los documentos, pero antes tenía que pasar a recoger un paquete que su 97 amá le había encomendado que buscara antes de llegar a la casa.

La casa donde tenía que recoger el paquete quedaba un poco alejada.

Para cuando estaba camino a la casa de Katerina, ya había anochecido. Altair apresuró el paso cuando volvió a tener la sensación de ser perseguido. Tomó un atajo por un camino que cruza un arroyo a través de un predio un poco montoso donde los borrachitos usaban como refugio. Al llegar al puente que cruzaba el arroyo, en el camino desolado, ahí estaba Felix Pablo, listo para atacarlo. Había divisado la silueta del muchacho acercándose y se levantó exaltado sin saber quien era. Sospechaba que pudiera ser alguien que lo quería atacar.

Al ver de cerca que se trataba de Altair, el hombre se enfureció y arremetió contra el muchacho sacando un pedazo de machete oxidado con el que intimidaba a los que lo molestaban.

-- ¡Desgraciado! ¿Qué hacés aquí? -- Le gritó empuñando con fuerza el pedazo de machete y levantándolo de forma amenazante -- ¡Te aprovechaste de mi hija y te metiste a mi casa! ¡Te voy a matar!.

Altair quedó petrificado, impávido del miedo. Lo invadió el pánico cuando todo lo que percibía de aquel hombre era odio y furia. Habían tantos sentimientos en el aire que lo confundían y no supo cómo reaccionar. El hombre se abalanzó sobre el muchacho dispuesto a partirlo en dos. Altair cerró los ojos fuertemente y esperó lo peor. De pronto, sintió una brisa pasar por su oreja derecha.

-- ¡Ay! -- lanzó un grito sordo Felix Pablo y cayó de inmediato al suelo, fulminado por un puñal de doce pulgadas que se le había clavado en 98 l pecho. Altair alcanzó a ver la silueta del hombre encapuchado que se apostaba frente al colegio y que lo había estado siguiendo. Lo vio acercarse hacia él justo antes de desvanecerse.

Un par de horas después, despertó muy desorientado en una cuartería de un barrio marginal de la ciudad. El aire estaba invadido de olores a aguas podridas, humo de la cocina de leña. El cuarto apenas se iluminaba con un pequeño bombillo y la puerta que daba a la cocina se cubría por una delgada cortina café que dejaba ver a través de ella la pequeña mesa con un gran vaso de encurtidos con los que quien habitaba ahí acompañaba las comidas. También había medio molde de pan y un pedazo de queso en una pequeña bandeja.

Se sentó sobre el borde del catre y sintió como la cabeza le pesaba como si le iba a explotar. Se oyeron los pesados pasos en dirección a la habitación. La cortina del cuarto se corrió hacia un lado y apareció el

hombre encapuchado. Traía en su mano derecha un pequeño morral con paños limpios y un poco de alcohol de curación. Al inicio, Altair sintió temor del hombre desconocido. Pero, luego, se tranquilizó al sentir y ver en su mente imágenes de la infancia y juventud de su padre. Sintió, como si fuera él mismo, las alegrías y tristezas de Aldebarán en su niñez y juventud. Esos sentimientos lo llenaron de paz y tranquilidad. Aquel hombre desconocido le traía esos recuerdos, pero no se explicaba por qué. Cuando el hombre se descubrió, las imágenes fueron aún mas claras. Altair se sintió desconcertado, pues tal cosa solo tenía una explicación posible.

99 - Traje algodón, gasas y mercurio para curarte la herida -- Altair se tocó la cabeza y notó que tenía una pequeña herida en el occipital que se había hecho al caer desmayado y golpearse contra una piedra -- Debemos limpiarla antes de que se infecte -- el hombre se sentó junto a él en el borde de la cama y fué limpiando suavemente la herida y le aplicó un vendaje.

Mientras lo curaba, Altair notó que el hombre tenía un tatuaje rústico de un ancla en el antebrazo. Las imágenes que recibía de ese hombre le causaban confusión, pues, eran imágenes de recuerdos gratos, pero, también recibía un fuerte sentimiento de rencor y un gran deseo de venganza. Había mucho sufrimiento en el corazón de aquel hombre que Altair no encontraba explicación de los recuerdos. Pero descubrió una cosa en el poco tiempo que llevaba consciente. Había una conexión muy fuerte entre ellos, aunque el hombre no lo percibía.

Cuando terminó de aplicarle el vendaje, Altair quedó solo en el dormitorio mientras que el hombre se dispuso a preparar alimentos para la cena. Altair se puso de pie y caminó por el cuarto cuando el hombre salió a buscar huevos y un poco de frijoles.

Al salir, notó que el cuarto se dividía en dos habitaciones lo suficientemente cómodas para una sola persona. Estaba el dormitorio y un pasillo lo suficientemente amplio que se ocupaba de comedor y cocina. Había una pequeña mesa plegadiza frente a la entrada del dormitorio. La misma mesa que se lograba divisar a través de la cortina. Tenía dos sillas de marco metálico, con respaldar y asiento 100 colchonados, tapizadas en tela floreada. Encima de la silla que daba la espalda a la puerta del cuarto colgaba un pequeño radio de transistores color negro con el que el hombre escuchaba los programas de noticias y en ocasiones disfrutaba de música por las noches. En una repisa, justo encima de la entrada al dormitorio, había un pequeño televisor blanco y negro de doce pulgadas.

El hombre regresó, preparó la cena y mientras comían Altair empezó a conversar buscando respuestas a sus dudas.

-- ¿Usted es el que me ha estado siguiendo? ¿El que se apuesta a vigilar desde el poste de luz? -- preguntó Altair un poco curioso y temeroso de que fuera algo atrevida su pregunta.

Sin embargo, el hombre estaba consciente de las dudas que podría tener el muchacho sobre él -- Si, yo soy el que se para tras el poste de luz y te he estado siguiendo hace dos semanas.

-- ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo me encontró? -- insistió el muchacho. Sus dudas eran muchas, pero no quería ahogar a su anfitrión y salvador ni mucho menos provocar su ira. Total, aún no estaba claro si estaba a su favor o su propósito era maligno -- ¿Quién eres? -- preguntó estrepitosamente a lo que recibió como respuesta un largo silencio.

-- Supongo que a estas alturas ya debes tener una idea de quien soy.

Pero, la información que tienes no es muy clara. De lo contrario, no me estuvieras preguntando con tanto afán. Fué en un programa de noticias, que ví en ese televisor, -- señaló la repisa sobre la entrada al 101 ormitorio -- en el que supe de Altair Ferrera Verapaz, cuyo padre fué Aldebarán Ferrera y su madre una mujer de nombre Taína Verapaz. Vi un reportaje sobre tu participación en los últimos torneos internacionales de ajedrez. Así se me dió la pista de tu paradero. Solo que no conocía tu dirección de residencia -- El hombre terminó su cena y dispuso a recoger los platos para ponerlos en una pana ancha donde los lavaría.

Altair mostraba una cara de cierto desconcierto. Todavía no alcanzaba a atar todos los cabos sueltos. No terminaba de entender cuál era la conexión entre ellos.

-- Solo pude conocer el nombre del colegio -- continuó narrando aquel hombre desconocido que poco a poco le iba siendo más familiar a Altair -- Era por esa razón que me apostaba en las cercanías del colegio y te seguía después de clases -- sacó una taza y se sirvió una taza de tibio y le ofreció a Altair -- No lo hacía con mucha frecuencia, hasta después del altercado en casa de Katerina cuando su padre juró que te mataría -- al oír eso, Altair se sorprendió y no quiso creerlo, pero luego vió que el hombre estaba diciendo la verdad -- Yo estaba escondido y vi todo desde el muro de limonarias de la casa vecina -- siguió contando -- Tal declaración me causó preocupación y comencé a seguirte cuando acompañabas a Katerina a su casa.

Ahora, un sudor frío empezaba a correr por la frente de Altair. La confianza que tenía se había vuelto incertidumbre. Reconstruyó la escena en la que aquel hombre lanzó el puñal hacia la humanidad de 102 elix Pablo cuando éste se le abalanzó con intenciones de matarlo. Su respiración agitada le provocaron que se atragantara con el tibio que tenía

en la boca.

-- ¿Quién eres? -- retomó su pregunta, pero esta vez con vehemencia.

-- ¡Altair, mi nombre es Maurino Ferrera! -- con su mirada fija y el brazo apoyado en el marco de la puerta, su voz fue clara y firme -- ¡Soy tu abuelo! Aldebarán era mi hijo. Mi único hijo. -- concluyó.

Altair se levantó abruptamente sorprendido por lo que se le acababa de revelar. No conoció personalmente a Aldebarán, su padre. Era muy pequeño cuando murió y solo tenía memorias breves. Solo tenía referencias de Maurino, su abuelo, por las historias que le había contado Taína y que ella las había escuchado de Aldebarán en persona. Las imágenes de Aldebarán y los sentimientos que había recibido de Maurino en esa habitación le dieron a conocer muchas cosas del padre que solo vivía en memorias borrosas de su niñez.

-- ¡No es verdad! ¡No puedo creer lo que me está diciendo! -- dijo Altair con un poco de dificultad para respirar, aunque no tenía ningún padecimiento de ese tipo. Mi abuelo está muerto -- continuó después de un momento cuando pudo respirar normalmente -- Mi abuelo murió a manos de la guardia cuando buscaba medicinas para mi abuela Briselda. Eso es lo que mi padre le contó a mi mamá. ¡No puedes venir ahora y decir que sos mi abuelo! ¡Eso sería decir que ellos mintieron! 103 Itair caminó hacia la puerta y luego se despidió del hombre agradeciendo su ayuda -- Creo que es mejor que me vaya. Gracias por haberme ayudado y atendido la herida. No se lo que hizo con aquel hombre y francamente no me interesa -- continuó, mientras habría la puerta -- Gracias por la cena y disculpe las molestias que pude haberle causado, pero, todo esto me parece tan incierto.

-- ¡Espera! -- le dijo aquel hombre que decía ser Maurino Ferrera -- Ya es muy pasada la noche y no es muy seguro andar por las calles de este barrio de noche y menos en tu condición -- recogió los platos y los colocó en la pana debajo de la mesa -- Ya mandé una nota a tu casa como si fueras vos diciendo que te ibas a quedar en la casa de uno de tus amigos. Tu mamá no se va a preocupar y te podrás ir mañana en la mañana -- Altair volvió a sentarse y el hombre terminó de cerrar la puerta y atrancarla con un pedazo de madera de dos por cuatro atravezada en las bridas puestas a ambos lados de la mocheta. Tomó la otra silla y se sentó a la mesa con Altair.

-- Tus padres no te han mentado -- inició su relato con la mirada baja y voz pausada -- Tus padres te han contado la verdad que ellos conocen. Sin embargo, los senderos de la vida tienen giros y desviaciones que nos llevan a veces a destinos diferentes de lo que esperamos -- se sirvió una taza de café negro sin azúcar y continuó su relato -- Esa noche en que yo debí morir y que seguramente Aldebarán fué testigo de lo que pasó, mi

vida dió un giro inesperado. La mala puntería de los guardias novatos hizo que solo me hirieran en partes 104 el cuerpo donde no se afectaron arterias ni órganos vitales. Caí inconsciente y sangrando, obviamente, por las múltiples heridas. Pero, cuando los guardias se retiraron, dejándome ahí tirado, asumieron que habían acabado con mi existencia. No obstante, los informes que habían recibido sobre el avistamiento de rebeldes en la zona no fueron falsos. La casa en cuya acera quedé moribundo era una casa de seguridad de uno de los grupos que horas antes había andado haciendo pintas y quemando vehículos de la guardia y de sus informantes -- tomó un gran sorbo del café humeante y de aroma tan fuerte que perfumaba toda la habitación.

Altair le pidió una taza de café, contagiado por delicioso aroma que desprendía el producto del grano llevado y tostado por el mismo hombre desde las montañas de Jinotega.

Le acercó una taza y le sirvió café y le pasó el azúcar para que lo endulzara a su gusto y continuó -- Esa noche, los compañeros que se refugiaban en la casa me levantaron, me llevaron adentro y curaron mis heridas. Estuve inconsciente por dos días y convaleciente por veintisiete días. Ellos me cuidaron y me alimentaron. Cuando pude ponerme en pie, quise ir a buscar a tu padre y a Briselda. Pero, no me lo permitieron. No me dejaron salir, porque comprometería la seguridad de los guerrilleros. Ellos preguntaron y ya no había nadie en el cuarto donde nos escondíamos tu padre, Briselda y yo. Había perdido toda pista de su paradero. Para cuando conseguí información de que vivían en un caserío del barrio oriental, busqué los medios para 105 encontrarlos. Pero ya Briselda había muerto y tu padre se había ido a vivir con su tía. Yo nunca supe que Briselda tenía una hermana.

Realmente, nunca me contó sobre su familia. Se reservó esos detalles

-- echó una mirada a su reloj de pulsera -- Ya es hora de dormir.

Debes estar cansado -- le dijo dirigiéndose al dormitorio para arreglar la cama -- Otro día te sigo contando. Hoy vas a dormir aquí. Yo voy a dormir afuera.

Maurino colgó una hamaca de lona en el pasillo y tan pronto Altair se acomodó en el dormitorio, apagó las luces -- ¡Buenas noches! -- dijo Altair.

--¡Buenas noches! -- le respondió Maurino -- En la mañana haré el desayuno y te voy a acompañar cerca de tu casa. No vas a poder hallar el camino para salir. No conocés aquí -- se quitó las botas estilo militar y las dejó al pie de la hamaca. Se sacó el puñal de la cintura y lo puso a un

lado mientras se acomodaba para dormir.

La mañana siguiente, Maurino salió a comprar leche y tortillas. Preparó café de leche y despertó a Altair. Le limpió la herida y luego desayunaron para, seguidamente, salir rumbo a la casa de Altair.

Maurino le recomendó que usara una gorra que le regaló para que su madre no notara el golpe en la cabeza y no se alarmara. Llegó temprano, con tiempo suficiente para cambiarse e ir al colegio. Puso como excusa que se había quedado en casa de su amigo porque tenían un trabajo del colegio para entregar y que perdieron la noción del tiempo y por eso decidió quedarse donde su amigo y mandarle a 106 visar. Cuando se despidió de su madre con un beso en la mejilla, como lo hacía todos los días al salir al colegio, Altair pudo sentir un toque sutil en el abrazo de su madre. Taína sospechaba que había algo raro detrás de la ausencia de Altair y que debía averiguarlo. Altair la abrazó y apaciguó su angustiado corazón. Le hizo sentir que no había pasado peligro y que estuvo bajo buena atención. Le transmitió su propio sentimiento de tranquilidad, pero, inconscientemente, también le transmitió ese sentimiento de haber estado en familia.

Taína ya no tenía mas preocupación cuando Altair partió hacia el colegio, pero se había sembrado en su mente una duda. ¿De dónde venía ese sentimiento familiar? Cuando transcurrió una semana, Katerina se acercó a Altair para cuestionar la razón por la que se había distanciado de ella sin una razón aparente. Durante las sesiones de clase, Altair se mostraba completamente evasivo a indiferente a los intentos de Katerina por involucrarlo en sus actividades.

--¿Qué habrá pasado que lo hizo cambiar de esa forma?-- se preguntaba a si misma -- ¡Es extraño! No ha querido hablarme y se cambió a trabajar con un grupo diferente esta semana.

Buscaba una razón, pero en su búsqueda no existía ninguna tendencia a culparse. Por el contrario, cualquier posible causa de su reacción y súbito cambio de conducta tenía que ser producto de sus propias acciones. Pero, quería hacer algo para ayudarlo. Sin embargo, Altair permanecía intrigado por el tema de su abuelo y el destino que habría tenido el padre de Katerina. Le preocupaba que ella lo descubriera y lo culpara. Por otro lado, trataba de idear una forma de confesárselo y tratar de conservar su amistad al no haber tenido culpa en lo ocurrido.

Al final de la semana, la debacle se resumió en que la única persona que le daría la respuesta era Maurino. Era su abuelo quien tendría todas las respuestas que buscaba. En casa, Taína también demandaba respuestas. Durante la cena, se le notaba inquieta y con la mirada fija en su hijo

menor.

-- ¿Qué pasa mamá? -- Le dijo Altair, temiendo saber de antemano que ya su mamá lo había descubierto -- ¡Te has pasado todo el rato mirándome!

-- ¡Bueno! -- le respondió, apresurada por conseguir una respuesta que la tranquilizara -- Yo todavía no estoy tranquila, porque no me has dicho en realidad por qué no veniste a dormir a la casa el otro día. Yo no te ando tratando como niño, pero soy tu madre y me preocupo cuando pasan cosas inusuales.

Recogieron los trastes de la mesa y los pusieron en el lavatrastes en la esquina de la cocina donde habían una tina de latón y dos baldes plásticos de cinco galones con los que mantenían agua para preparar los alimentos y lavar los trastes. Tomaban agua de lluvia que se recogía y almacenaba en un tanque con la boca cubierta con un pedazo de manta atada al borde del tanque con una cuerda delgada.

108 En realidad, la casa no era muy grande. Era una pequeña casa con dos dormitorios separados por paredes de plywood, una habitación pequeña que hacía de sala y que estaba separada de la pequeña cocina por una delgada lámina de plywood. En la cocina, una pequeña mesa donde se preparaban los alimentos y del otro lado una repisa a la altura de la cintura donde se colocaba el fogón. El comedor era una pequeña mesa colocada en la sala donde se sentaban tres.

Generalmente, Luis Andrés no cenaba con ellos. Trabajaba de noche en las bodegas de ENABAS como estibador. No le pagaban mucho, pero ayudaba en el sostén de la casa y de vez en cuando llevaba provisiones que les regalaban los jefes cuando llegaban donaciones o algunos productos que ya estaban por caducar y los trabajadores los pedían en vez de tirarlos a la basura. Normalmente, los enlatados no se dañaban sino hasta un buen tiempo después de la fecha de vencimiento marcada en la lata. También les regalaban ropas y madera de pino de las cajas que se desocupaban después de distribuir las cargas.

Luis Andrés siempre se llevó muy bien con su hermano menor. Si conseguía algo especial, se lo llevaba a su hermano. Como la vez que por primera ocasión en su vida conoció la leche condensada. Le regalaron un tarro grande. Sus compañeros abrieron uno y lo compartieron. Al final de la jornada, en ese tiempo estaba trabajando turnos de día, llegó emocionado a compartir con su hermano la delicia 109 ue había descubierto. Tomaron la leche del tarro hasta que les dolió la panza.

De regreso en la sala después de dejar los trastes, Taína se sentó con un pocillo de café en la mano y una mirada que demandaba una respuesta a su inquietud. Altair permaneció en silencio. No tenía ningún argumento y no era capaz de mentir más de lo que ya había hecho. Decidió que iría

donde el hombre que decía ser su abuelo y le exigiría que le dijera toda la verdad.

El siguiente día era sábado. Altair despertó y salió temprano de su casa. Caminó por donde recordaba que había pasado con Maurino el día que regresó después de la noche confusa que había pasado en su cuarto. Caminó por casi una hora hasta encontrarse dando vueltas en círculo entre callejones con casas que parecían todas iguales. La verdad, no habían señalizaciones ni números de casa que le hubieran permitido a Altair reconocer la ruta hacia la cuartería donde había estado.

Después de haber pasado tres veces por la esquina donde estaba un grupo de jóvenes ingiriendo licor y oliendo pega, éstos notaron que el muchacho estaba desorientado sin encontrar su destino ni la forma de salir del lugar. Altair vió que se hablaban entre ellos mientras lo veían venir y se empezaron a acercar a él con actitud intimidante. Altair sintió un sudor frío en su cuello mientras los hombres se le acercaban silbando y se disponían a rodearlo. Estaba impotente ante lo que hubiera ocurrido. Notó que unos de los tipos llevaba un machete que le colgaba por debajo del pantaloncillo. Quiso cruzar la calle y cambiar de acera para no toparse con los tipos y en ese instante, una mano tosca y grande lo tomó fuertemente del hombro derecho y lo detuvo.

-- ¡Tranquilo, muchacho! -- oyó que le dijo la voz a sus espaldas, pero lo que él interpretó fue " ¡Aquí te moriste, muchacho "

Se detuvo en seco y sin decir palabra. Luego, volteó para sorprenderse con que se trataba de Maurino. Sintió que le volvía el aliento y respiró hondo. Maurino miró fijamente a los hombres y bastó con un gesto de su cabeza para que los individuos se dieran la vuelta y regresaran a su esquina. Daba la impresión que aquellos tipos rudos habían sido atemorizados por un solo hombre. La verdad era que Maurino tenía un pasado oscuro que se rumoraba en todas las esquinas del barrio y nadie se atrevía a querer comprobar su verdad.

-- ¿Qué hacés aquí? -- le preguntó, echando el brazo sobre su hombro para calmar el susto del muchacho. -- Te dije que este lugar es peligroso y que no podías andar por ahí solo. -- continuó mientras caminaban.

-- Necesitaba hablar con usted.-- le contestó Altair, ya calmado y sereno. Se sintió seguro caminando con Maurino después de ver la reacción de los malandros de la esquina. -- Después de la otra noche, tengo muchas dudas. Hay muchas preguntas que necesito que me responda. -- le dijo mientras observaba la expresión pensativa en el rostro barbudo y con canas de Maurino que escuchaba cada palabra que iba diciendo.

-- ¡Está bien! -- le dijo Maurino con una palmada en el hombro mientras le pasaba una de las bolsas que llevaba para sacar un paquete de cigarrillos

del bolsillo de la camisa -- Vamos a platicar -- continuó mientras encendía el cigarrillo y se dirigieron en dirección a la cuartería.

Llegaron y Altair dejó las bolsas sobre la mesa -- Suerte la tuya que estuviera cerca. Salí a comprar unas cosas para el almuerzo. -- le dijo mientras sacaba las cosas de las bolsas y las acomodaba en recipientes de lata donde guardaba los granos y el pan -- Esos vagos te hubieran desplumado. -- le dijo -- Son unos huelepega y cuando ven a un extraño y peor que ande perdido, le quitan hasta los zapatos. Y si se resiste, -- continuó con un tono de advertencia -- se lo echan y nadie dice ni ve nada -- concluyó.

Entro al dormitorio y salió con unos trozos de madera con cuerda de pescar enrollada y unos anzuelos. ¡Vamos! -- le indicó a Altair que se pusiera de pie -- Está temprano, vamos a ir a pescar -- le dió uno de los pedazos de madera con cuerda y anzuelo -- Hoy quiero comer pescado en el almuerzo.

Maurino puso agua en un calabacito y lo pasó a Altair y también puso un poco de pan y queso en una bolsa y partieron rumbo a la bahía.

112 hí, Maurino tenía un cayuco de doce pies en el que cabían bien los dos. Consiguió dos canaletes y le dió uno a Altair.

-- ¡Subite! y acomodate en el medio -- le dijo mientras buscaba unos trozos de tabla que usaba como asiento -- ¡Tomá! -- le dijo, pasándole uno de los trozos de tabla -- Ponelo como asiento. Yo voy a empujar el bote y me ayudás a palanquear con el canaleta. El corpulento hombre empujó el cayuco dentro del agua. Dió dos pasos antes de que sus pies tocaran el lodo y saltó dentro del bote con una destreza tremenda.

Remaron adentrándose en el Rio Escondido hasta llegar a un recodo en la saliente de un pequeño crique. Ahí orillaron el bote y Maurino sacó una lata donde llevaba unas lombrices que había recogido poco antes de salir a buscar los canaletes donde tenía varado el cayuco.

En el trayecto, Altair se mostraba torpe en el manejo del canaleta al inicio. Pero, con la ayuda de Maurino, luego empezó a seguirle el paso remando al mismo ritmo. Nunca había subido a un cayuco. Es mas, Altair no sabía nadar y tenía pavor de entrar al agua. Sin embargo, Maurino le irradiaba mucha confianza y tranquilidad.

Mientras remaban rumbo al recodo donde se instalarían a pescar, Altair le pidió a Maurino que le terminara de contar aquella historia que había dejado pendiente la noche que estuvo en su cuarto. La historia de cómo sobrevivió y lo que pasó después de que no encontró a Briselda y su hijo

Aldebarán.

113 De acuerdo! -- Accedió Maurino -- Te voy a contar toda la historia -- le dijo. Cuando llegué al cuarto donde se escondían Briselda y Aldebarán y me dijeron que ya se habían ido con rumbo desconocido, me desesperé -- inició su relato mientras seguía remando. Cuando logré averiguar hacia dónde se habían ido y luego descubrí que Briselda había muerto, -- continuó -- Enfurecí y comencé a destrozar cosas. Me llené de ira y casi metí en problemas a mis compañeros si no hubiera sido que tres de ellos me sostuvieron y me ayudaron a calmarme.

Después de eso, -- continuó Maurino -- regresamos a la casa de seguridad. Yo había perdido toda esperanza y mi vida no tenía ya mas propósito. Los había perdido por segunda vez y esta vez parecía definitiva. -- continuo mientras sacaba un cigarrillo del paquete de su bolsillo y lo encendía -- Mis compañeros me vieron deprimido y empezaron a hablarme de su causa. Me dijeron que luchaban por que todas las personas tuvieran las mismas oportunidades. Para que los pobres pudieran vivir dignamente y que sus hijos fueran a la escuela y la universidad -- sacó una foto de su billetera y se la mostró -- Esos eran ellos. -- le dijo -- De todo mi pelotón, solo dos sobrevivimos.

Luchábamos para que el mundo fuera un lugar más justo. Decidí unirmeles y me llevaron a un campamento en las montañas de Jinotega. Ahí entrené por unos meses y aprendí a usar todo tipo de armas, tácticas de guerrilla, maniobras de combate y operaciones especiales. Como ya mi vida no tenía sentido, el dolor se convirtió en algo muy natural para mi. Al grado que logré resistir las pruebas mas crudas de supervivencia donde otros compañeros no lograban resistir.

114 stuve metido en los lugares mas asquerosos que te podrías imaginar.

Si te lo describo, es seguro que vomitarías. Me integré a las fuerzas de reconocimiento y operaciones especiales. No puedo darte muchos detalles de lo que me tocó hacer. Basta con decirte que he hecho cosas que harían horrorizar al mas valiente.

Altair escuchó atentamente todo el relato. Faltaba poco para entrar al recodo y le despertó una duda. -- Los hombres de hoy en la calle, parecía como si les causa temor. -- le dijo -- ¿Ellos saben lo que has hecho? -- le preguntó con cierta timidez.

-- En el barrio vive mucha gente que en esos años estuvo en la guerrilla y me conoció. -- le contó Maurino -- Algunos de ellos aún son miembros activos del ejército. Yo ya no estoy en servicio activo. -- continuó -- hace un par de años que me retiré y ahora vivo de mi pensión de retirado. No

es la gran cosa. -- se quejó.

En realidad, Maurino ya no era un efectivo, pero, trabajaba en algunos casos para la policía como investigador. Era como un consultor eventual para algunas operaciones. Pero, eso no lo podía contar a nadie. En el poco trayecto que les faltaba para llegar al recodo, Maurino le contó cómo había vivido solo en tres ciudades diferentes y cómo supo de él a través de las noticias en la televisión. Le expresó lo impresionado que había estado de descubrir que su hijo Aldebarán había vivido para ser un hombre de bien y que había procreado un hijo sano e inteligente. Le contó que se había llenado de una gran alegría cuando descubrió que era abuelo y cuando decidió buscarlo aunque no tenía idea si podría ser bueno que lo conociera.

Finalmente llegaron al recodo. Arrimaron el cayuco a la sombra de un manzano de la india. Maurino encendió un cigarro y le enseñó a Altair cómo colocar la carnada en el anzuelo. Luego, los dos tiraron sus anzuelos al agua. Maurino le pasó un pedazo de pan y queso a Altair y sirvió café de una botella que llevaba. Lo virtió en un posillo y ambos comieron y bebieron mientras esperaban a que los peces picaran.

-- Abuelo...¿puedo llamarte abuelo, verdad? -- le preguntó Altair.

-- No veo por qué no -- le contestó Maurino mientras masticaba un gran bocado de pan con queso -- Después de todo, ¡Soy tu abuelo, quieran o no!

-- ¿Alguna vez sentiste que podías hacer cosas raras? ¿Cosas que otras personas no pueden? -- le preguntó mientras jaloneaba suavemente la cuerda de pescar a como le había enseñado Maurino para revisar si los peces estaban picando -- ¿Talvez mi papá o Briselda, mi abuela? -- agregó.

Maurino también revisaba su cuerda y en eso gritó -- ¡Picó! ¡Picó uno!

-- Su cuerda se tensó y él empezó a desenrollar cuerda del trozo de madera para dejar correr un poco el pescado y así cansarlo antes de sacarlo. ¡Es uno grande! -- seguía diciendo. En verdad, a juzgar por la fuerza con que el pez guiñaba de la cuerda y movía el cayuco, Maurino podía deducir que se trataba de un pez muy grande. Habían asado dos horas tirando las cuerdas y apenas habían logrado sacar tres peces. Maurino sacó dos róbalo de tamaño considerable, como de tres libras cada uno y Altair había pescado un urel pequeño, talvez de unas dos libras. En esta ocasión, el pez jalaba la cuerda con mucha fuerza. Maurino tardó varios minutos antes de lograr cansarlo para poder sacarlo del agua. Era un sábalo real bastante grande. Maurino estimó su peso en unas diez libras. Por un momento tuvo el temor de que el pez rompiera la línea y perdiera la presa, pero supo jugar con la cuerda hasta cansarlo y poder

reclamar su premio.

Cansado ya después de su última pesca, le ordenó a Altair que recogiera su anzuelo y se dispusieran a regresar. El sol ya calentaba en lo alto y consideró que se estarían exponiendo a una insolación si se quedaban más tiempo. Además, agregó que ya tenían suficiente pescado para los dos.

De regreso, Maurino hacía las preguntas y Altair le contaba sobre Aldebarán y cómo conoció a Taína, su madre. Le contó algunas vivencias de su infancia y del colegio. Maurino le preguntó sobre su afición al juego de ajedrez y Altair le relató cómo había aprendido a jugar un día en el colegio en que los visitó un exalumno que vivía en el extranjero y que llevaba regalos para los estudiantes de primer y segundo puesto de todas las secciones.

117 - No conocía el juego. -- le contó Altair -- Pero, me llamaron la atención las formas de las piezas. Ya antes había visto jugar tablero, pero no había escuchado hablar del ajedrez. -- agregó.

Continuó su relato describiendo cómo fue aprendiendo poco a poco y se enamoró tanto del juego que las estrategias le salían de forma natural. Finalmente, llegaron a la pieza de la cuartería. Maurino limpió los pescados. El más grande, el sábalo real, lo partió en rodajas. Los otros sólo los partió por la mitad y le hizo cortes en los lomos. Les puso sal y limón y dispuso a freír los róbalos.

Mientras preparaba el resto del almuerzo, Maurino le pidió a Altair que le contara sobre Aldebarán. Cuéntame, ¿Cómo era él? -- le preguntó -- ¿A qué se dedicaba y qué le gustaba hacer? Altair le contó lo que Taína en su momento le había relatado sobre su padre. Lo que él le había contado sobre sus estudios en el instituto, la vida con la tía Evelyana y cómo había llegado a ser uno de los mecánicos más hábiles y reconocidos. No obstante su relato, Altair siempre intentaba averiguar algo sobre su condición especial. Quería saber si había sido algo que heredó de su padre o su madre o simplemente fué un don que había recibido de forma espontánea. En todo caso, para él, la única persona que tenía la respuesta o que por lo menos le podría dar una pista clara era Maurino.

Se sentaron a la mesa a almorzar. Maurino acompañó los pescados, que había frito bien crujientes y doraditos, con arroz blanco, frijoles 118 ritos, plátano maduro cocido y un jugo de naranja. Mientras comían, Altair le hizo nuevamente la pregunta. ¿Alguna vez notaste algo o sabes si mi papá o mi abuela podían hacer cosas fuera de lo común?

-- preguntó insistente el muchacho -- Por cierto, el pescado está bien rico, gracias. -- le dijo, tratando de congraciarse y así obtener de manera más

fácil la respuesta que buscaba.

Bueno, ya que insistís. No estoy muy seguro de tener bien claro a qué te referís -- le contestó en tono de duda -- ¿Qué es lo que querés saber? ¿Si Briselda o Aldebarán miraban duendes o cosas así? ¿Como si fueran brujos? -- se dirigió al muchacho y su rostro hizo una expresión intrigante y al momento se soltó a reír.

¡No! ¡Yo sé de qué me estás hablando! -- le dijo después de que se calmara la risa -- ¡Si, hijo! Briselda tenía un don especial. -- le comentó iniciando su relato de las vivencias de esos tiempos -- Nunca comprendí muy bien cómo funcionaba. Pero, ella me dijo una vez que podía comprender con facilidad a las personas porque podía sentir y ver las cosas que ellos habían vivido de una forma más clara que si se lo hubieran contado. -- continuó -- Al parecer, Aldebarán heredó ese don y ahora vos también lo debés tener. No es algo por lo que debas sentir miedo o vergüenza. ¡Al contrario! -- le dijo en busca de animarlo dándole una palmada en la espalda -- Es una herencia que debés llevar con orgullo. Es la herencia de tu abuela. Una herencia de sangre.

119 n su relato, detalló situaciones curiosas en que lo habían metido sus pensamientos frente al don de su amada Briselda. Le contó de la vez que no pudo ocultarle todo el rencor y sufrimiento que él había sentido cuando ella lo abandonó y de su impotencia al encontrarse encarcelado. Él trataba de no revelar esos sentimientos, pero ella le reveló su conocimiento de cada detalle y tomándole las manos entre las suyas le pidió perdón por haberse dejado dominar del miedo. Sintió miedo del amor que había descubierto y cuando quiso dar vuelta atrás, ya había avanzado mucho en su camino y podía ser mas duro regresar que seguir adelante. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Maurino mientras su relato evocaba los sentimientos de ese momento.

Altair también pudo sentirlo y sus ojos se inundaron. Cada instante de la narración se le iba presentando con imágenes claras de los recuerdos de Maurino. Ese momento estaba estableciendo un enlace, una conexión entre Altair y Maurino que sería la clave de grandes eventos trágicos.

Altair interrumpió el momento e hizo la pregunta que más lo intrigaba los últimos días y que lo había empujado a buscar el reencuentro con Maurino. Necesitaba saber qué había sucedido con el padre de Katerina.

-- ¡Hay algo que no me has contado! -- Maurino se detuvo un momento y guardó silencio mientras masticaba un bocado de pescado con banano.

120 - Me imagino que no servirá de nada tratar de cazarlo, si tenés el don de tu abuela. -- le respondió.

Tomó un trago de fresco del vaso de vidrio, hecho de una botella de vino recortada, y fijó la mirada en la ventana. Afuera estaba la vecina colgando en el tendedero la ropa que lavaba en las pilas del patio.

-- Ya antes había visto cómo ese hombre le había partido la cabeza a otro en ese mismo predio por la simple razón de que le robó una botella de licor. -- le dijo Maurino -- El hombre no podía razonar porque era un alcoholico y drogadicto. Cuando no estaba tomando, fumaba marihuana y si no, hacía de las dos. Después del percase en casa de tu amiga, el hombre enloqueció y vivía furibundo. Gritaba jurando que en cuanto te viera te iba a sacar el corazón. Maldecía tu nombre siempre que lo recordaba y preguntaba a todo el que le hablaba si sabía dónde vivías.

Maurino se levantó, se dirigió al dormitorio y sacó una botella de ron.

Se sirvió un trago después de vaciar el vaso y enjuagarlo y luego continuó.

-- Esa noche, él había estado fumando hierba. Yo te venía siguiendo, como lo hacía siempre que entrabas por esa zona, y noté que el hombre se avalanzó sobre vos. -- tomó otro trago y continuó. Pensé, por un instante, en advertirte. Pero, luego vi que sacó su machete y actué por reflejo. Fué algo inevitable. Desde muy joven aprendí a usar el cuchillo y he sido buen lanzador de cuchillos.

121 Itair podía ver todo lo que Maurino le relataba y comprobó que no le estaba ocultando nada.

--¿Qué pasó después? -- preguntó Altair, desesperado por conocer el desenlace de boca de Maurino. Aunque ya se le había revelado todo lo ocurrido. Sin embargo, Maurino le inyectaba sentimiento al relato y eso le daba un toque peculiar, como completando la última pieza del rompecabezas.

Maurino se sirvió otro trago y se lo tomó de un sorbo.

-- ¡Hice o que tenía que hacer! -- le dijo, con la mirada nuevamente fija en la ventana. Lo maté antes que te matara. Y haría lo mismo mil veces si me cruzo mil veces con la misma elección. -- volteó su rostro y miró a Altair fijamente a los ojos. ¡Vos sos mi sangre! -- le dijo -- No iba a permitir que se derramara mi sangre frente a mis ojos sin hacer nada.

-- ¿Y, luego? ¿Qué pasó? -- preguntó Altair.

-- ¡No te preocupes! -- le respondió. Cuando lo encuentren, va a ser un montón de huesos secos que nadie va a poder reconocer.

Altair se llenó de incertidumbre y se notó muy confuso. Se debatía, ahora, entre decirle a Katerina o cayar lo que había ocurrido para no perder su amistad. Maurino se adelantó a la especulación y le aconsejó que guardara silencio total.

122 - Decirle a tu amiga que su padre ha muerto por mano de tu abuelo significaría el fin de su amistad. Y eso sería la parte menos traumática.

Los problemas que tendrías con la ley, por investigaciones de la causa de su muerte, terminarían con tus aspiraciones -- le dijo. No estarías mintiéndole -- agregó. A veces, es mejor cayar. Seguí mi consejo y guardá silencio total sobre todo lo que pasó -- concluyó.

Se levantó y recogió los platos. Altair, todavía un poco confundido, asintió con la cabeza y aceptó el consejo de Maurino.

Al finalizar el almuerzo, Altair se dispuso a regresar a casa, emocionado por lo que había ocurrido en esa mitad del día. Maurino le dió una bolsa de papel con varios pedazos de pescado frito que había preparado.

-- ¡Llévalos para tu mamá! -- le dijo mientras se los pasaba -- supongo que le dirás que estuviste conmigo. Decile que se los mando y también llevale estos limones. -- agregó mientras le pasaba un pequeño saco con limones frescos de castilla. Altair se despidió luego que Maurino lo hubiera acompañado unas cuatro cuadras.

Al llegar a su casa, Taína estaba lavando los trastes. Habían almorzado tarde porque ella había estado en el mueye del mercado esperando que llegaran los botes de las comunidades para comprar frijoles y yuca a mejor precio que en los tramos del mercado. Altair entró, le dió un beso en la mejilla y depositó las bolsas sobre la pequeña mesa de la cocina.

123 - ¿Y esas bolsas? -- le preguntó su mamá con curiosidad.

-- Es algo que le mandan a usted. -- respondió, recostándose de espaldas a la tabla de la repisa donde estaba la hornilla de gas que habían comprado la navidad anterior.

-- ¿Quién? ¿Quién lo manda? -- le preguntó frunciendo un poco el ceño con una expresión de extrañez por el envío -- ¿Katerina?

-- ¡No, mamá! -- le respondió Altair. Katerina y yo tenemos varias semanas de no hablar. ¡No vas a creer a quién conocí! -- le dijo sonriente.

-- Taína terminó de lavar los trastes, se secó las manos con una toalla de cocina y se puso las menos en la cintura. -- ¡A ver! -- le dijo con la mirada fija y una expresión de incredulidad con una sonrisa de medio lado. ¿A

quién conociste y quién me mandó esos limones y el pescado?

-- ¡Conocí a mi abuelo, Maurino! -- la expresión de Taína cambió y se cruzó de brazos.

-- ¿Cómo es eso que conociste a tu abuelo? -- le preguntó con una expresión total de duda e incredulidad -- Tu padre me dijo que tu abuelo Maurino había muerto -- agregó. No me estés inventando cuentos, chavalito -- le dijo.

124 - ¡Sí, mamá! ¡Lo sé! usted me lo contó. Pero, encontré a este señor.

Bueno, él me encontró. Me contó que me vio en las noticias y que vino a buscarme.

Altair le relató todo lo que Maurino le había contado. Le aseguró que todo era verdad porque lo había visto a través de sus pensamientos y sus sentimientos lo comprobaron. Taína conocía sobre el don de Altair.

Sabía que su hijo lo había heredado y no le pareció nada extraño. Sin embargo, trataba de que no lo expresara tan abiertamente por temor a que lo aislaran por ser diferente. Al final de su relato, Altair notó que su madre se mostraba sorprendida e impresionada con su historia. le pidió que lo invitara a llegar el domingo de la siguiente semana para conocerlo.

Esa semana se desataron fuertes lluvias con rayería que duraban hasta dos días. Desde el sábado llovió incesantemente como si el cielo se hubiera abierto y se vaciaran todas las aguas en un diluvio tropical.

Los inviernos característicos de la zona con lluvias de hasta tres días hacían que los fines de semana fueran de total holgazanería. Pero, Taína tenía pendiente que tendría invitado el domingo y la invadía la curiosidad por descubrir la historia del personaje que le había contado su hijo. Ya desde el sábado había comprado una cola de res y las verduras y especias necesarias para preparar la sopa del domingo.

Se levantó temprano a preparar todo. Puso la carne en la hornilla y despertó a Altair mientras cortaba y lavaba las verduras para dejarlas listas. Altair se le vantó a ayudarlo con las últimas cosas después de 125 años y vestirse. Afuera llovía a torrenciales y el cielo permanecía oscuro sin dar lugar a saber qué hora del día era.

A las doce del día Altair dirigió su mirada a la entrada del corredor y al pie del coco que estaba justo al frente estaba Maurino ensopado por la lluvia protegido con un poncho color verde olivo, de los que usaban los militares. Se dirigió a la entrada y lo invitó a pasar. El hombre pasó al corredor y esperó a que el agua del poncho escurriera un poco antes de quitárselo y descubrirse ante sus anfitriones. Saludó e hizo un comentario

sobre el tiempo inclemente.

-- ¡Buenas tardes! ¡Este tiempo no parece que va a terminar por lo menos en dos días! -- comentó Maurino. ¡Vamos a terminar inundados! Altair lo presentó con su mamá y ella lo invitó a pasar y sentarse a la mesa.

-- ¡Pase adelante! ¡Sientese, vino a tiempo! La comida ya está lista y así calientita le va a venir bien la sopa para quitarle el frío.

Lo dirigió a la mesa con una sonrisa. Esa sonrisa característica de Taína cuando recibía a las personas con hospitalidad. Después de todo, era el único familiar de Aldebarán que tenía la oportunidad de conocer y que también era familia de su hijo.

-- Altair, acomódense ya voy a servir la sopa. -- le dijo mientras se dirigía a la cocina.

126 mientras almorzaban, la lluvia cesaba por momentos y luego se recrudecía como si tomara impulso. El sonido de la lluvia sobre el techo de zinc y el retumbar de los truenos en ocasiones les hacían difícil escucharse. Maurino les contaba historias de sus vivencias y sobre cómo era Aldebarán de niño. Compartían historias locas de cosas que les habían ocurrido y todos reían.

Esa tarde bastó para que Maurino se ganara la simpatía de Taína. Ella comprendió que en verdad ese hombre era quien decía ser y que le hacía bien que su hijo tuviera cerca la familia de parte de su padre.

Después del almuerzo, Taína les sirvió café caliente y continuaron contando historias y vivencias. Maurino poseía una increíble elocuencia que hacía vivir las historias de una forma muy singular. De pronto, un fuerte rayo provocó un apagón que dejó todo en tinieblas.

Taína urgió a Altair para que buscara los candiles y los encendiera. La conversación continuó a la luz de los candiles.

Ya era bastante entrada la noche cuando Maurino dispuso a marcharse. Agradeció la amabilidad de Taína y se despidió.

Aprovechó que la lluvia había escampado un poco y emprendió su camino. A mitad del camino de salida a la calle, se encontró con Luis Andrés. Se saludaron y salieron corriendo cada uno por su lado cuando nuevamente la lluvia se recrudecía.

-- ¿Quién era ese señor? -- preguntó Luis Andrés al entrar a la casa.

127 - Es el abuelo de Altair. -- respondió Taína. Aldebarán y Briselda, su mujer, lo creyeron muerto, pero en realidad no fue así. Está vivo y buscó

a Altair cuando salió la noticia de la vez que anduvo en ese torneo de ajedrez fuera del país -- agregó. Tenemos sopita caliente.

Vení sentate, te voy a servir un poco -- le dijo.

Después de ese encuentro, Altair se sentía con mayor confianza y libertad para visitar a Maurino. De hecho, la semana siguiente, Maurino ofreció enseñarle a Altair técnicas de defensa personal. Así que, Altair comenzó a visitarlo tres veces por semana.

Tres meses después, Altair ya mostraba una complexión bien fornida.

Maurino lo entrenaba en cuerpo y mente. Le ensañaba Karate, Tai Chi, Judo y Aikido. Los fines de semana, Maurino lo llevaba al monte y ahí le enseñaba cómo sobrevivir con tan solo un cuchillo. Le enseñó a casar, a construir trampas y hacerse un refugio para pasar la noche.

Altair aprendió a encender diferentes tipos de fuegos, incluso con madera mojada. Todas estas actividades hacían que Altair se apegara mucho a Maurino. Lo miraba con gran respeto, como un maestro del que deseaba aprender tantas cosas.

Encontró en él la figura paterna que añoraba y se convirtió en total deboto de su abuelo. Taína comprendía que esa reacción era algo natural y no se oponía. Veía mucho bien en lo que la presencia de Maurino hacía sobre el muchacho.

128 Después de un año, Maurino puso el entrenamiento de Altair a prueba.

Quería comprobar el temple del muchacho y le pidió que llegara a un sitio del barrio a una hora determinada de la tarde. Para llegar al sitio señalado, Altair tenía que pasar por aquella esquina donde se reunían los mismos malandros que lo habían intimidado la primera vez que se aventuró a entrar solo al barrio.

Los tipos habían estado ingiriendo licor y fumando marihuana. Se encontraban frenéticos y deseosos de conseguir más. Habrían asaltado a cualquier alma que se les apareciera sin importar que fuera familia o desconocido. Cuando divisaron a Altair al doblar la esquina donde quedaba la licorería, todos se hicieron señas y se propusieron despojarlo de todo lo que trajera encima. Caminaron dispersos en dirección hacia él con actitud intimidante, silbando y burlándose del chico que esta vez estaba solo.

-- ¡Oye! ¡Andás perdido, loco! -- le gritaban mientras se le acercaban y lo rodeaban. Eran seis tipos en total.

Se detuvieron a media calle rodeándolo. El jefe de los malandros, un tipo alto y recio de cabello largo atado en una cola con una banda de hule, se

le acercó.

-- ¡Hey, prix! -- le dijo con mirada desafiante -- ¡Andás puestos mis tenis!
-- el tipo extendió el brazo y tomó a Altair de la camisa con fuerza mientras éste lo veía fijamente a los ojos con toda serenidad.

129 Itair, en un reflejo muscular por el entrenamiento, tomó el brazo del tipo y con tres golpes rápidos y certeros lo hizo retroceder hasta caer de espaldas.

Inmediatamente los otros hombres se avalanzaron sobre él y con una gran agilidad los esquivaba y dominando totalmente el terreno, uno a uno los fué haciendo caer. Al verse dominados, el jefe de la banda sacó una navaja y los demás arrancaron maderas de un cerco roto que había cerca. Uno de ellos llevaba un pequeño machete atado a la cintura por la espalda dentro del pantalón. Altair no llevaba armas. Solo llevaba colgando del cuello un puño de mono que Maurino le enseñó a fabricar con una bola de rodamiento de una pulgada de diámetro y cordón de nylon, del que se usa en paracaídas, trenzado. Se lo ajustó al meñique como le habían enseñado y con él se defendió de los hombres.

Todos terminaron en el hospital con fracturas en el cráneo, las piernas, brazos y costillas rotas y algunas piezas dentales perdidas. Altair solo resultó con un par de cortadas en un brazo y en el costado y un golpe en la espalda. Se incorporó y se dirigió a la cuartería, pero al tomar la siguiente calle, Maurino le salió al paso. Había estado observando todo desde un callejón a media cuadra de distancia.

-- ¡Excelente, muchacho! -- le dijo con una palmada en el hombro que Altair resintió. ¿Estás bien? -- preguntó. Esos tipos ya no te van a volver a molestar. Esta era tu prueba y la pasaste de forma impresionante -- le dijo con mucho orgullo. ¡Ya sos todo un hombre! Los meses siguientes, Maurino los dedicó para instruir a Altair en otros temas como política, tácticas y estrategia militar y economía. Las horas se alargaban y para hacer las charlas instructivas más interesantes para Altair, Maurino lo invitaba constantemente a jugar ajedrez en el parque central y aprovechaba las largas horas entre jugadas para ir dando forma a un plan que se propuso cuando descubrió las capacidades de Altair.

En diciembre de ese año, justo tres días después de haber estado celebrando el cumpleaños de Luis Andrés y faltando poco para celebrar la noche buena, Altair se encontraba en casa preparándose para ir a visitar a Maurino porque irían de cacería con arco y flecha.

Taína se había levantado muy preocupada. Se notaba muy inquieta.

-- ¿Qué pasa, mamá? -- le preguntó Altair.

-- Tu hermano no vino a dormir anoche -- le respondió.

-- ¡Hmmm....! Usted sabe que últimamente ha estado saliendo mucho. -- comentó Altair. Debió haberse quedado a dormir donde la Danairis, su novia. -- agregó.

-- No se. -- dijo Taína. Me tiene preocupada. No pude dormir toda la noche. Pudo haberle pasado algo. Algo no está bien -- insistió.

131 Itair estaba colocando comida en bolsas y dentro de una mochila cuando vio que un cipote llegaba corriendo hacia la casa.

El chavalo llevaba una terrible noticia. Habían encontrado el cuerpo de Luis Andrés flotando en el crique del muerto. Taína no soportó y cayó desmayada. Altair corrió a llamar a la vecina para que le ayudara, luego la dejó a su cuidado y corrió hacia donde habían hallado el cuerpo de su hermano.

Cuando llegó, la policía ya había retirado el cuerpo y se lo habían llevado a la morgue. Nadie le daba cuenta de qué pudo haber ocurrido.

Se dirigió enseguida a la morgue del hospital. Decir que el mundo se derrumbaba sería una descripción vaga de cómo el tiempo, la respiración y su estabilidad emocional se detuvieron al ver el cuerpo de su hermano en la mesa de la morgue. El cuarto era frío y con la expresión más aberrante de muerte. El aire era pesado, inundado de un fuerte aroma a formalina que lo hacía espeso y difícil de respirar. El pecho de Altair le dolía con cada latido del corazón. Le dolía el alma, le dolía la sangre, le dolía la ausencia, le dolía su hermano, tendido en la mesa, sin vida, sin presencia.

Su grito se oyó resonar hasta en los anaqueles del quirófano a dos salas de distancia. Habría deseado gritar aún más fuerte para que se le escuchara desde el más allá y traer el alma de su hermano y devolverlo a la vida. Pero, tal milagro no fue posible. Deseó tomar su lugar sin titubear en el sacrificio. Pero, al verlo ahí, todo golpeado y desfigurado, su corazón se llenó de fuego y deseó destruir a quien lo hubiera hecho. Se acercó y besando la mejilla de Luis Andrés su promesa al oído de su hermano muerto fue esta: "No habrá alma en este mundo que esconda de mí al que te haya hecho esto, querido hermano mío. Gracias por el tiempo que compartiste conmigo. Espero que en otra vida coincidamos de nuevo como hermanos".

Cuando regresó a casa, su madre se encontraba destrozada, sumergida en un trance de sufrimiento y dolor inconsolable e incontenible. Maurino estaba en el patio de atrás, sentado sobre una gran piedra junto al cerco

de reglas que separaba los lavaderos de la cuartería. Altair se sentó junto a él.

Maurino le ofreció un trago de la botella de ron que tenía en la mano.

En otro momento, lo habría rechazado con toda razón y serenidad.

Pero, esta ocasión hacía que el trago ayudara a apaciguar un poco el dolor. Se empinó la botella y tomó un gran sorbo. No quiso más. No había tomado antes. Su inexperiencia con la bebida lo hizo casi ahogarse con el trago que le calentó la cabeza casi de inmediato.

-- ¿Lograste saber qué pasó? -- le preguntó Maurino.

-- Fuí a la policía y me dijeron que estaban trabajando en el caso. Pero que todavía no tenían sospechosos. -- respondió Altair con la mirada perdida.

-- Puedo tratar de investigar un poco a ver que logro encontrar, si estás de acuerdo -- le propuso Maurino y luego de tomar de la botella.

La policía no va a investigar nada -- agregó.

133 - ¡Ok! Mirá que podés averiguar sobre lo que pasó -- le dijo Altair. Yo tengo que hacerme cargo de los arreglos del funeral. ¿Crees que podrías ayudarme a coordinar lo de la bóveda? -- le preguntó.

-- ¡Claro que sí! -- le contestó. Mañana mismo va a estar lista. Por hoy, me retiro -- le dijo, mientras se tambaleaba al ponerse de pie. Voy a ir al bar de los coyotes. Sería un buen lugar para investigar. Se averigua mucho durante la noche -- agregó mientras se alejaba por el callejón detrás de la cuartería pasando las tablas que cruzaban un zanjón de aguas cienagosas.

Al siguiente día se dieron los preparativos para el funeral. La casa se inundó con un pesado y húmedo olor a flores, hielo y formalina. La noche de la vela tuvieron que inyectar a Taína con un calmante para que pudiera relajarse y descansar. Despertó todavía un poco sorompa y debilitada. Cataleja le dió un té para que se relajara y no se pusiera nerviosa en el cortejo fúnebre. Junto con doña Crisalida le ayudaron a vestirse y la acompañaron las dos a la salida del cortejo cuando ya el ataúd había salido.

En el cementerio, después que habían cerrado la bóveda, Altair consolaba a su madre abrazado a ella mientras contemplaban a los albañiles refinar la mezcla del repello. Maurino le hacía señales de llamado desde la sombra de un árbol de marañón. El día estaba soleado y el calor repicaba en la piel y su reflejo en las tumbas decoradas con azulejos y losetas de

cerámica perturbaban la poca resignación en el momento y la cosa se complicaba cuando en el calor 134 e los llantos y alaridos algunos veían alucinaciones de conocidos muertos que se acercaban para acompañar a los vivos en la despedida de su ser querido.

Altair le dió un beso en la frente a su madre y se retiró para hablar con Maurino.

-- La policía no está buscando a nadie -- le dijo Maurino. Se dice que hay alguien importante involucrado y que lo de tu hermano es algo complicado. Ocurrió algo la noche anterior y tuvo problemas con gente peligrosa e influyente -- le dijo.

Altair sintió una mezcla de dolor e ira que le llenaban el pecho a reventar. Sus ojos, se inundaron de lágrimas, y sus pies temblaron al momento que cerraba sus puños con la fuerza para romper los lentes de sol que llevaba en sus manos. Sus manos, aún cerradas, goteaban la sangre por la cual renovó su juramento de hacer pagar a quien fuera por la muerte de su hermano.

Maurino notó el gesto marcado en el rostro y las manos de Altair y se dispuso a darle forma a su plan. Altair estaba preparado y solo tenía que enfocararlo con la información ajustada para que ejecutara el plan que muy fríamente se fraguaba en su mente desde muchos años atrás. Con toda la intención, Maurino había venido entrenando a Altair con los conocimientos y habilidades que le fueran útiles para que, combinados con su don, alcanzara al máximo la venganza que se propuso. Altair no alcanzaba a percibir las verdaderas intenciones de 135 aurino detrás de toda la ayuda que le daba. Maurino había aprendido a ocultar sus sentimientos y emociones cuando descubrió el don de su amada Briselda, así que su trama se desarrollaba sin inconvenientes.

Desde que cayó preso injustamente, Maurino se llenó de rencor y al perder la compañía de su hijo y de su amada por ser un prófugo sin razón, culpó al sistema de justicia por toda su desgracia y juró que se vengaría de aquel político influyente que lo había hundido en la cárcel por haber defendido a la puta del hombre cobarde y ruin.

-- Esto no lo va a resolver la policía -- le dijo Maurino. Vas a tener que hacer justicia por tus propias manos. Yo te puedo ayudar, si querés -- le dijo poniendo su mano tosca sobre el hombro de Altair en señal de condescendencia.

-- Lo vamos a hacer -- respondió Altair.

-- Pero, tendrá que ser a mi manera -- le replicó Maurino. Vas a hacer lo que te diga, tal y como te lo diga. Así, vamos a tener éxito en esta cruzada por vengar la memoria de tu hermano. ¿Estás de acuerdo? -- le

dijo.

Altair respiró ondo con la mirada en el horizonte. El viento sopló a unos metros de donde estaban y levantó un remolino de polvo entre los andenes y levantó algunas de las hojas secas al sol.

-- Si, lo haremos a tu manera, abuelo -- le respondió.

136 urante las siguientes semanas, Maurino le llevaba información que conseguía con sus contactos y al cabo de un mes le dió la identidad de todos los implicados en la muerte de Luis Andrés. Pero, se reservó un nombre, le dijo que primero se encargarían de los autores materiales y que luego darían cuenta del autor intelectual con la mayor sutileza.

-- Si lo jodemos así nomás, va a ser más fácil para él -- le decía Maurino. Hay que hacerlo que sufra en carne viva y erradicar su estirpe de la faz de la tierra para que no existan más como él.

Maurino le dió cuatro nombres. Dos de ellos eran del alto mando de la policía que fueron transferidos una semana después de lo de Luis Andrés. El tercero era un comerciante muy importante que viajaba por varios departamentos del país. El cuarto, resultó ser un mayor del ejército que estaba a punto de recibir su asenso a teniente coronel y viajó a la capital para pasar las fiestas con su familia.

-- Esto no va a ser una misión fácil -- le decía, Maurino. Son tipos muy influyentes y otros seguramente no serán fácil de encontrar por la protección que les estarán dando. Para poderlos agarrar hay que alcanzar un buen nivel de poder y entrar a su círculo. Tendría que rozarse con la gente de poder, políticos, empresarios, comerciantes, militares y traficantes y ganarse su confianza. Altair, a diferencia de su padre y de Briselda antes que él, tenía el poder de la empatía. Podía sentir las emociones de los demás, ver sus memorias e influir en sus sentimientos y emociones. Estas cualidades le permitán con facilidad convertirse en la persona que más le agradara a cualquiera. Podía 137 asar de ser el tipo mas despreciable a ser la persona mas respetable o admirable para cualquiera.

De manera que empezaron por el comercio. Altair se presentó con uno de los mas grandes surtidores de granos básicos que era abastecido por el hombre implicado en el asesinato de Luis Andrés. Había llegado para ofrecerle una carga de cincuenta quintales de frijoles rojos.

Noches antes, él y Maurino se hicieron pasar por policías y despojaron a un pobre campesino del producto de su cosecha que llevaba para vender en la ciudad. cincuenta quintales que tenía en una casa cerca de la bahía en el barrio El Canal. Le dijeron que habían encontrado cocaína en los sacos y que se los decomisaban y si hablaba lo iban a echar preso por tres

años. El pobre hombre se encontraba solo con su sobrino de doce años y vió con impotencia cómo Maurino le ordenaba a un grupo de hombres huesudos, sucios y arapientos que montaran los sacos en carretones que los esperaban a la salida del callejón oscuro que salía por detrás de la casa de las monjas. Los sacos eran ocultos entre sacos de carbón y cada carretón fué enviado por rutas distintas. De manera que ninguno de los chamberos pudiera dar referencia del verdadero paradero del producto. Por la madrugada, los sacos de frijoles serían trasegados a las bodegas abandonadas de un viejo aserrío que era usado procesar madera clandestinamente que luego era transportada por río y comercializada en ciudades del norte del país. Las bodegas se encontraban ubicadas en la zona boscosa a las afueras de la ciudad. El acceso era únicamente a través de 138 ehículos de doble tracción. Su ubicación era estratégica, ya que tenía dos accesos que rodeaban la ciudad por la parte boscosa trasera.

Cualquier intento de incursión dejaba lugar a una salida de emergencia desde y hacia la ciudad con la posibilidad de perderse entre la zona boscosa o los caseríos de la ciudad tanto hacia el norte como al sur.

Maurino le apuntaba con el fusil al pobre campesino que temblando de miedo abrazaba a su sobrino tratando de ser fuerte cuando en su mente estaba esperando lo peor. Altair vestía uniforme verde olivo y un pasamontañas le cubría el rostro. Llevaba sobre su cabeza una gorra, también verde olivo. Con una pistola Tula Tokarev vigilaba los alrededores de la casita mientras los hombres salían como hormigas con los sacos de frijoles a cuestas rumbo a los carretones.

Altair se presentó temprano en la mañana a la distribuidora y preguntó por el dueño, don Luverio Cardenasas. Al saludar con un apretón de manos, supo claramente cómo acutar y se ganó la simpatía de aquel hombre de cincuenta años, panzón, chele de cabello escaso y gran fanático del beisbol, la cerveza y la carne asada. Cinco minutos después de conocerse, ya parecían viejos amigos. Se contaban chistes, hablaban de estadísticas de beisbol y hacían bromas sobre cómo le estaban quitando el comercio de abarrotes a las tiendas de los chinos. Don Luverio aceptó comprar la carga. A medio día, Altair había llevado lo acordado y se le pagó en total.

-- Pase como a las cinco. -- le dijo don Luverio -- Hoy estoy celebrando el cumpleaños de mi nieto y vamos a tener una fiesta en la casa. Lo 139 nvito para que platiquemos y nos tomemos unas cervecitas. -- Concluyó.

-- Está bien. -- dijo Altair. -- Sólo me da la dirección y por ahí le caigo puntual para que no se enfríe la carne ni se calienten las cervezas.

-- ¡Listo pues! -- respondió don Luverio. -- Ahí nos vemos.

A las cinco en punto, Altair se presentó a la casa de don Luverio vistiendo una fina guayabera de algodón color beige, pantalones de casimir negro y zapatos de baile en charol negro y blanco de tacón cubano. Se peinó suavemente con brillantina perfumada y se puso colonia de fragancia maderosa fuerte. Llevaba una caja grande en sus manos envuelta en papel de regalo y con un moño azul. Caminó por el anden de ladrillos rojos que rodeaba la casa. Don Luverio lo saludó al verlo de pie en el portal del patio. Caminó pasando el arco cubierto de hierba y flores rojas de amapola hacia la terraza donde se encontraba don Luverio sentado con su nieto en las piernas.

-- ¡Pase, amigo! -- le dijo invitándolo con un gesto a acercarse. Pase adelante, está en su casa. Le presento al cumpleañosero -- le dijo. El señor es un amigo que acabo de conocer -- dijo dirigiéndose a los que lo acompañaban a la mesa de vidrio con marco metálico color blanco igual que las sillas.

Altair le pasó el regalo al niño, quien se mostró tímido ante el gesto del desconocido. Pero, el tamaño del regalo le despertaba curiosidad y volteó su mirada hacia su abuelo en busca de aprobación. Don Luverio, le sonrió y le dijo -- ¡Aceptalo! Es un regalo para vos. El pequeño lo tomó y corrió hacia adentro de la casa, atravesando la cocina para ponerlo junto con los demás regalos que había recibido.

Don Luverio le invitó un trago a Altair. Sirvió ron en dos vasos con hielo y lo ligó con un poco de soda. ¡Venga! -- le dijo. Quiero que conozca a mi esposa y unos amigos. Le pasó uno de los vasos y caminaron por el patio entre los invitados y niños que correteaban y jugaban mientras les servían bocadillos.

Don Luverio le presentó su esposa. Una señora muy alta y corpulenta.

su cabello negro y rizado caía a la altura de los hombros. Vestía un largo vestido blanco con flores rojas. Sus pies grandes con dedos regordetes vestían unas hermosas sandalias de cuero color café. Al presentarle a Altair, la señora se mostró un poco escéptica acerca de las cualidades que su esposo describía de Altair.

Al fondo del patio se congregaba en una mesa de caoba, bajo la sombra de una gran manta, un grupo selecto de invitados especiales.

Eran el gobernador, el jefe de la policía, el segundo traficante más poderoso, don Cecilio Buenamarca y Casilda Brito, la hija del diputado del partido indígena.

Ver tantas personalidades juntas en la fiesta daban explicación a los guardias vestidos de civil que estaban apostados a la entrada de la casa y que examinaban de pies a cabeza a cuanto invitado se presentaba a la fiesta.

141 - ¿Cómo la están pasando, señores? -- preguntó don Luverio sonriente a sus invitados. ¿Los están atendiendo bien? -- continuó.

¡Comandante, tengo un nuevo compañero para el juego de dominó!

-- Como no, don Luve -- le respondió el gobernador. Pero, antes tenemos negocios que tratar. ¿No cree? -- le dijo.

Al pie de la mesa, a su lado, don Cecilio cuidaba un cartapasio ancho con forro de cuero. Sentado a poca distancia detrás de él, un hombre bajo, de escaso cabello, bigote ancho y tupido vestido de pantalón negro, camisa blanca y gafas oscuras no le quitaba la vista de encima al cartapasio.

-- No se apure, compadre -- le dijo don Luverio. Ya vamos a tener tiempo para formalidades. Por ahora, estamos de fiesta y vamos a jugar un poco -- continuó.

Presentó a Altair a sus amigos e invitados especiales y se sentaron a la mesa. Don Luverio mandó a llenar los vasos de todos y se dispusieron a jugar dominó mientras conversaban y historias graciosas.

Altair contaba chistes de mujeres nalgonas y negros chaparros que los hacían reír a carcajadas. Sabía cómo ganar la simpatía de sus anfitriones. La oportunidad era perfecta. Esta vez tenía que hacer la mejor impresión. Cuando tocaban temas formales o deportes y entretenimiento, se respaldaba en información y de vez en cuando 142 liberaba las tensiones con un buen chiste o alguna historia graciosa que se inventaba al paso.

Después de un par de partidas, el gobernador se inclinó para decirle algo al oído a don Luverio. Éste asintió con la cabeza y le hizo una señal al jefe de policía.

-- ¡Don Cecilio! -- dijo don Luverio mientras se levantaba de la mesa -- Tengo unos puros habanos y un coñac que me trajo mi suegro de Miami. ¿Nos acompaña a degustarlos? -- extendió su brazo en señal cortés de invitación.

-- ¡Don Altair! Por qué no acompaña a la joven en otra partida -- le dijo al muchacho con una palmada en la espalda. O mejor aún -- continuó

-- invítela a bailar y le sirve un roncito -- en ese instante soltó una ronca

carcajada y se dirigió con sus acompañantes hacia la cocina.

Don Cecilio le pasó el cartapasio al hombre bajo y de escaso cabello y este lo siguió muy de cerca.

Se dirigieron a la cocina. Detrás iba don Luverio. Adentro habían niños jugando y un par de mujeres preparando bocadillos.

-- ¡A ver! Lévense esos niños a jugar afuera, mujeres -- les ordenó don Luverio. Díganle a la señora de la casa que ya es hora de romper la piñata -- les dijo.

Se apostó un guarda en la puerta. Las mujeres salieron y se cerró la puerta.

143 Ientras se reunían todos los invitados para romper la piñata en el costado norte de la terraza, en la cocina de la casa se estaba cerrando un gran negocio. Don Cecilio tenía que pasar un cargamento fuerte de droga que le llegaría en los próximos días. Necesitaba las facilidades de transporte de don Luverio y pase libre hasta la frontera norte.

-- ¿Quién es el que va a caer con este embarque? -- preguntó el jefe de policía.

Siempre que pasaban cargamentos importantes, usaban un señuelo.

Un pobre diablo que lo engañaban y lo mandaban con parte de la carga para desviar la atención del verdadero motete donde se pasaba todo.

-- Mi estimado -- le dijo don Luverio. Para ser policía es muy poco perspicaz. Se lo presenté apenas hace una hora.

-- ¿Su amigo, el muchacho ese? -- dijo el gobernador. Ese chico no me parece confiable. De hecho, estaba por preguntarle por qué lo invitó a venir -- le dijo. No fué conveniente que nos conociera si va a ser el señuelo. ¡Esto va a estar bastante joddo! -- exclamó notablemente preocupado mientras sorbía de su puro habano.

-- No hay ningún problema, mi amigo -- le dijo don Luverio. Ya va a ver que sale bien. Solo necesitamos que el amigo aquí de la policía arme bien el operativo y el resto es historia contada -- concluyó.

-- Ya está todo trazado -- dijo el jefe de policía. El chavalo tiene que entrar por el puerto de pasajeros y va a llevar la carga en el equipaje.

144 I resto, lo va a trasladar don Luverio con su lancha hasta el puerto de carga. Tiene que llegar a las nueve de la noche -- agregó. A esa hora, van a estar patrullando en la zona rosa. Así que tiene dos horas para

descargar y salir a perderse -- les dijo.

Don Cecilio le hizo un ademán al guardaespaldas, quien puso el cartapasio y lo abrió sobre el desayuno de granito negro. El maletín estaba lleno de fajillos de diez y veinte dólares norteamericanos. Don Cecilio le entregó quince mil a cada uno. Don Luverio tomó una de las pilas de billetes que sumaban quince mil y los metió en un sobre grande de papel el cual selló con cinta adhesiva transparente. Luego cada uno salió de la cocina con una bolsa de papel en la cual habían depositado el dinero. El gobernador se la pasó a su guardaespaldas que estaba apostado en la puerta de la cocina y lo mandó a dejarla en su vehículo y que lo esperara allá. El jefe de policía se despidió y se marchó inmediatamente.

-- Don Luverio, le agradezco la invitación -- le dijo el gobernador. Pero, no me quiero ir sin antes probar el pastel y despedirme de su esposa.

-- Como no, mi estimado -- le dijo don Luverio. Pasemos, que ya están partiendo el pastel. ¿Nos acompaña, Don Cecilio? -- le preguntó Don Luverio se dirigió hacia donde estaban Cacilda y Altair. Le entregó el sobre a Cacilda.

-- Hagame el favor de llevarle esto a su señor padre de mi parte, por favor -- le dijo.

Altair irigió su mirada hacia Altair y con una sonrisa le toco el brazo.

-- Amigo, le tengo un negocio que le puede gustar -- le dijo.

-- Soy hombre de negocios, don Luverio -- respondió Altair. Usted me dice de qué se trata y nos ponemos de acuerdo -- le dijo.

-- Pase el martes por mi negocio -- le dijo don Luverio. Ahí le cuento como es el asunto.

Altair ya tenía claro de qué se trataba por lo que recibía de los recuerdos de don Luverio. Después de la fiesta se reunió con Maurino y le contó los planes de don Luverio. Lo primero que Maurino pensó fué que cambiaran las maletas y le pusieran la carga a alguien más para que él no cayera. Pero, Altair desistió de esa idea y le propuso un mejor plan.

Esta era su oportunidad de entrar. Estaba cerca y solo necesitaba un pequeño empujón para ganarse la confianza de los peces gordos y así podría subir y conseguir lo que buscaban. Si hacía lo que Maurino proponía, iba a ser demasiado obvio y despertaría la sospecha de que Altair supo del plan de usarlo como señuelo. Tenía que usar sus cartas. Después de todo, en este punto, el juego estaba a su favor.

Cuando Altair se presentó al cuartejo lleno de cajas de jabón, productos de limpieza en la que se apilaban las facturas y ordenes de compra sobre un escritorio de madera bastante desgastado y manchado por la humedad y el hongo que se presentaba por toda la madera de la construcción de la segunda planta de su negocio que 146 on Luverio ocupaba como oficina, el viejo estaba ensopado por el sudor de la desesperación y el calor sofocante.

La pequeña y reducida área de la oficina era ventilada por una pequeña ventana que se había en dirección hacia el este, hacia la bahía, donde usualmente soplaban una refrescante brisa salitrosa proveniente del Caribe. El aire espeso mostraba estelas de luz con el polvo que se levantaba del piso sin barrer. Estaba terminando de firmar unos documentos y los entregó a uno de los ayudantes para hacer la descarga de los productos de las lanchas que habían llegado.

Tan pronto como notó a Altair parado en la entrada de la oficina, extendió el brazo mientras con la otra mano se pasaba el pañuelo por la frente.

-- ¡Pase adelante! -- le dijo. Pase que así somos aquí. Esta oficina así se mantiene -- continuó mientras notaba el color chocolate del polvo conglomerado en el sudor. Estos calores si que ya no se aguantan -- dijo. Un poco mas y va a estar mas fresco el infierno.

Altair dió unos pasos y se sentó frente al escritorio después de darle un apretón de manos.

-- Se mueven mucho los negocios estos días -- le dijo Altair mientras observaba al empleado salir de la oficina con un montón de facturas en la mano.

-- Si, es temporada de mucho movimiento -- le respondió. Bajan de las comunidades para abastecerse con lo que consiguen de la cosecha.

147 sted debe saber mejor que nadie. Después de todo, lo que me trajo es producto de las comunidades.

-- ¡Así es! -- le dijo Altair. Esta cosecha está sacando bastante buen grano. De hecho, estoy por traerle otra carga. Esta vez tengo más que la que me compró -- le dijo.

-- Me gustó lo que me trajo. Espero que me siga trayendo producto de calidad -- le dijo. Ya para estos días no tengo nada porque todo se está moviendo. Los barcos están saliendo a faenar y se tienen que abastecer de provisiones, también -- le comentó.

Luego de unos minutos de conversación, don Luverio se levantó del escritorio y se dirigió hacia la puerta desde donde dió orientaciones a

gritos a uno de los ayudantes que terminaran de descargar y que no lo molestaran, que estaría atendiendo asuntos importantes. Cerró la puerta con llave y sacó una caja de un ron cubano y dos vasos de cristal. Los puso sobre el escritorio y le sirvió un trago a Altair y luego uno para él.

-- No vaya a pensar, amigo mío, -- le dijo -- que soy un descortez y mal educado -- continuó. Es solo que hay negocios que tenía pendiente y no podían esperar. Pero, lo que le quiero proponer -- continuó -- es un negocio mucho más importante y provechoso. Yo creo que le va a interesar -- sirvió otros dos tragos y así dió lugar a que Altair le preguntara de qué se trataba el negocio.

148 - Bueno, cuénteme de ese negocio -- le dijo. Desde que me dijo, he estado a la expectativa. Estoy a la orden para lo que usted me necesite.

-- Para empezar, quiero decirle que, desde que usted vino a ofrecermé esa carga, yo vi que usted es un hombre de negocios -- le dijo. Un hombre serio con ambición y conocedor de negocios.

Pasaron unos diez minutos mientras don Luverio le explicaba detenidamente la naturaleza del negocio, a su manera y omitiendo algunas verdades. Le explicaba que habían ciertos productos que no le eran permitidos comercializar. Mientras le explicaba su disque plan, don Luverio daba vistazos por encima de sus gruesos anteojos y vigilaba detenidamente las reacciones de Altair para asegurarse de la serenidad del muchacho y si en realidad le estaba siendo sincero.

Después de una hora de conversación y explicación del asunto del negocio, ya los dos estaban picados. El ron se había acabado y era la hora de almuerzo.

-- ¡Venga, lo invito a comer aquí en la comidería de doña Tolina! -- dijo don Luverio. Ahí sirven un bistec encebollado para chuparse los bigotes. De paso, nos tomamos otra botellita de ron y me sigue contando sobre su pariente el marinero.

-- ¡Está bien! -- dijo Altair. Pero, yo invito.

Al llegar a la comidería, los recibió un ambiente limpio y fresco muy hogareño. El piso embaldozado recién lavado y desinfectado con 149 sencia de pino. Las mesitas de madera cubiertas con manteles a cuadros y en su centro cada una lucía un vaso grande de vidrio conteniendo chilero fresco recién hecho. Las cortinas de manta blanca recogidas a ambos lados de las ventanas, daban realce y frescura al lugar. Desde la cocina, se escuchó a doña Tolina cuchareando contra los calderos de aluminio.

Altair se sentó y don Luverio se dirigió directamente a la cocina. Doña Tolina estaba ajetreada terminando de freír tajadas de platano en un

caldero hondo y en otro caldero tenía casi listo el arroz blanco para servir el almuerzo.

-- ¡Ve! ¿Y, cómo ha estado, viejo choco? -- le dijo la señora con su pícaro sonrisa. ¡Ya tenía rato que no quería venir, ah! ¿Qué va a querer?

-- Deme un par de bisteks encebollados con algo fresco de tomar. Y después me sirve unos traguitos de su medicina -- le respondió. No me deje esperar mucho, sinó, me voy sin pagar. ¡Apúrese a menear esa cuchara mas que menear el culo! Se dirigió a la mesa después de pasar tomando una botella de uno de os estantes de la cocina y un par de vasos. Se sentó y sirvió los tragos mientras les servían la comida. Se quedaron toda la tarde hasta que salieron borrachos cantando las canciones que sonaban en la roconola.

150 El traslado de la carga sería en siete días. De manera que, en el transcurso de la semana, se estuvieron haciendo los preparativos. Ya Altair, por su lado, había dado orientaciones precisas a Maurino.

Cuando llegó el día, todo estaba preparado y siguieron el plan tal y como se había previsto. Altair llegó a la estación portuaria donde los estaría esperando en un jeep el que recibiría el contrabando que llevaba en el equipaje. Según las orientaciones de don Luverio, los efectivos del ejército ya iban a estar notificados y él iba a pasar sin que lo revisaran.

Sin embargo, al subir las escaleras luego de desembarcar, los militares hicieron que todos los pasajeros varones hicieran una fila con su equipaje para ser requisados.

Altair se mantuvo sereno y tranquilo mientras los guardas pasaban con la técnica canina revisando las maletas una por una. Cuando llegó su turno, perro alzó la mirada y Altair lo miró fijamente y el perro siguió como si nada. Ya lo había previsto. Altair también había aprendido a influir en las emociones de los animales y consiguió un vínculo de empatía que hizo que el perro pasara desapercibido lo que llevaba.

Pasó bien y llegó a su reunión, para sorpresa de su contacto, a entregar su carga como estaba planeado. Sin embargo, el plan de Altair apenas estaba por comenzar.

Al caer la noche, se dió la hora de desembarcar el cargamento grande por el muelle de descarga de ganado. Todo estaba saliendo como 151 abía sido planeado. La carga estaba montada en los camiones y lista para salir cuando se dió el imprevisto.

Frente a los tres camiones se detuvo un jeep color verde olivo y de él se bajaron cuatro hombres armados y vestidos de militar. Uno de ellos llevaba uniforme con grados de teniente. Se posicionaron encañonando a

los conductores de los camiones y ordenaron apagar las máquinas y las luces.

El teniente se dirigió al primer camión y ordenó que todos bajaran.

Hizo lo mismo con los otros dos y alineó a los hombres con las manos apoyadas a un lado del primer camión. Eran pasada las once de la noche. No había un alma en las calles y las pocas casitas dispersas que habían en la zona no mostraban señal de vida. Todo el mundo dormía.

-- ¿Qué es su carga? -- les preguntó. ¿Qué llevan en esos camiones y para dónde lo llevan? El encargado retiró una de sus manos del camión y dijo:

-- Teniente, solo son granos básicos que llevamos para Monarcas -- su voz quebradiza mostraba lo intimidado que estaba.

-- ¡Hableme de frente, huevón! -- le dijo el teniente en voz alta deteniendo su paso firme frente a él. Dígame, de quién es la carga.

-- Es de don Luverio -- respondió el hombrecillo de bigote canoso y aspecto famélico. El dueño de la abarrotería de Palma Grande.

152 - Los vamos a requisar -- le dijo el teniente. Tenemos reporte de que hay gente tratando de meter contrabando y el nuevo jefe no va a dejar que le vean la cara de pendejo.

Los obligaron a soltar las lonas y estaban a punto de subir para requisar el primer camión cuando se apareció un hombre de porte muy formal vistiendo una guayabera negra con bordados dorados, pantalones blancos y zapatos de cuero negro.

-- ¡Señores! -- dijo llamado la atención de todos. ¿Qué pasa aquí?

-- ¿Usted quién es? -- le dijo el teniente al momento que dos de los soldados encañonaron sus armas en dirección al hombre.

-- ¡Tranquilos, señores! -- levantó las manos y se acercó en dirección al teniente. Vea, teniente, si nos tranquilizamos todos y me permite unas palabras -- sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno al teniente. ¿Usted fuma? El teniente hizo tomó un cigarrillo y luego que el hombre le acercara un fósforo para encenderlo, le hizo un gesto a los hombres para que bajaran las armas.

-- Mi teniente -- le dijo el hombre extendiéndole la mano. Mi nombre es Bernanto Buenavencio y es un placer saludarle -- le dijo. No hay razón para alterarse ni perder la perspectiva. La carga que estos hombres llevan es de mi propiedad. Me la envía el mismo Luverio 153 ardenasas.

Conseguí un buen precio por tan buenos granos -- concluyó.

El teniente dió un sorbo al cigarrillo y volteó al hombrecillo famélico que era el reponsable de la carga.

-- ¿Eso es cierto? -- le dijo.

-- Si, teniente -- respondió. Don Luverio me dijo que en Monarcas lo iba a recibir un tal Don Bernanto.

-- Como sea, si quieren pasar, uno de los camiones se queda -- dijo el teniente.

-- Mi teniente -- le dijo Bernanto pasando su brazo sobre su hombro.

Seamos razonables. No es necesario que tengamos un problema. No sería sano para usted y no sería productivo para mi -- le dijo.

-- ¡Mire, don quien sea! -- respondió el teniente. Usted no me va a dar ordenes. ¿Le queda claro? -- le dijo. Un camión se queda o de aquí no sale nadie. ¡Y el que se quiera volar, me lo echo! Bernanto gesticuló con la cabeza y riendo dió la orden -- ¡Salgan! Para que vea que no estamos jugando aquí.

De la oscuridad de los callejones y entre los matorrales fueron saliendo un grupo de hombres armados con fusiles automáticos que los rodearon completamente.

-- ¡¿Se da cuenta, mi teniente?! -- le dijo Bernanto. Tengo mas fuerzas que usted. De manera que, o sale todo, o todos nos morimos aquí mismo. ¡¿Qué dicen ustedes?! -- les dijo a los soldados. ¿Están listos para morirse ahorita mismo? La situación había llegado al extremo tensa. El teniente tiró la chiva de cigarro y apuró a sus hombres a subir al jeep y se marcharon sin decir más palabra.

Bernanto ordenó que subieran a los camiones, cada uno con su escolta armada, y salieran inmediatamente sin detenerse. Todo había salido de maravilla.

Después que los camiones habían salido, el jeep regresó. Nada mas venía el teniente. Bernanto se subió y se fueron en dirección a la salida opuesta de la ciudad. Ambos, Maurino y Altair se reían del teatro que acababan de montar. Todo había sido parte del plan para que Altair entrara en el círculo de los grandes. Maurino había conseguido los uniformes y las armas de uno de los buzones que conocía de tantos que había en la montaña. Los hombres, tanto los militares como los de Bernanto, habían sido contratados por Maurino para montar la jugada. Los que iban en los camiones, después de pasar tres poblados se bajarían sin dar

explicaciones.

A los tres días, Altair regresó a Palma Grande y se presentó con don Luverio. Fué tal la sorpresa que no pudo ocultar la expresión de asombro.

-- ¡Altair! -- le dijo. Que tal, pase adelante.

155 o dirigió hacia su oficina y cerró la puerta.

-- ¿Cómo le fué? -- le preguntó. ¡Cuénteme! ¿Qué pasó?.

Altair desestimó la reacción de don Luverio y actuó como si nada extraño hubiera ocurriendo. Le contó su versión de la historia. Lo que hacía falta para completar el rompecabezas.

Altair le contó que, cuando llegó a la estación portuaria, lo habían detenido y le requisaron la maleta.

-- Cuando encontraron que lo que llevaba era droga, me llevaron preso y se llevaron lo que había en la maleta -- le dijo.

En realidad, Altair le entregó la carga de la maleta a Maurino para que con eso pagara a los hombres con los que montaron su operativo.

-- Después, los escuché hablar sobre una gran carga que entraría por la noche y que también los iban a quebrar -- continuó el relato. Don Luverio, yo puedo ser joven, pero no soy tonto. Yo se que para pasar la carga grande, tenían que dejar un señuelo -- le dijo.

Don Luverio escuchaba detenidamente cada palabra que le decía Altair, pues, no salía del asombro y le preocupaba que algo hubiera salido mal con el envío. Don Cecilio no tenía fama de indulgente cuando le fallaban en los embarques.

-- No tengo ningún resentimiento -- continuó Altair. Yo entiendo de esas cosas. Pero, entonces, me las ingenié para zafarmeles a los guardias y cuando ya les estaban montando la jugada a los hombres 156 ara quitarles la carga, les logramos salir al paso y el embarque salió sin problemas -- le dijo.

-- Pero, ¿cómo hiciste? -- le preguntó don Luverio. ¿Vos solito te enfrentaste a los militares?

-- No, conseguí ayuda con una gente que me debía unos favores y logramos montarles una jugada ahí que nos funcionó -- le dijo. Al final, engañamos a los piricuacos y sacamos el embarque sin problemas.

El viejo se quedó atónito después de escuchar lo que le relató Altair.

-- Esperame -- le dijo. Dame un minuto.

Corrió hacia la oficina al fondo de la bodega e hizo una llamada. Luego de un rato, regresó.

-- ¡Mi amigo! -- le dijo. Estoy en gran deuda con usted. Me acaban de confirmar que lo que me cuenta en verdad sucedió y que de no haber aparecido, se nos hubieran ido con la mercancía los piricuacos hijueputas.

-- Si, pero, ahora yo estoy en problemas, don Luverio -- le dijo Altair.

Soy un prófugo. Tuve que venir metido entre los termos hediondos en la bodega de un barco pesquero para poder regresar.

-- No se preocupe, mi amigo -- le respondió. Eso lo podemos arreglar con nuestro amigo aquí en la jefatura. Por lo pronto, ¿Tiene dónde esconderse para mientras? 157 - Si, no se preocupe -- respondió. Tengo donde quedarme por unos días.

-- Bien, deme unos días y yo le aviso cuando podrá regresar -- le dijo.

Sólo dejeme una manera de hacerle llegar razón.

Los días siguientes, don Luverio se reunió con sus socios para discutir el asunto. Don Cecilio, de hecho, expresó su sospecha sobre la intervención de Altair. Sin embargo, don Luverio les explicó, en las mismas palabras, todo lo que Altair le había narrado.

-- ¡Lo importante, es que el chico es leal! -- les dijo apelando a su confianza. Salvó la carga y no se perdió ni siquiera el señuelo.

El jefe de policía refutó la historia de Altair diciendo que todo ya estaba coordinado y que no hubieron filtraciones. Sin embargo, ya en una ocasión anterior, don Cecilio mantenía algo de desconfianza respecto del jefe de policía. De manera que, la historia de Altair hasta cierto punto encajó muy bien y dió lugar a que se ganara una oportunidad de acercarse al círculo de confianza del capo.

-- Vamos a probarlo con otra carga y si nos sale retorcido, su amigo don Luverio, le vamos a dar el agua -- dijo don Cecilio. ¿Está de acuerdo?

-- ¡De acuerdo! -- respondió don Luverio. Sería definitivo. Pero, que quede constancia -- añadió. Que si no se le comprueba falta, tendrá nuestra confianza y el respeto de todos.

158 odos estuvieron de acuerdo y al siguiente día, los asuntos pendientes que podría haber tenido Altair desaparecieron.

Durante los meses siguientes, Altair montó un negocio de materiales ferreteros en sociedad con don Luverio. El viejo aceptó para poder observar los movimientos de Altair de cerca. Sin embargo, con la ayuda de Maurino, Altair conseguía siempre llevar sus operaciones sin que don Luverio tuviera siquiera la mínima sospecha.

Poco a poco, Altair fué reuniendo las piezas y armando el rompecabezas de la muerte de su hermano. Obviamente, con lo que Maurino le conseguía entre cada una de las misiones que le encomendaba tanto de las operaciones con don Luverio y otras que don Cecilio le encomendaba personalmente. Poco a poco, Altair fué ganando la confianza del capo y se iba acercando al círculo de la cúspide de poder. En ocasiones, don Cecilio lo invitaba a las recepciones que hacía para los jefes militares, de policía y delegados.

Incluso, lo acompañó a una recepción con el presidente de la república en la que don Cecilio le presentó al jefe del estado mayor del ejército y a otros grandes dirigentes políticos. La recepción era en el hotel Mansión Teodolinda y en ella se reunía la más alta alcurnia política del país.

La forma tan sigilosa y eficiente con que Altair manejaba las operaciones y cada misión que don Cecilio le encomendaba personalmente fueron permitiendo que ganara terreno hasta convertirse en el segundo jefe, por encima de don Luverio. El jefe de la 159ª, el gobernador, el jefe de la policía y el alcalde coordinaban directamente con Altair todas sus solicitudes y los planes de cada movimiento que se iba a hacer.

Poco a poco, Altair fué haciendo caer a los que Maurino señalaba como principales implicados en asesinato de su hermano o como colaboradores. Más adelante, el haber probado el poder y sentir que estaba en la cúspide sumado al rencor que llevaba en su corazón, fué carcomiendo el alma y corrompiendo la nobleza que lo caracterizaba.

En una de sus asistencias a recepciones en compañía de don Cecilio en la que se cruzó con los ojos que una vez miró con el cariño de un amigo, pero que, en esa ocasión, lo cautivaron y despertaron en él un atavismo de sensaciones sin precedente ni explicación. Eran los ojos de una trigueña esvelta, de caderas delgadas y piernas largas. El cabello láceo le caía hasta los hombros. Vestía un largo vestido rojo de coctel con un hermoso collar y pendientes de brillantes. El cruce de las miradas provocó una sonrisa espontánea en los labios rojo carmesí de la dama. Altair impávido por la irrealidad de la escena, se disculpó con su anfitrión y caminó hacia ella. Tomó un par de copas de champagne y, al acercarse, le ofreció una a

la dama.

--¡La ocasión de este encuentro y tu incomparable belleza, son el motivo perfecto para un brindis! -- le dijo Altair.

Ella tomó la copa de su mano, sonrió y luego le dijo: 160 -Después de tanto tiempo, me reconociste - su rostro sereno marcó unos oyuelos al sonreírle nuevamente y surgió un leve rubor en el rostro de Altair. ¡Salud! -- continuó y chocaron las copas.

Su perfume, la apariencia sedosa de su piel y el brillo de sus ojos y su cabello fueron la chispa que encendió una ardiente pasión que se había contenido por el transcurso de los años.

Katerina se había transformado en una mujer muy hermosa. Su esfuerzo y dedicación le permitieron obtener una beca para estudiar relaciones internacionales en la universidad centroamericana y había obtenido un puesto muy importante en la embajada norteamericana.

Era una mujer fuerte, independiente. De gran tezón y carácter. Había sacado a su familia a flote y vivía en la capital. Pagaba los estudios de sus hermanas y la casa de su madre en los suburbios.

Los hombres se rendían a sus pies, mas, ella no los tomaba con seriedad. No se había casado aunque ya le habían hecho ofertas algunos personajes reconocidos. Había aprendido, por la experiencia de su padre, que hay hombres por los que una mujer no debe arriesgar nada. Que su mayor prioridad debía ser el éxito en su profesión, su familia y encontrar la felicidad con quien llegara a ser verdaderamente digno de su confianza y de su amor.

Sin embargo ese momento, sutil, flagrante de atracción y deseo por lo que no fué, talvéz por timidez, talvez por mantener la pureza de la amistad. Ese momento, inundado de alteraciones químicas corporales 161 suspiros recortados, había inducido la duda que faltaba para que se abrieran las puertas del amor en Katerina.

Después de vaciar sus copas, se retiraron y caminaron por el jardín a través de los caminos de piedras rodeados de zarzas y refrescados por la brisa que sonaba tranquilamente entre la copa de los frondosos laureles. Altair evadía por todos los medios el tema del padre de Katerina. Procuraba preguntarle sobre su desarrollo en su carrera, sus experiencias en el extranjero y sus expectativas. También le contaba sobre sus viajes por todo centroamérica y cómo conoció personalmente al presidente de la república en la última recepción en la casa presidencial.

El tema del padre nunca surgió. Ella había tomado la decisión de sepultarlo en su corazón guardando la última linda imagen que tenía en su

recuerdo de su padre. Altair, sabía que no podría dar una explicación lógica y su silencio era la mejor defensa que tenía.

La velada se desarrollo entre recuerdos y risas rociadas de nostalgia bajo un hermoso cielo lleno de estrellas en una noche fresca sentados en la banca debajo de un hermoso árbol de malinche.

Al siguiente día, Katerina recibió una llamada inesperada.

-- ¡Aló! ¿Katerina? -- decía la voz al teléfono.

-- Si, soy yo -- respondió ella.

162 n ese instante tuvo la sensación de que la noche anterior le había dado su número de teléfono a Altair al despedirse. Sin embargo, no había ocurrido tal cosa. Altair vió más información de la que ella compartía en su conversación y entre todo ese raudal de recuerdos y emociones encontró el número de teléfono del apartamento donde residía Katerina. El rose de sus dedos había dado un toque extrasensorial, casi eléctrico, en todo lo que percibía de ella.

-- Soy Altair -- continuó la voz al teléfono. Me preguntaba si ¿te gustaría acompañarme a almorzar hoy? -- le dijo.

Luego de titubear un breve instante revisando su agenda del día, ella respondió:

-- Me parece bien -- le dijo.

-- ¡Excelente! En el restaurante La Marseillaise a las doce. ¿De acuerdo? -- dijo Altair.

-- De acuerdo -- respondió ella.

Altair se vistió con una camisa blanca de algodón y un traje azul marino con el cuello desabrochado y zapatos negros. Ella se presentó puntual con un traje casual compuesto por una blusa blanca de cierre volado con un blazer rosado y una falda corta color azul con unos tacones altos color negro.

Él la notó entrando con un peculiar estilo al caminar que, en conjunción con su atuendo y el perfume que llevaba, provocó una 163 ueva marejada de emociones intensas que no pudo contener. Se puso de pie y la recibió con un beso en la mejilla. Retiró la silla para que ella se sentara y la acomodó a la mesa.

-- ¡Hola! Cómo estás -- le dijo, levemente exhaltado.

-- Muy bien, gracias -- respondió ella. Me sorprendió tu llamada. No recuerdo haberte dado mi número. Tal vez sí, pero no lo recuerdo con claridad.

Altair sonrió y le hizo una insinuación de que tal vez por sus muchas ocupaciones se le haya pasado tal detalle.

-- Pero, no te importa que te haya llamado -- le dijo. ¿O sí?

-- En realidad, no -- le respondió.

-- Lo de anoche, haberte encontrado así, fué más que casualidad -- le dijo Altair. Jamás habría considerado siquiera la posibilidad de que las circunstancias nos llevaran a ese encuentro tan sublime y especial.

-- Tengo que confesarte que para mí fué algo tan inesperado como gratificante -- dijo Katerina. La verdad, me he desarrollado profesionalmente y he tenido la oportunidad de conocer muchas personas importantes y reconocidas. Pero, entre todas ellas, no he encontrado alguien con quien pueda ser yo misma. Alguien con quien sincerarme y sentir la confianza plena de expresarme libremente -- continuó.

164 e acercó el mesero y preguntó si podía servirles algo de tomar. Altair pidió un whiskey doble en las rocas y ella un Martini seco.

Para comer, ella pidió Fettuccini Alfredo y él pidió un filete Jack Daniels. Cada uno acompañado con vino blanco y rojo respectivamente.

Conversaron sobre las cosas que habían quedado pendientes y luego vino la pregunta que había estado girando en la cabeza de Altair y para la cual no había encontrado respuesta en la información que tenía de Katerina.

-- ¿Por qué no te has casado aún? -- se atrevió a preguntar una vez habían terminado y retirado los platos. Se quedaron consumiendo una botella de vino tinto.

-- Cuando tuve la oportunidad de estudiar con una beca, me prometí hacer todo el esfuerzo necesario y el sacrificio que hiciera falta para coronar la carrera -- le dijo. Aunque eso significara renunciar por todo ese tiempo al amor. Después de eso, el pensamiento de una relación me pareció una distracción efímera a la que no daría importancia -- concluyó.

El tiempo fué pasando entre encuentros que se llenaban de miradas y propuestas entre letras. Siempre que viajaba a la capital, Altair procuraba

encontrarse con Katerina en algún café o un restaurante.

Llegó la fecha del cumpleaños del presidente y Altair acompañaría, como ya era oficial, a don Cecilio. El capo ya controlaba todo el 165 erritorio del Caribe y parte de las operaciones del norte. Cordinaba las operaciones de trasciego y transporte interno. También estaba a cargo de las operaciones de lavado en las numerosas empresas de don Cecilio. Ambos se habían convertido en grandes hombres de negocios, entre los que figuraban una linea importante de hoteles y restaurantes y una importadora, y pasaban mucho tiempo en la capital en reuniones de trabajo y recepciones con grandes amigos de la alta sociedad civil y política del país.

La velada transcurría con calma. Habían preparado música en vivo y variedades para entretener a los invitados. Luego, llegó el momento del discurso del festejado y los invitados se reunieron en el salón principal del palacio nacional. Ahí estaba Katerina. Usaba un vestido ajustado, casual, color blanco, un poco corto. Llevaba sandalias altas y el cabello recogido. Altair se acercó sutilmente por detrás y le susurró al oído.

-- Estoy planeando un escape y necesito una cómplice. ¿Te apuntas? Ella reconoció la voz y sonrió sin voltear.

-- Estaba necesitanto una propuesta de esas -- le dijo.

Él la tomó de la mano y se apresuraron hacia la puerta. Una vez en el carro, ella le preguntó donde irían. Altair conducía el chevy impala del 67 color negro que se había comprado el día de su cumpleaños.

166 - Esa fiesta cada vez estaba subiendo el nivel de aburrimiento -- le dijo. Vamos al Lobo Jack. ¿Te parece? -- continuó. Quiero bailar un poco y tomar hasta reventar. Hoy es noche de parranda.

-- Me gusta esa idea -- respondió Katerina. Aunque, me preocupa que no sepas bailar. Jamás te he visto bailar -- le dijo.

Eran las nueve de la noche de un sábado. La noche era jóven y en el club la población se divertía. En la pista se aglomeraban las parejas bailando a ritmo de merengue, salsa, cumbia y rock n' roll, rozando sus cuerpos en éxtasis y embriagándose con las luces, las bebidas y el deseo.

Entraron y se sentaron en una mesa cerca de la pista de baile. En ese instante, sonó un tema muy popular de Joe Arroyo y él sintió saltar su corazón al ritmo de la música. La tomó de la mano y se dirigieron apresurados a la pista. Altair era un gran bailarín de salsa. Amante de la musica y rumbero de corazón. Esa noche bailaron y tomaron hasta las dos de la madrugada. Se retiraron al hotel y dieron libertad a la pasión.

Tan pronto entraron a la habitación del hotel, sus ropas sudorosas cayeron al piso. Se despojaron a prisa de todo lo que llevaban encima mientras se besaban con furor. Cayeron sobre la cama y ella desde el primer instante tomó el control. Él trató de someterla, pero ella le dió vueltas y se acomodó sobre él con sus piernas rodeando sus caderas a horcajadas para que no se liberara. Cuando trataba de tocarla, ella 167 partaba sus manos y las sostenía con fuerza contra la cama. Sus cuerpos ardían en deseo y él respiraba profunda y agitadamente al ver el escultural cuerpo de Katerina contorsionando sobre él. Sus hermosos pechos, firmes y redondos, con sus pezones rígidos apuntando hacia él lo invitaban a besarlos y chuparlos, pero ella lo retenía. Ella mandaba en este juego y disfrutaba tener el total dominio y control.

Altair se sometió y ella comenzó besando su cuello. Él seguía intentando tocar sus pechos y sus caderas, pero ella le daba fuertes palmadas en las manos y lo abofeteaba para reafirmar su dominio.

-- ¡No toques, si no te doy permiso! -- le decía.

Él se deleitaba con cada caricia, cada instante al sentir su piel como era acariciada por los pezones rígidos a medida que ella recorría su cuerpo con sus besos. Se acomodó y le dió una felación que lo hizo volar como nunca antes. Ella se excitó al sentirlo crecer en su boca y de inmediato se colocó nuevamente a horcajadas sobre él y fué dirigiendo su pene lentamente dentro de ella con suaves y sensuales movimientos de su cadera guiándolo con su mano. Cuando entró en calor, dejó que él la abrazara y tocara sus pechos y los besara de forma tan ardiente que la llevaron a tener un primer orgasmo. La tomó por las caderas y la presionó con fuerza mientras volvía a subir la intensidad y sus movimientos cada vez más rápidos y tempestuosos la llevaban una vez más al cielo y explotaron juntos en un orgasmo convulsionante.

168 inalmente, agotados y en total éxtasis, cayeron en un profundo sueño. Ella recostó su cabeza en el pecho de Altair cual si de una indefensa y sumisa chica se tratara.

Al amanecer, las primeras luces del sol despertaron a Altair, quien todavía roncaba en un profundo sueño. Tenía aún la sensación de ella recostada en su pecho. Ella se había marchado sin dejar aviso alguno.

Altair llamó a su oficina y a su apartamento los días siguientes. No la encontró. Tuvo que regresar a Palma Grande para atender asuntos pendientes.

Los encuentros entre Altair y Katerina se continuaron cada vez que él viajaba a la capital. Ambos disfrutaban plenamente de la copañía del otro, pero ella no se involucraba mientras él se enamoraba cada vez más. Le regalaba ropa, zapatos y joyas costosas. Estaba perdidamente

enamorado. Estas cosas no tenían mucho valor para ella. En realidad, su apariencia engañaba. Pues, no se trataba de una chica materialista ni frívola. Sensillamente, disfrutaba los encuentros, pero no se permitía la oportunidad mínima de enamorarse y aceptaba los regalos por temor a que si los rechazaba Altair se alejaría y aquella fantasía, aunque fuere efímera, se acabaría. En el fondo, inadmisiblemente ella mantenía mucho cariño y crecía un amor que no podía expresar. Ella misma se lo prohibía y cada día, cada vez que se encontraban se repetía a sí misma que no se debía enamorar.

169 - Quiero que vivas conmigo -- le dijo Altair en uno de sus encuentros amorosos. Dejemos de vernos a escondidas y llevemos esto a otro nivel. Quiero que seas mi mujer -- continuó mientras ella se vestía frente a sus ojos.

Su hermosa silueta contra la luz del sol de la mañana, el aroma de su piel fresca recién bañada, eran el escenario ilusorio que lo hacía soñar con una vida juntos. Un futuro en el que solo existieran ellos para vivir su amor a plenitud, en éxtasis perpétuo.

Ella terminó de ajustarse el sostén y aún en ropa interior subió por el extremo de la cama como una leona sobre su presa. Reposó sobre su pecho, le dio un beso y sonrió.

-- Imposible, amor mío -- le respondió. Vos tenés compromisos de esposo allá donde vivís y yo no estoy para juegos -- continuó. Mi carrera, mi profesión y todo lo que me falta por forjar, lo he hecho con el propósito de tener el mayor éxito y no para ser la segunda de nadie.

Así que, más vale que olvides esa idea o nuestros encuentros se acaban aquí mismo.

Se vistió rápidamente en la siguiente habitación y se marchó. Altair no pronunció palabra alguna. Estaba atónito por la sorpresa. Jamás pensó que ella llegaría a averiguarlo. Luego, recapacitó en que su popularidad había crecido a niveles muy altos y su vida personal sería expuesta.

170 Itair tenía un año de haberse casado con la hija mayor de don Luverio. La boda había sido en ciudad Catalina, lugar de donde era originario don Luverio y su familia. La ceremonia fué un poco conservadora a la que solo asistieron familiares y unos pocos invitados especiales.

La siguiente semana se desencadenarían una serie de eventos que darían un gran giro a los planes de Altair y al rumbo que llevaría su vida. Había depositado mucho poder en su abuelo Maurino quien, bajo la fachada de la investigación del crimen de Luis Alberto, había secuestrado, torturado y

ejecutado a personas en diferentes comunidades.

Altair se trasladó a la comunidad de Nueva Ceiba. Ahí debía establecer las instalaciones de una aserradora. El segundo día de trabajo ya habían descargado todos los materiales para la primera etapa y estaban negociando con un grupo de trabajadores cuando se desencadenó una balacera.

Pobladores de tres comunidades vecinas reconocieron a Maurino y reunieron cerca de treinta hombres armados. El plan era ajusticiarlos ese día.

El pueblo permaneció asediado por cinco horas de balacera. Los hombres de Maurino siempre viajaban armados y apertrechados, por lo que soportaron el ataque y repelieron a los campesinos. Al final del combate, habían seis hombres muertos y un herido de gravedad. Los 171 emás huyeron hacia la montaña. Cuando Maurino se disponía a rematar al herido para que no dijera nada, Altair se apresuró hacia él y lo detuvo.

-- ¡Un momento! !Esperai -- le ordenó. No lo mates. Quiero saber por qué nos atacaron.

Puso sus manos extendidas sosteniendo la cabeza del moribundo. El pobre hombre respiraba sus últimos instantes de vida, pero bastó para que Altair descubriera lo que estaba ocurriendo a sus espaldas.

En las últimas imágenes de los pensamientos de aquel hombre estaba Maurino claramente identificado con un grupo de cinco hombres armados. Habían secuestrado a tres familias de diferentes comunidades a los que violaron y torturaron durante dos semanas. Al final, fueron descubiertos los cuerpos mancillados de las mujeres y niñas por un grupo de campesinos que se había dado a la tarea de su búsqueda. Los cuerpos desmembrados de los hombres fueron encontrados a pocos metros del sitio en una fosa abierta. El hombre había presenciado el momento en que secuestraban a una de las familias. Era tío de uno de los hombres ejecutados y su casa estaba a unos diez minutos de camino. Desde su casa corrió al oír disparos y solo alcanzó a ver a Maurino y sus hombres tomar el camino con su sobrino y su familia amarrados y amordazados. La impotencia de saberse desarmado y su familia indefensa en su casa impidieron que 172 nterviniera ese momento. Fué quien corrió a dar aviso a las autoridades, quienes dispusieron formar la comitiva de búsqueda.

Altair, de rodillas y con sus manos rodeando la cabeza del hombre que acababa de expirar, entró en un profundo desconcierto. Estaba atónito de la impresión. Jamás habría concebido que Maurino sería capaz de tal atrocidad. Pero, también, alcanzó a entender de que sus motivos, aunque para él desconocidos, eran muy fuertes y significaba que debía ser en extremo cuidadoso. Debía ser cuidadoso, primero, de no reaccionar de tal

manera que se viera revelado el propósito del ataque, y segundo, que Maurino, conociendo el don de Altair, estuviera convencido de que no había encontrado información que lo expusiera ante su nieto.

Sin una expresión clara en su rostro, Altair se incorporó y dijo:

-- Está muerto. Falleció sin decir una palabra.

Maurino examinó su rostro en busca de alguna expresión que le revelara lo contrario y luego ordenó a sus hombres que recogieran los cuerpos para que los identificaran.

-- No te preocupes, Altair -- le dijo. Yo me encargo de esto con las autoridades. Vos prepará todo para que salgamos mañana temprano.

Ordenó que uno de sus hombres permaneciera con Altair y lo siguiera a donde quiera que fuera.

173 eis meses después, el asunto no había pasado a mas. No hubo divulgación y se presumía olvidado. Altair, sin embargo, se empezó a distanciar y le encomendaba tareas menores a Maurino. Tareas que no involucraran su presencia en las comunidades. Le encomendaba misiones que le permitieran darle seguimiento. Lo mantenía más cerca y visible. Maurino, por otro lado, fué observando la tendencia y empezó a distanciarse. Se desaparecía por ocasiones y un día no se volvió a saber de su paradero.

Altair tuvo que viajar a la capital para ordenar algunos asuntos de negocios y dirigir el envío de una carga importante. Se había desligado completamente de los negocios de don Cecilio, después de su muerte por cáncer hacía ya tres meses, y manejaba sus propios negocios.

Quería enderezar sus pasos y hacer las cosas legalmente.

Estando en la capital, supo que el asunto del conflicto en Nueva Ceiba había trascendido a las organizaciones de derechos humanos por divulgación de una organización en particular. La organización en la que Katerina era una activista muy fuerte. La muerte sin resolver de su padre la impulsó a iniciar una fundación observadora de los derechos humanos en las zonas rurales de la costa del país. Los sobrevivientes al enfrentamiento dieron a conocer todo lo acontecido y la fundación trasladó a los principales líderes a comparecer ante organizaciones internacionales de derechos humanos.

Debido a que el tema no había alcanzado ser escuchado en las cortes de justicia, se desataron una serie de manifestaciones de protesta 174 llamando justicia en las calles. En el marco de esas protestas, la fundación de Katerina también había denunciado usurpación y la toma ilegal de

tierras de los campesinos en la zona del conflicto a manos de la empresa maderera de la que Altair era socio mayoritario. Todos estos casos, al igual que las ejecuciones perpetradas por Maurino, no eran del conocimiento de Altair quien, al enterarse de lo ocurrido, ordenó cancelar todo tipo de apoyo a las operaciones de Maurino.

Ordenó que se le sacara de la nómina y que le fueran canceladas todas sus cuentas y todo acceso a recursos financieros, materiales y de toda índole para los que tenía acceso a través de Altair y sus empresas. Altair no iba a proceder legalmente contra Maurino ni buscaría apresarlos. Después de todo, era su familia, su sangre y para él "ningún motivo terrenal deberá ponerse antes de la familia y no se traiciona la sangre, porque traicionar la sangre es maldecir el alma".

Las acciones emprendidas por Altair enfurecieron a Maurino. Pero, eso no provocó que saliera de su clandestinidad. También mantenía un fuerte e inquebrantable respeto por los lazos de sangre. Reunió sus recursos y formó un grupo de choque. Sus planes eran callar las voces de los denunciantes antes de que revelaran su identidad.

Se perpetraron varios ataques a los denunciantes y a las instalaciones de la fundación de Katerina. En el último ataque, Altair fué informado de que habían retenido a varios funcionarios de la fundación, Katerina se encontraba entre ellos, y pidió personalmente al jefe de la Policía Nacional que enviara patrullas para reducir a los atacantes. Los 175 ehenes fueron liberados y se capturaron a dos de los atacantes. Uno de ellos fué herido de gravedad.

Katerina había resultado con una herida superficial en el fuego cruzado entre la policía y los secuestradores. La herida no era de gravedad. Sin embargo, entró en una crisis nerviosa y la remitieron a un hospital para ser atendida.

En el hospital, Katerina fué puesta en observación para controlarle los nervios mientras le atendían la herida. Altair se presentó de inmediato.

Ella se encontraba consciente y le contó los detalles de lo sucedido.

Altair podía percibir plenamente el terror que escuchaba en las palabras que le expresaba ella y entre las imágenes de los recuerdos que recibía de ella, podía reconocer claramente los hombres de Maurino entre los secuestradores. Sin embargo, nada de lo que recibía le permitía relacionar los hechos con Maurino ni establecer el móvil de sus acciones. Todo era muy confuso ya que no lograba relacionar las acciones violentas con la investigación y la búsqueda de justicia por Luis Andrés que había encomendado a Maurino.

Altair se enteró que el herido de gravedad había sido trasladado al mismo hospital donde se encontraba Katerina y lo atendían en una sala cercana. Pensó en entrevistar al hombre y esperó el momento en que no estuviera cerca el personal de enfermería. Pero, lo encontró inconsciente. Se acercó sigilosamente y colocó su mano sobre el antebrazo del hombre. Lo que percibió lo dejó atónito. Altair permaneció perplejo por cerca de cinco minutos y cada vez se iba sintiendo más perplejo e indignado por las cosas de las que descubría a través de los recuerdos y emociones que veía de aquel hombre.

Cuando Altair abandonó las instalaciones del hospital, las lágrimas rodaban por su mejilla. Maurino lo había engañado y lo estuvo utilizando todo el tiempo desde el primer día que juró hacer su mayor esfuerzo por investigar la muerte de Luis Andrés para hacerle justicia a su memoria.

Maurino guardaba aún mucho rencor hacia un número de personas que, según él, habían tenido que ver con el ataque de aquella noche que lo separó de su amada Briselda y de su hijo. Había eliminado a los que pudo por sus propios medios. Sin embargo, le había perdido la pista a dos de los que buscaba. Se habían convertido en productores.

Uno en el campo, como ganadero y el otro en la industria de la madera.

Cuando Maurino mató al padre de Katerina, encontró documentos entre las cosas que guardaba y descubrió que había trabajado como peón en una de las aserradoras del hombre que buscaba. Todo lo que ocurrió después de ese trágico y desafortunado evento, fue parte de los artificios y planes maquiavélicos de Maurino y su sed ciega por una venganza sórdida y absurda.

La muerte de Luis Andrés había sido orquestada minuciosamente por Maurino. Esa noche, le hizo llegar un mensaje anónimo como si se tratara de un recado de su jefe que le ordenaba regresar a la bodega 177 a revisar una carga que sería despachada el día siguiente y verificar la documentación. Luis Andrés revisó la carga y mientras verificaba la documentación, escuchó la conversación entre un grupo de personas en la oficina de don Luverio. Las personas involucradas en esa conversación eran el mismo don Luverio, su hijo Epistémido, don Cecilio y quien se habría de convertir en el representante de asuntos del Caribe en la secretaría de la presidencia, don Calataz Carminia. Este último era uno de los dos que Maurino perseguía. Era dueño de muchas tierras al sur de Palma Grande. Cuando descubrieron la presencia de Luis Andrés, ya habían revelado muchos detalles de las operaciones contrabandistas que se desarrollaban en diferentes territorios y más importante los detalles del próximo movimiento que se haría los próximos días.

La idea inicial de Maurino, era que tanto Luis Andrés como Altair se volvieran proscritos dentro de la organización. Pero, el pánico se apoderó

de Luis Andrés quien, al verse descubierto, salió huyendo de la bodega bajo una fuerte lluvia durante un apagón en la noche más oscura del mes.

Confundido, quiso evadir las calles por donde lo podían localizar con facilidad y tomó callejones oscuros. Uno de esos callejones conducían hacia el crique del muerto. Las pesadas gotas de la lluvia abundante en su rostro y la oscuridad de la noche, sumados a la reducida visión de la que padecía Luis Andrés, no le permitieron ver el rumbo que llevaba a tropiezos y cayó a las aguas del crique. Luis Andrés no volvió a salir con vida. No sabía nadar y nadie escuchó los magullados sonidos mientras se hundía entre los escombros arrastrados por las turbias aguas rebeldes y desbordadas del crique.

De ahí en adelante, Maurino planeó con detenimiento cada acción de manera que lo llevara más cerca de alcanzar su propósito de venganza.

Todas estas cosas le fueron reveladas a través de las memorias y las emociones que Altair recibió de aquel hombre moribundo en el hospital.

Calataz Carminia era una de las dos personas que Maurino perseguía.

La otra, resultó ser también parte de la organización con la que Altair, años después, haría negocios en la capital. Era la persona para la cual trabajó el padre de Katerina y de donde Maurino sacó la información que lo llevó a armar todo el tinglado. Su nombre era, Kaledonio Esturio.

Los primeros años, en los tiempos en que ocurrió la muerte de Luis Andrés, Kaledonio Esturio era el dueño de dos aserríos al norte de Palma Grande. Aserríos que le vendería años después a Altair luego de que la gente de Maurino generara conflictos que atentaron contra la seguridad de quien trabajara ahí y en las bodegas madereras. Se trasladó a la capital, donde fue perseguido por las acciones vandálicas y violentas de Maurino hasta arruinarlo. Maurino ejecutó a don Kaledonio en su propia casa e hizo que todo pareciera un accidente.

Un voraz incendio consumió toda posible evidencia que lo relacionara con los hechos.

Todas las piezas del juego a Maurino le estaban saliendo conforme a su plan. No obstante, la alteración en el curso de los eventos inició cuando Altair se encontró con Katerina. La influencia de ella hacía que Altair alterara todos los planes que originalmente habían sido organizados por Maurino o de alguna manera incluyera algún factor que no coadyuvaba en los propósitos planteados.

Tan pronto Altair estuvo de regreso en Palma Grande, reunió a seis de sus hombres de mayor confianza y les encomendó la tarea de localizar y

capturar con vida a Maurino.

Pasaron dos meses sin que se supiera nada sobre el paradero de Maurino. Altair decidió sacar a su familia del país por temor a que Maurino tomara algún tipo de represalia o los utilizara para llegar a él de alguna forma atroz. No concebía siquiera la idea de que su propia sangre se hubiera vuelto contra él, pero conocía las cosas de las que su abuela era capaz de hacer.

Siendo que todavía quedaba una persona con vida de la que Maurino no había cobrado su venganza, la posibilidad de que éste se apareciera en cualquier momento permanecía latente. Mientras no se conociera de su paradero, la locura en que se había sumido Maurino era un peligro inminente.

180 uego de sacar a su familia del país, Altair se quedó a vivir en el apartamento de la capital. Así podría proteger a Katerina teniendola más cerca. Se dedicó a acompañarla todos los días desde su apartamento a su oficina y viceversa.

Un día, Altair tuvo la visita de su suegro y hubo una acalorada discusión. Don Luverio se había enterado de la relación entre Altair y Katerina. Supo, además, que Altair le había regalado un auto a inicios del año.

-- ¡Confié en que serías un hombre que honraría a mi hija! -- le reprochó don Luverio. Y te venís a revolcar con una vagabunda que solo le interesa tu dinero -- le dijo.

Altair no le refutó ningún reproche. Era un hombre cabal y comprendía la falta por la que lo achacaba. Sin embargo, el enojo de su suegro era la menor de sus preocupaciones. Aún no se daba con el paradero de Maurino.

Se apresuró a ver el reloj y notó que se había retrasado.

-- Disculpe, vamos a tener que seguir esta conversación en otro momento, don Luverio -- le dijo. Tengo una reunión importante con un cliente y ya voy muy retrasado.

Salió con toda prisa en dirección a la oficina de Katerina para acompañarla a su apartamento.

181 aterina no lo espero. De hecho, la escolta no le venía muy placentera y se marchó sola en su vehículo. Eran pasadas las seis de la noche.

Ella parqueó el vehículo detrás del edificio. Cuando, de pronto, una sombra se incorporó de entre las sombras de los motetes de basura que habían en un rincón del callejón. A medida que la sombra se le fué

acercando, logró notar que le apuntaba con un arma.

--¿Quién es usted? -- preguntó. ¿Por qué hace esto? ¿Quién lo envía?

-- le dijo.

-- Nadie -- respondió el hombre entre las sombras. Las protestas y el apoyo de tu fundación ha estado causando problemas y esos problemas hoy te alcanzaron -- continuó.

-- ¿Usted es el que ha estado detrás de los asesinatos de esas pobres personas? -- le dijo. Usted ha estado acribillando personas por dinero.

¡Es un maldito canalla! -- gritó hasta oír su eco al final del callejón.

-- No. Te equivocas -- le dijo el hombre. Yo no tengo interés en el dinero. Mi interés va más allá que el de enriquecerme -- continuó.

Pero, vos y tu fundación se convirtieron en un obstáculo y eso no lo puedo permitir. Así que, llegó tu hora de morir.

El hombre montó la pistola y la volvió a apuntar firmemente y de pronto se escuchó:

-- ¡Maurino, detente! Altair se encontraba de pie al final del callejón. Caminó hasta abrazar a Katerina.

-- ¿Estás bien? -- le preguntó.

-- Si. ¿Quién es? ¿Lo conocés? -- le dijo Katerina.

-- Si -- respondió Altair. Es Maurino. Es mi abuelo paterno.

Al oír eso, Maurino se airó aún más. Altair pudo sentir su determinación de asesinar a Katerina a toda costa.

-- ¡No te interpongas, Altair! -- le gritó Maurino. No harás que de pie atrás -- continuó. Mi decisión la tomé hace mucho tiempo y no voy a detenerme ante nada.

Altair se colocó entre Katerina y la línea de fuego cuando vio que no había manera de que cambiara de parecer y que Maurino estaba cegado por la locura al punto de desconocer su propia sangre.

En ese instante, se apresuraron los guardaespaldas de Altair que se habían quedado en el auto. Maurino disparó impactando mortalmente a

Altair en el pecho.

Altair cayó con el pecho ensangrentado. Maurino disparó y mató a los dos hombres de Altair y cuando dispuso a disparar contra Katerina, todo se oscureció. Las tenues luces de las lámparas de la entrada trasera del edificio de apartamentos explotaron y hubo una gran sobre carga en todo el circuito de energía que provocó un apagón en cuatro manzanas a la redonda.

183 aurino sintió un gran temor y no podía dominar su cuerpo a voluntad.

Viró sus ojos y la mirada de Altair estaba fija sobre él y al conectar sus miradas sintió cómo Altair lo dominó por completo. Pudo escuchar su voz dentro de su cabeza que le decía: «Aquel que alza su mano contra su propia sangre, se convierte en un engendro maligno cuya sola existencia afecta el balance natural de las cosas. No se puede renegar ni ir contra la sangre pues esto sería igual que ir contra uno mismo. La vida es mayor castigo que la muerte para quien reniega de su propia identidad, de su origen, de su propia sangre.» Se escuchó un gran estruendo. Maurino cayó con todos los huesos rotos y sangrando por todas sus cavidades. La escena era dantesca.

Altair había alcanzado un nivel que jamás había experimentado en el dominio telequinético y comprimió el cuerpo de Maurino con toda su furia. La expansión de su ira generó un campo de energía que resultó en una explosión electromagnética interrumpiendo el suministro en los alrededores.

Katerina sostenía la cabeza de Altair en su regazo.

En su último momento de agonía, la memoria de Altair se hizo manifiesta claramente ante sus ojos. Revivió el arrullo de Taína todas las noches de su infancia. Recordó su dulce voz cantándole ese canto popular «Duerme negrito» y evocó la paz que le hacía sentir.

184 sí se fué desvaneciendo y se fué entregando a la oscura muerte en los brazos de quien al final descubrió que lo amaba. Con su último suspiro, Altair alcanzó a escuchar de labios de Katerina que lo amaba.

-- Una verdad inherente de la vida es que desde que nacemos es corta e incierta y de ella lo único que con certeza nos espera es la muerte -- susurró Katerina. Pero, hay una verdad sublime, pura y absoluta -- continuó. Que en nuestras manos está hacer de esta vida una efímera desilusión llena de nociones vanas e insipidas o convertirla en un desborde cual erupción de emociones que te llenan día a día siempre que tu vida sea buena tierra y tu espíritu una buena semilla -- concluyo. Mi vida contigo, ha tenido la plenitud que jamás podría haber imaginado y te doy

gracias por ello, Altair. Me dejas cuando al fin quiero que sepas que te amo.

Una lágrima mojó los labios de Katerina y lo besó. Altair devolvió el beso y en ese instante expiró dejando que su energía de vida inundara cada ápice de su piel. Altair le transfirió su don, puro e incorruptible. En ese instante, Katerina supo la verdad de la muerte de su padre y de la pena que cargaba Altair. Ella comprendió todo con claridad y perdonó a Maurino. En ese momento, cayó en llanto sobre el pecho de Altair y sintió cómo saltó la semilla de su vientre. Un nuevo ser especial crecía. Un hijo de Altair que daría lugar a un nuevo comienzo, un nuevo ciclo, una nueva estrella.

185 IN 186 prólogo Cuando dió a luz a su único hijo, Briselda contempló maravillada las estrellas en el manto azul del cielo y nombró a su hijo igual que una de ellas. Así también, durante sus noches errantes, Maurino pasó incontables momentos contemplando el cielo nocturno en los montes, reflejado en las apacibles aguas del lago en las noches calurosas de verano. De igual manera, Aldebarán alzó su rostro al cielo y buscó consuelo y explicación en las estrellas, que le hablaran de Ximena, mientras los barcos de rescate lo llevaban hacia el olvido. Lloró también Altair tratando de comprender la inmensidad del infinito firmamento que se le presentó una noche.

Tres generaciones comprendieron en su propia forma singular de entender las cosas que nuestros pensamientos, nuestras decisiones, los riesgos que tomamos y las aventuras que buscamos en conjunto con las personas que conocemos y las responsabilidades que asumimos durante el tiempo que vivimos en esta tierra son como la sal que da gusto a nuestras vidas. Sin ellos, nuestras vidas serían insípidas, llenas de remordimientos, rencor, soledad y amargura.

Alzamos la mirada hacia las estrellas sin comprender que somos parte de un vasto universo lleno de maravillas. Que las estrellas son como la sal de ese vasto universo para dar sazón a nuestras vidas y que por la razón que más grande nos parezca, vale la pena vivirla.

187 Somos seres pensantes y los únicos con la habilidad de comunicar ideas claramente. Lo triste es que ese don no es muy bien usado y haría falta que se tenga un poder extraordinario para entrar en la cabeza del otro y conocer realmente lo que nos quisiera decir. Sus verdaderos sentimientos, sus miedos, porque no es común que se diga con plena franqueza y sinceridad la verdad de lo que se piensa y siente ante otra persona”.